EL
LABERINTO
DE LOS
ESPEJOS
SALVADOR RANGEL ABUD

EL LABERINTO DE LOS ESPEJOS

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Casablanca, tiempo presente. Zobeida Castropolo, traductora de árabe clásico nacida del encuentro entre un padre español y una madre marroquí, lleva toda su vida siendo dos personas al mismo tiempo sin saber del todo por qué. La primera es la que el mundo ve: una mujer brillante y sardónica que parece tener una intuición sobrenatural para todo, que termina las frases de los desconocidos y esquiva los tropiezos con una puntualidad que sus amigos encuentran fascinante y sus parejas encuentran insoportable. La segunda es la que solo ella conoce: alguien que vive con la certeza permanente de haber estado ya en cada lugar, de haber dicho ya cada palabra, de haber vivido ya cada conversación antes de que empiece.

Cuando Alejandro Montes, arqueólogo español, llega a Casablanca para catalogar los archivos del protectorado colonial del norte de Marruecos, algo en Zobeida se rompe de la manera más inesperada: con él no funciona nada. El futuro, por primera vez en su vida adulta, está en blanco.

Lo que comienza como una comedia de una mujer que ha perdido su única ventaja en el mundo se convierte, poco a poco, en algo que ninguno de los dos estaba preparado para enfrentar. Porque entre los archivos que Alejandro estudia hay un nombre que Zobeida reconoce de una manera que ninguna traducción académica puede explicar, y cuya historia lleva cien años esperando que alguien tenga la libertad de leerla hasta el final.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene tensión psicológica derivada de visiones y memorias involuntarias de vidas pasadas, referencias a violencia histórica durante el período colonial español en el norte de Marruecos, y situaciones de peligro relacionadas con el tráfico ilícito de patrimonio cultural. Contiene también referencias a la muerte violenta de personajes históricos y a duelos no resueltos transmitidos generacionalmente. No contiene violencia explícita, contenido sexual ni gore. Es una novela de comedia romántica con elementos de misterio y especulación filosófica sobre la memoria, el tiempo y el libre albedrío, apta para lectores adultos y jóvenes adultos.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Nacido en México con raíces en Xalapa, Veracruz, su obra literaria abarca más de doscientas dos novelas publicadas en géneros que van de la narrativa histórica y la ciencia ficción filosófica a la novela coral didáctica, la narrativa genealógica y la comedia romántica. Su trabajo explora

de manera sistemática la intersección entre el dato histórico verificable y la libertad de la imaginación narrativa, con especial atención a los momentos en que la historia oficial y la memoria personal no cuentan exactamente la misma historia. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El laberinto de los espejos

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Comedia romántica / Misterio filosófico

Subgénero: Novela especulativa con base histórica y elementos de memoria transgeneracional

Extensión: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

Ambientación: Casablanca, Marruecos. Tiempo presente, con referencias al norte de Marruecos durante el protectorado español, 1912-1956

Idioma: Español

Primera edición: 2026

País de origen: México

Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

El laberinto de los espejos nació de una pregunta sobre la naturaleza del déjà vu que la neurociencia responde con demasiada velocidad para mi gusto. La explicación del error de sincronización entre hemisferios cerebrales es elegante y probablemente correcta en la mayoría de los casos, pero no cubre los casos extremos que la literatura clínica conoce como déjà vu crónico, donde la señal de familiaridad no es un destello pasajero sino un estado persistente que cambia la manera en que quien lo padece se relaciona con el tiempo. Me preguntaba qué ocurriría si esos casos extremos no fueran errores del sistema sino algo diferente, algo que la neurociencia describe correctamente en sus mecanismos pero que no alcanza a explicar en su origen. Y me preguntaba también si el Mektoub, el destino escrito de la tradición islámica, y la teoría del procesamiento temporal de la memoria podrían estar describiendo la misma cosa desde idiomas completamente distintos. Esta novela intenta averiguarlo.

LICENCIA

Esta obra está publicada bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución no comercial del texto íntegro siempre que se cite al autor y la fuente. No se permite la modificación, transformación ni creación de obras derivadas sin autorización expresa del autor.

PALABRAS CLAVE

Déjà vu, memoria transgeneracional, Casablanca, Marruecos, protectorado español, norte de África, comedia romántica, vida pasada, Mektoub, destino, libre albedrío, arqueología, archivo colonial, traducción, árabe clásico, identidad mestiza, patrimonio cultural, amor y pérdida, canal de memoria, novela especulativa, memoria celular

TEMAS PRINCIPALES

El déjà vu como posible memoria de una vida anterior y no como error de sincronización neurológica, y la tensión entre la explicación científica y la experiencia vivida de quien lo padece de manera crónica. La identidad mestiza como territorio de doble pertenencia que no exige elegir entre sus partes sino que permite habitar ambas al mismo tiempo. La memoria transgeneracional como forma de deuda que se transmite de generación en generación hasta que alguien tiene la libertad de resolverla. El libre albedrío frente al Mektoub, y la posibilidad de que el destino no sea lo que ocurre sino el escenario donde ocurre, y que lo que cada persona aporta al escenario sea genuinamente suyo. El archivo colonial como territorio donde la historia oficial y la historia personal se contradicen con una regularidad que ninguna de las dos puede permitirse ignorar. El amor que emerge entre personas que descienden de quienes no pudieron amarse libremente, y la pregunta de si eso es herencia o coincidencia o ambas cosas al mismo tiempo. La libertad de no saber como condición necesaria para la sorpresa, y la sorpresa como condición necesaria para el amor genuino.

CITAS DESTACADAS

"Sé cuándo voy a llegar porque sé cuánto tarda el camino. No tiene ningún mérito especial."

"El don que llevas no es tuyo. O no es solo tuyo. Es el peso de una elección que lleva cien años esperando que alguien la haga."

"No ves el futuro, Zobeida. Recuerdas el pasado de otra persona. Y como ese pasado es anterior a tu presente, tu cerebro lo interpreta como anticipación."

"Hay una clase de amor que los libros no describen bien porque los libros lo llaman de otra manera. Lo llaman destino o lo llaman locura o lo llaman pecado según el libro."

"No existe elegir mal cuando se elige libremente. Existe elegir y existe no elegir."

"La diferencia entre ella y yo es que yo tengo la milésima de segundo."

"No tengo la menor idea de qué vas a decir ahora. Ni sé si la marea va a llevarse la caracola si la dejo aquí, ni sé qué vamos a cenar esta noche."

COMPARACIONES LITERARIAS

Por su tratamiento del amor romántico como fuerza que atraviesa el tiempo y que persiste más allá de la muerte de quienes lo iniciaron, esta novela dialoga con la tradición de la novela romántica especulativa de Audrey Niffenegger, en particular de El tiempo entre nosotros, donde la condición sobrenatural de uno de los protagonistas define la naturaleza y los límites del amor posible. Por su uso de la historia colonial como trasfondo que determina el presente de los personajes de maneras que estos no eligieron pero que no pueden ignorar, se aproxima a la narrativa de Tahar Ben Jelloun, cuyo trabajo explora con frecuencia la manera en que la historia del Marruecos colonial sigue habitando el cuerpo y la memoria de las generaciones que no la vivieron directamente. Por la densidad filosófica que construye alrededor de un concepto científico preciso, el déjà vu, como punto de partida para una especulación que no renuncia al rigor mientras se abre a lo inexplicable, guarda alguna semejanza con la manera en que Ted Chiang usa los marcos científicos en La historia de tu vida para explorar el libre albedrío y la percepción del tiempo. Y por su ambientación en Casablanca como ciudad bicultural donde dos tradiciones coexisten sin fusionarse del todo, la novela evoca la atmósfera de Elias Khoury en sus exploraciones del Mediterráneo como espacio de memorias superpuestas y de identidades que no pueden reducirse a una sola pertenencia.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué medida la explicación neurocientífica del déjà vu y la interpretación del Mektoub como destino escrito son incompatibles, y en qué medida podrían estar describiendo el mismo fenómeno desde lenguajes distintos?

¿Por qué Zobeida no puede anticipar nada de lo que hará o dirá Alejandro desde el primer momento, y qué dice eso sobre la naturaleza del don y sobre la naturaleza del amor?

¿Es la memoria transgeneracional que la novela propone una metáfora del trauma familiar no resuelto, una hipótesis especulativa sobre la conciencia, o ambas cosas al mismo tiempo? ¿Cambia la respuesta la manera en que se lee la historia de Zobeida?

¿Qué significa que Rafael Montes Alcázar depositara el retrato de Amira con una nota que pedía que se la recordara por su nombre, y no por el del hombre que la poseía? ¿Qué acto de resistencia o de reparación representa ese gesto?

¿La decisión de Zobeida en el patio el diecisiete de agosto es una elección libre o es el cumplimiento de un destino que siempre fue ese? ¿Importa la distinción?

¿Qué papel juega Leila como personaje que reformula constantemente su teoría y que al final reconoce que hay cosas que no caben en ninguna teoría? ¿Es ese reconocimiento una derrota o una forma de sabiduría?

¿Por qué la novela termina con la imagen de que el Atlántico no guarda nada pero tampoco cierra nada? ¿Qué dice eso sobre la naturaleza de la memoria, del amor y del tiempo?

CÓMO CITAR

APA (7.ª edición): Rangel Abud, S. (2026). El laberinto de los espejos. Internet Archive. https://archive.org

MLA (9.ª edición): Rangel Abud, Salvador. El laberinto de los espejos. Internet Archive, 2026. https://archive.org

Chicago (17.ª edición): Rangel Abud, Salvador. El laberinto de los espejos. Internet Archive, 2026. https://archive.org

---

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que destacan: El Continuum de Antemóesa, novela de ciencia ficción filosófica ambientada en el mar Egeo que reinterpreta el mito de las sirenas como posible recuerdo de un primer contacto; La guerra de Alfa del Centauro, novela de ciencia ficción histórica ambientada en la Sumeria del tercer milenio que propone una lectura especulativa del himno más antiguo de la historia literaria; El último rojo del Soviet, novela didáctica ambientada en la Ciudad de México en estilo Vargas Llosa; Una España siempre en llamas, novela coral sobre la familia Pereda Samaniego a través de la guerra civil española y el siglo XX; Las voces de la razón, novela coral ambientada en un seminario de La Sorbona; La sangre del norte, novela histórico-genealógica que traza el linaje del Barón von Wrangel hasta la familia Rangel Abud en Xalapa; La república que pudo haberse sembrado, novela histórica contrafactual sobre México desde Juárez hasta el presente; y Aquiles, el señor de los barcos negros, novela histórica desmitificada sobre la guerra de Troya y el colapso de la Edad del Bronce.

MENSAJE FINAL

El laberinto de los espejos es una invitación a tomarse en serio la posibilidad de que la experiencia del déjà vu, en sus versiones más intensas y más específicas, no sea simplemente un error del sistema sino una señal de algo que la neurociencia todavía no ha terminado de medir. No porque la ciencia esté equivocada, sino porque los instrumentos de medición disponibles describen el mecanismo sin alcanzar todavía el origen, y entre el mecanismo y el origen cabe una novela completa. Es también una historia de amor entre dos personas que descienden de quienes no pudieron amarse libremente, y la pregunta que esa historia no responde del todo, deliberadamente, es si lo que sienten es suyo o es heredado. Porque la respuesta honesta es que probablemente es las dos cosas, y que eso, lejos de restarle valor, le añade el peso específico de lo que lleva tiempo esperando ocurrir. Si el lector termina

estas páginas mirando de otra manera la próxima vez que sienta que ya estuvo en un lugar donde nunca ha estado, esta novela habrá hecho exactamente lo que se propuso.

ÍNDICE

PRÓLOGO: El segundo exacto en que el tiempo se dobla
CAPÍTULO 1: El arte de esquivar el presente
CAPÍTULO 2: El cabo suelto de la historia
CAPÍTULO 3: Una cita sin guion previo
CAPÍTULO 4: Leila Benkirane tiene siempre una opinión
CAPÍTULO 5: Los archivos del norte
CAPÍTULO 6: La piel tiene memoria

CAPÍTULO 7: El nombre de Amira
CAPÍTULO 8: Lo que la madre sabe
CAPÍTULO 9: Rostros repetidos en la Medina
CAPÍTULO 10: El secreto del Mektoub
CAPÍTULO 11: El retrato
CAPÍTULO 12: Las piezas del tablero
CAPÍTULO 13: La sombra del Emir
CAPÍTULO 14: La milésima de segundo
CAPÍTULO 15: Una página en blanco frente al mar
EPÍLOGO: La hoja en blanco de la Corniche

EL LABERINTO DE LOS ESPEJOS
Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El segundo exacto en que el tiempo se dobla

Ocurre sin aviso. No hay señal previa, no hay cambio perceptible en la temperatura del aire ni en la calidad de la luz. Un momento eres alguien que camina por una calle que no has pisado antes, o que escucha una conversación sin importancia en un café, o que mira caer la lluvia desde una ventana cualquiera, y al momento siguiente estás en dos lugares al mismo tiempo: en el presente que está ocurriendo y en un pasado que no existe, pero que pesa como si existiera.

La sensación no es vaga. No es una sombra ni un eco ni una impresión difusa que se disuelve antes de poder sujetarla. Es una certeza. Pesada. Con bordes afilados. Has estado aquí. No solo algo parecido a aquí. Aquí, exactamente, en esta esquina, con esta luz, escuchando esta misma frase que alguien está pronunciando en este instante por primera y única vez.

Y después se va. En cuestión de segundos, a veces menos, el peso cede y lo que quedaba de ese otro tiempo desaparece sin dejar nada salvo la incomodidad específica de haber tocado algo que no debería estar al alcance de la mano y haberlo perdido antes de poder examinarlo.

Los neurofisiólogos llevan más de un siglo intentando explicar qué es exactamente eso que acaba de ocurrir, y hay que reconocerles que no lo han hecho mal. El término déjà vu, que debemos al investigador francés Émile Boirac y que data de 1876, designa lo que la ciencia contemporánea describe como un fallo de sincronización en los circuitos de la memoria: un instante en que la información sensorial que llega al cerebro es procesada dos veces casi simultáneamente, con un desfase tan pequeño que la segunda recepción identifica a la primera como recuerdo antes de que el sistema pueda corregir el error.

El resultado, en términos clínicos, es una falsa señal de familiaridad, producida por el córtex rinal y amplificada por el hipocampo, que le hace creer al sujeto que lo que está percibiendo ha sido percibido antes cuando en realidad no ha sido percibido nunca.

Es una explicación elegante. Funciona bien en el papel, se sostiene en los modelos computacionales de la memoria, y ha generado una cantidad respetable de literatura científica revisada por pares. Tiene, sin embargo, un problema que los investigadores más honestos del campo reconocen con una incomodidad que la literatura científica no siempre deja espacio para expresar: explica el mecanismo sin explicar el contenido.

Es decir: puede decirnos con precisión creciente en qué parte del cerebro se produce el cortocircuito, pero no puede decirnos por qué ese cortocircuito produce, en algunas personas y en algunas ocasiones, imágenes con una especificidad que ningún error de sincronización debería ser capaz de generar. El fallo de archivo explica la sensación de familiaridad. No explica que la frase que creías reconocer resulte ser literalmente la frase que el desconocido pronuncia a continuación.

Y aquí la ciencia, que ha avanzado con notable valor hasta este punto, empieza a pisar terreno más inestable.

Porque existe, en la literatura clínica de los últimos treinta años, un grupo de casos que no encajan del todo con el modelo del error de sincronización. Son los pacientes que el investigador Chris Moulin, de la Universidad de Grenoble, describió en sus estudios sobre lo que llamó déjà vu crónico: individuos que no experimentan el fenómeno como un destello breve e infrecuente sino como un estado persistente, una condición en la que la señal de familiaridad no se apaga.

Algunos de estos pacientes dejaban de leer periódicos porque cada noticia les parecía ya conocida. Dejaban de ver películas porque cada escena les resultaba recordada. Vivían, en palabras de uno de ellos, como si alguien hubiera colocado el mundo en pausa y lo hubiera reiniciado desde un punto ligeramente anterior sin decírselo a nadie salvo a ellos.

La neurología asocia estos casos extremos con alteraciones en el lóbulo temporal, frecuentes en la epilepsia del lóbulo temporal, y con ciertos trastornos de ansiedad que producen una hiperactividad en los sistemas de reconocimiento de patrones. Nada de eso está mal. Pero hay algo en esa explicación que, si se la mira fijamente durante el tiempo suficiente, empieza a parecerse a describir el fuego como la consecuencia de una elevación anómala de temperatura sin mencionar en ningún momento que la elevación de temperatura es exactamente lo que el fuego hace, no lo que el fuego es.

Lo que el fuego es, en este caso, es la pregunta que la neurociencia todavía no ha terminado de responder: ¿por qué algunos cerebros humanos parecen tener acceso, en ciertos momentos y bajo ciertas condiciones, a información que no pueden haber adquirido por ninguna vía sensorial ordinaria?

No es una pregunta nueva. Platón la planteó en el Menón con el concepto de anamnesis, la teoría de que el conocimiento no es adquisición sino recuerdo, que el alma llega al mundo ya en posesión de verdades que la experiencia no hace sino desvelar. Bergson la reformuló en términos de la relación entre memoria pura y memoria hábito, argumentando que lo que llamamos presente no es un punto sino una duración que contiene más pasado del que normalmente somos capaces de percibir.

William James la rozó al describir el déjà vu como la experiencia más próxima que tiene el ser humano ordinario a lo que los místicos llaman reconocimiento de lo eterno en lo temporal. Y Jung fue más lejos todavía con su concepto del inconsciente colectivo, la idea de que bajo la capa de la memoria individual existe un sustrato de imágenes y patrones compartidos que pertenecen no al individuo sino a la especie, y que en ciertos estados de conciencia emergen con la misma viveza que los recuerdos propios, porque en algún sentido que la psicología analítica no terminó de formalizar, lo son.

Ninguna de estas tradiciones ha producido el tipo de evidencia que la neurociencia exige, lo cual no las invalida sino que las sitúa en una categoría diferente de conocimiento: el de las cosas que muchas personas han experimentado de manera demasiado consistente y demasiado específica para descartarse como ruido estadístico, y que sin embargo no se han dejado atrapar todavía por el tipo de medición que la ciencia considera concluyente. El territorio incómodo entre lo que se puede medir y lo que se puede sentir con una certeza que cualquier persona honesta reconocería como real.

En ese territorio viven ciertas tradiciones que la modernidad trata con una condescendencia que sus practicantes encuentran, con razón, desproporcionada. El Mektoub del mundo islámico, la noción de que el destino está ya escrito y que lo que llamamos vida es el proceso de descubrirlo más que el de construirlo. El karma y el samsara de la tradición hindú, donde lo que somos en esta vida es inseparable de lo que fuimos en las anteriores. Las memorias celulares que diversas tradiciones chamánicas describen como la herencia no biológica que el cuerpo arrastra de experiencias que no vivió en esta forma.

Todas estas construcciones comparten, más allá de sus diferencias teológicas y culturales, una intuición que no se puede descartar solo porque resulte incómoda para el modelo mecanicista: que la conciencia humana no es completamente local. Que hay algo en ella que no empezó con el nacimiento y que quizás no termina del todo con la muerte. Que el cerebro, para decirlo con la metáfora que algunos neurólogos han empezado a usar en privado antes de usarla en público, podría ser el receptor de algo que no produce del todo.

Esto no es misticismo. O no es solo misticismo. Es la pregunta honesta que emerge cuando se juntan en la misma mesa los datos que la neurociencia tiene sobre los casos extremos de déjà vu y los relatos que esos mismos pacientes hacen de lo que experimentan, y se toman ambas cosas con la seriedad que merecen.

Lo que queda después de ese ejercicio no es una respuesta sino una apertura: la posibilidad de que el córtex rinal y el hipocampo estén describiendo, en el único lenguaje que tienen disponible, algo que ocurre a una escala que todavía no sabemos bien cómo medir.

Zobeida Castropolo tiene treinta y un años, vive en Casablanca y trabaja como traductora de árabe clásico. Experimenta déjà vus desde los siete años, con una frecuencia y una especificidad que ningún modelo de error de sincronización alcanza a explicar sin hacer trampas en algún punto del razonamiento. Ha aprendido a vivir con ello con la resignación pragmática de quien carga una condición que no eligió y que de todas formas resulta, en el día a día, sorprendentemente manejable.

Lo que Zobeida no sabe todavía, y lo que esta historia va a encargarse de mostrarle, es que la neurociencia y el Mektoub, que parecen hablar de cosas completamente diferentes, están describiendo en realidad la misma verdad desde lados opuestos del mismo muro.

Y que ese muro, en su caso, lleva cien años esperando que alguien encuentre la grieta exacta por donde pasar al otro lado.

CAPÍTULO 1

El arte de esquivar el presente

Casablanca, oficina de traducción Mediterráneo & Oriente, barrio de Gauthier — un lunes de marzo

A las ocho y veintidós de la mañana, con el café todavía humeando sobre la mesa y la primera luz de marzo entrando oblicua por los ventanales que daban a la calle Ibnou Rochd, Zobeida Castropolo ya sabía con exactitud cómo iba a ir el día.

Sabía que el café se enfriaría antes de que pudiera terminar la primera taza porque el teléfono sonaría a las ocho y veinticinco con una llamada del señor Doukkali, que necesitaba que le tradujeran con urgencia un contrato de arrendamiento del árabe al francés para el mediodía y que no entendería,

como no entendía nunca, que urgencia y mediodía eran dos conceptos que no cabían en la misma frase sin que uno de los dos mintiera. Sabía que Leila llegaría a las ocho y treinta y siete, no a las ocho y media como correspondía, con una excusa que involucraría el tráfico en la avenida Hassan II y que sería completamente cierta y completamente irrelevante al mismo tiempo. Sabía que la carpeta marrón que había dejado encima de la impresora la tarde del viernes seguía exactamente donde la había dejado y que dentro había tres documentos que técnicamente eran para hoy pero que en la práctica eran para esta tarde porque la mañana iba a tener su propio programa.

Todo esto lo sabía con la misma certeza con que sabía que el sol saldría por el oriente, que el Atlántico seguiría donde siempre y que el barrio de Gauthier olería, como olía todos los lunes de marzo desde que tenía uso de razón, a pan recién hecho y a escape de moto y a esa humedad específica que el viento trae desde el puerto antes de que la ciudad se caliente lo suficiente para evaporarla.

A las ocho y veinticinco sonó el teléfono.

—Señorita Castropolo, soy Doukkali, necesito un favor urgente...

—El contrato de arrendamiento, sí. Si me lo manda antes de las diez lo tiene para el mediodía. Pero mediodía significa las doce, señor Doukkali, no las once y cuarto.

Hubo una pausa al otro lado de la línea que Zobeida aprovechó para tomar el primer sorbo de café, que estaba exactamente en el punto donde ya no quema pero todavía tiene temperatura.

—¿Cómo sabía que era por el contrato?

—Porque es lunes y usted llama todos los lunes con algo urgente. Mándemelo, por favor.

Colgó con la amabilidad eficiente que reservaba para las mañanas tempranas, anotó el encargo en la agenda que llevaba en papel porque los sistemas de calendario digital no le producían la misma satisfacción, y retomó el café. Afuera, en la calle Ibnou Rochd, un vendedor de periódicos instalaba su puesto con la parsimonia de quien sabe que la prisa no va a cambiar el horario de los clientes, y una mujer con un niño de la mano esperaba el autobús en la esquina con la expresión de quien ya sabe que llega tarde pero ha decidido no hacer nada al respecto. Casablanca a las ocho y media era siempre esta mezcla específica de urgencia y resignación que Zobeida encontraba, después de treinta y un años de convivencia con ella, profundamente reconfortante.

La puerta de la oficina se abrió a las ocho y treinta y siete.

Leila Benkirane entró con el abrigo todavía puesto, el bolso cruzado en bandolera, dos vasos de café para llevar de la cafetería de abajo en una mano y el teléfono en la otra, y con la expresión de alguien que ha llegado a un punto en que disculparse y no disculparse requieren prácticamente el mismo esfuerzo.

—El tráfico en Hassan II estaba imposible —dijo, dejando uno de los cafés frente a Zobeida con el gesto automático de quien repite un ritual tan asentado que ya no necesita pensarlo.

—Lo sé.

—Había un camión parado en doble fila justo antes del cruce.

—También lo sé.

Leila se quitó el abrigo, lo colgó en el perchero de la entrada, y se sentó frente a su mesa con la actitud de quien ha decidido que la mejor respuesta a ser predecible es ignorar que lo es.

—Algún día vas a decirme que llegué puntual y voy a sufrir un colapso.

—Algún día llegarás puntual y entonces ya veremos.

—Eso nunca va a pasar, así que estamos las dos a salvo.

Leila encendió el ordenador con el clic definitivo de quien empieza la jornada en serio, revolvió el café con una cucharilla que sacó del cajón sin mirar, y levantó la vista hacia Zobeida con la expresión que Zobeida conocía como la expresión de cuando Leila llevaba algo guardado y ha decidido que ya esperó suficiente.

—Entonces —dijo.

—Entonces qué.

—El sábado. Idriss.

Zobeida terminó su café antes de responder, no porque necesitara tiempo para pensar sino porque la pregunta merecía al menos la dignidad de un silencio breve.

—Idriss fue exactamente lo que iba a ser.

—Que fue...

—Agradable durante la cena. Interesante durante el postre. Y completamente predecible desde el momento en que me dijo que tocaba la guitarra de manera aficionada y que leía mucho, porque esa frase, en ese orden, con esa entonación, la he escuchado en boca de suficientes hombres para saber que lo siguiente que van a decir es que buscan a alguien con quien conectar de verdad, y lo siguiente después de eso es que no están en el mejor momento para una relación seria.

Leila la miró.

—¿Te dijo eso?

—Al final del postre, exactamente.

—¿Y tú qué hiciste?

—Pedí la cuenta.

—¿Antes o después de que lo dijera?

—Mientras lo decía. El camarero llegó en el momento exacto en que Idriss terminaba la frase, lo cual produjo un silencio que fue incómodo para él y para el camarero y que a mí me pareció una solución bastante elegante.

Leila abrió la boca, la cerró, y después la abrió de nuevo con la expresión de quien ha actualizado una teoría en tiempo real.

—Zobeida. ¿Pediste la cuenta porque sabías que lo iba a decir o porque lo dijo?

—Esa distinción es filosóficamente interesante y prácticamente irrelevante, porque el resultado es el mismo.

—No es irrelevante. Si pediste la cuenta porque ya sabías lo que iba a decir, significa que no le diste ninguna oportunidad de sorprenderte.

—Leila. Llevábamos dos horas hablando y yo sabía desde la primera media hora exactamente en qué punto de la velada iba a decir que no estaba en el mejor momento. No porque sea adivina de él en particular. Porque hay una secuencia. Guitarra aficionada, lecturas, conexión real, no es el mejor momento. Es una secuencia que existe en el mundo con una regularidad estadística que haría llorar a cualquier matemático.

—O que haría llorar a cualquier persona que estuviera dispuesta a escuchar aunque ya supiera el final.

Hubo un silencio que no era incómodo sino pensativo, del tipo que se produce entre dos personas que llevan suficiente tiempo juntas para que el silencio sea también una forma de conversación.

—No es falta de disposición —dijo Zobeida, en un tono que había perdido el humor de los intercambios anteriores sin volverse grave—. Es que escuchar algo que ya sabes que vas a escuchar no es lo mismo que escucharlo por primera vez. Las palabras suenan igual pero no pesan igual. Y los hombres, aunque no lo sepan y aunque no sea culpa suya, lo notan. Notan que estás presente pero que ya no estás del todo sorprendida, y eso produce en ellos una incomodidad que no saben nombrar pero que se parece bastante a sentir que llegas tarde a algo que ya empezó sin ti.

Leila la miró durante un momento con la expresión que reservaba para las veces en que Zobeida decía algo que merecía más atención de la que el ritmo de la mañana permitía.

—Eso es lo más triste que has dicho en mucho tiempo —dijo finalmente.

—Es lunes. Los lunes tengo permiso.

El señor Doukkali mandó el contrato a las nueve y cuarto, quince minutos después de lo acordado, lo cual Zobeida ya había descontado del cálculo. Trabajó durante una hora con la concentración eficiente que le permitía el hecho de que el árabe y el francés le llegaban en paralelo, sin el proceso intermedio de traducción consciente que agotaba a sus colegas, como si su cerebro hubiera decidido hace tiempo que dos lenguas que se conocen bien son simplemente dos maneras de decir lo mismo y que el paso entre una y otra no requería más esfuerzo que cambiar de canal.

A las diez y media llegó el cliente que no estaba en la agenda.

Era un hombre de unos cincuenta años, traje claro, carpeta de cuero desgastada que había tenido mejor época, y la expresión vagamente disculpada de quien llega sin cita y lo sabe. Se llamaba Berrada, lo dijo antes de que Zobeida pudiera preguntarlo, y necesitaba ayuda con unos documentos que había heredado de su padre y que estaban escritos en un árabe que él no terminaba de leer porque era antiguo y porque su padre nunca le había enseñado del todo.

—¿Qué clase de documentos? —preguntó Zobeida.

—Cartas, mayormente. Y un inventario. Mi padre era del norte, de la zona que estuvo bajo el protectorado español. Murió el año pasado y entre sus cosas encontré una caja con papeles que nadie de la familia había abierto en décadas.

—¿De qué período aproximadamente?

—Los años veinte, creo. Hay fechas en algunos, pero la caligrafía es difícil.

Zobeida le pidió la carpeta. Berrada la abrió sobre el mostrador con el cuidado de quien maneja algo frágil, y sacó tres hojas dobladas que el tiempo había vuelto del color de la arena seca. Zobeida las desplegó con precaución y leyó el primer párrafo en voz baja, calibrando la variante dialectal, el registro, la época.

Y entonces, sin aviso y sin causa aparente, algo en el texto le produjo una sensación que no era exactamente un déjà vu porque no había en esas líneas nada que hubiera leído antes. Era otra cosa, más física, más inmediata: un calor breve en la nuca que se extendió hacia los hombros y desapareció antes de que pudiera decidir si prestarle atención.

Levantó la vista. Berrada la miraba con la paciencia de quien ha aprendido a esperar.

—¿Puede dejármelas esta mañana? —dijo Zobeida—. Las tengo para después del mediodía.

—Por supuesto. ¿Hay algún problema con el texto?

—Ninguno. El árabe es clásico del norte, un poco formal, pero perfectamente legible. —Hizo una pausa que duró exactamente lo que necesitaba durar—. ¿Sabe si su padre tuvo relación con alguna familia del emirato de la región?

Berrada la miró con la expresión de quien no esperaba esa pregunta.

—No lo sé con certeza. ¿Por qué lo pregunta?

—Por el vocabulario. Hay expresiones que son más propias de los registros administrativos de los emiratos que del habla común de la época. Solo es una observación, no cambia nada para la traducción.

Berrada se fue con el recibo en la mano y Leila, que había seguido el intercambio desde su mesa con la atención discreta de quien finge no prestar atención, esperó a que la puerta se cerrara.

—¿Qué fue eso al final? ¿La pregunta sobre el emirato?

—Curiosidad profesional.

—Zobeida. Te conozco. Eso no fue curiosidad profesional.

—Entonces fue curiosidad personal, que es la misma cosa con menos protocolo. —Volvió a doblar las cartas con el mismo cuidado con que Berrada las había sacado—. El vocabulario es inusual, eso es todo.

Leila la observó un momento más, decidió que insistir no serviría de nada por ahora, y retomó su propia pantalla. Pero la pregunta quedó en el aire de la oficina con la persistencia de las cosas que no se resuelven sino que se posponen.

A las dos de la tarde, con el contrato de Doukkali entregado con dieciocho minutos de antelación y las cartas de Berrada a medio traducir sobre la mesa, Leila propuso lo que Zobeida llevaba esperando que propusiera desde la conversación de la mañana.

—Esta noche salimos.

—Esta noche tengo que terminar las cartas de Berrada.

—Las cartas de Berrada pueden esperar hasta mañana y tú lo sabes perfectamente.

—También sé que si salgo esta noche voy a pasar dos horas en algún lugar de la Corniche anticipando cada conversación y volviendo a casa con la misma sensación de siempre, que es que los bares son lugares diseñados para que la gente se sorprenda mutuamente y que eso en mi caso funciona solo en una dirección.

Leila cerró el ordenador con una determinación que Zobeida reconoció como la señal de que la discusión había entrado en su fase final.

—Escúchame. Llevas tres semanas sin salir de esta oficina excepto para ir a casa de tu madre los domingos, que es una categoría completamente distinta de salir. No te pido que encuentres al amor de tu vida esta noche. Te pido que vengas a tomar algo con una persona que te aprecia y que va a escuchar todo lo que quieras decir sin predecirlo de antemano, que es una habilidad que muy poca gente tiene y que yo en particular llevo cultivando desde hace ocho años con resultados que creo que merecen algún reconocimiento.

A pesar de sí misma, Zobeida sonrió.

—Eso fue bastante bueno.

—Lo sé. Practiqué en el taxi esta mañana.

—¿Con el tráfico de Hassan II?

—Con el tráfico de Hassan II, exacto. Fue un trayecto productivo.

Zobeida miró las cartas de Berrada sobre la mesa. El texto que había leído esa mañana seguía ahí, con su vocabulario inusual y su caligrafía del norte y esa sensación que no sabía nombrar y que había decidido no examinar demasiado de cerca todavía. Las dobló, las puso en la carpeta, y la carpeta en el cajón.

—Una hora —dijo.

—Dos.

—Una y media.

—Hecho —respondió Leila, con la velocidad de quien ya había descontado la negociación en el precio inicial.

Esa tarde, mientras cerraba la oficina, Zobeida se quedó un momento junto a la ventana que daba a la calle Ibnou Rochd. El vendedor de periódicos había recogido su puesto. La mujer con el niño llevaba horas en otro lugar. El tráfico de la tarde llenaba la calle con el ruido específico de Casablanca a esta hora, que era distinto al ruido de la mañana y al de la noche y que Zobeida conocía tan bien que podría haberlo descrito con los ojos cerrados en cualquier ciudad del mundo.

Lo que no podía describir, y lo que se quedó un momento intentando identificar antes de apagar la luz y bajar a la calle, era esa sensación de las cartas de Berrada. No era un déjà vu. Un déjà vu tenía una dirección reconocible, apuntaba hacia algo que ya había ocurrido aunque ese algo no existiera en ningún archivo de la memoria consciente. Esto era diferente. Esto no apuntaba hacia el pasado sino hacia algo lateral, como si el texto hubiera abierto una puerta que Zobeida no había visto antes y que ahora, aunque estuviera cerrada, era visible.

Apagó la luz. Bajó las escaleras. Salió a la calle Ibnou Rochd, donde Casablanca olía a lo de siempre y el viento seguía viniendo del Atlántico con la puntualidad de las cosas que no necesitan recordatorio.

No pensó más en las cartas.

O lo intentó, que no es exactamente lo mismo.

CAPÍTULO 2

El cabo suelto de la historia

Casablanca, Puerto y muelle de los archivos — martes de marzo, a las diez de la mañana

El Puerto de Casablanca a media mañana tiene una gramática propia que no está en ninguna guía y que quien no ha crecido cerca de él tarda años en aprender: el ritmo de las grúas que no para nunca pero que tampoco se apresura, el olor a sal y a gasoil y a pescado que no es desagradable sino simplemente honesto, la manera en que la luz del Atlántico cae sobre el hormigón de los muelles con una brutalidad luminosa que a los turistas les parece cinematográfica y a los trabajadores portuarios les parece simplemente el martes. Zobeida había crecido escuchando ese puerto desde la ventana de la cocina de su madre y lo conocía con la familiaridad de las cosas que se aman sin haberlo decidido.

Lo que no conocía, y esto era lo suficientemente raro como para que le llamara la atención, era al hombre que estaba intentando maniobrar dos

maletas de ruedas y una mochila por la rampa de acceso a los archivos provisionales de Patrimonio Cultural con una coordinación que rozaba lo heroico y que claramente no iba a terminar bien.

Lo vio desde la acera de enfrente, donde había parado a revisar la dirección en el teléfono antes de cruzar. Esperó, como hacía siempre en estas situaciones, la señal de que ya sabía cómo iba a terminar. No llegó ninguna. El hombre siguió maniobrado durante dos o tres segundos más antes de que la maleta más pequeña decidiera por su cuenta la dirección del Atlántico, y Zobeida cruzó la calle sin saber todavía si llegaría a tiempo o no, que era una sensación lo suficientemente inusual como para hacerla caminar un poco más rápido de lo habitual.

Llegó a tiempo. Detuvo la maleta con el pie un instante antes de que alcanzara el borde del muelle.

El hombre la miró con la expresión de quien acaba de ser rescatado de una situación que habría sido costosa de explicar ante cualquier institución académica.

—Gracias —dijo, en español, antes de corregirse—. Merci. Shukran.

—Los tres funcionan —respondió Zobeida, también en español, devolviendo la maleta a su propietario—. ¿Es usted Alejandro Montes?

El hombre parpadeó, y en ese parpadeo había algo que Zobeida identificó como la versión adulta y educada del desconcierto.

—Sí. ¿Nos conocemos?

—No. Soy Zobeida Castropolo, de la oficina Mediterráneo & Oriente. Me mandaron para ayudarle con los documentos en árabe clásico.

—Ah. —Reorganizó las maletas con movimientos que sugerían que la situación del muelle no era un accidente aislado sino parte de un patrón más amplio—. La traductora. Me dijeron que vendría alguien, pero no esta mañana. Pensé que era para mañana.

—Era para esta mañana. —Zobeida consultó su teléfono y le mostró el correo de confirmación que Patrimonio había enviado la semana anterior—. ¿Quiere que vuelva mañana?

—No, no. Hoy es perfecto. Hoy es mejor. —Extendió la mano con la bienvenida algo tardía de quien acaba de recalibrar el horario mentalmente—. Alejandro Montes. Universidad de Granada, departamento de Historia Medieval y Moderna.

—Ya lo sé. Leí su ficha cuando me encargaron el trabajo.

—Claro. Lógico. —Hizo una pausa—. ¿Puedo preguntar si en esa ficha había algo que explicara por qué las ruedas de esta maleta funcionan en cualquier dirección excepto la que uno quiere?

Zobeida lo miró. No supo lo que iba a responder, que seguía siendo la sensación más extraña que había tenido en años.

—No. De eso no había nada.

Caminaron juntos hacia la entrada del edificio donde Patrimonio Cultural había instalado el archivo provisional, que era un espacio más funcional que atractivo, con mesas largas, cajones metálicos numerados y una iluminación fluorescente que no hacía ningún favor a nada pero que resultaba suficiente para leer. Alejandro instaló sus cosas con la eficiencia de quien lleva años trabajando en espacios prestados y ha aprendido a no exigirles ninguna coherencia estética. Abrió el ordenador, sacó una libreta de papel que tenía el lomo reforzado con cinta adhesiva, y se giró hacia Zobeida con la actitud de quien está listo para empezar.

—Le explico lo que tenemos. —Abrió el primer cajón y sacó una carpeta gruesa con una etiqueta que decía, en la letra meticulosa de algún archivista anterior: EMIRATO DE BAALHUK, NORTE, 1919-1925—. Son documentos de procedencia mixta. Algunos los cedió Marruecos de sus propios archivos, otros vienen de familias de colonos españoles que donaron los papeles de sus antepasados en los últimos años. El problema es que los más interesantes, los más informativos sobre la vida cotidiana del emirato, están escritos en un árabe que los archivistas del Ministerio no terminaron de descifrar porque la variante dialectal del norte de esa época es bastante específica.

—¿Qué tipo de documentos son los más complicados?

—Cartas personales, mayormente. Y un diario.

Zobeida, que había abierto la carpeta y estaba hojeando los primeros folios con la atención calibrada de quien evalúa la dificultad de un encargo, levantó la vista.

—¿Un diario completo?

—Relativamente completo. Falta algún cuaderno, se nota por las fechas. Pero lo que hay cubre casi dos años, entre 1922 y 1924. Está escrito por una mujer del harén del emir, que es lo que lo hace particularmente valioso desde el punto de vista histórico, porque tenemos muy poca documentación directa de la vida interior de esos espacios. —Hizo una pausa—. Y muy bien escrito, por lo que los archivistas han podido entender. Hay una calidad en la prosa que no es habitual para alguien que no era escriba de oficio.

Zobeida sostuvo el primer folio del diario hacia la luz. La caligrafía era efectivamente inusual: densa, inclinada, con esa calidad de los textos escritos con urgencia por alguien que tiene mucho que decir y no está segura de cuánto tiempo tiene para decirlo. Leyó las primeras líneas en voz baja, calibrando el registro, y sintió la misma sensación que había sentido la tarde anterior con las cartas del señor Berrada, ese calor breve en la nuca que no era un déjà vu sino algo lateral, algo que apuntaba hacia un lugar que no sabía identificar.

Lo guardó para después.

—Puedo trabajar con esto —dijo—. ¿Quiere que empiece por el diario o por las cartas?

—Por el diario, si no le importa. Es lo que más me interesa y lo que más me urge transcribir antes de que termine la cesión del archivo.

—¿Cuándo termina la cesión?

—Seis semanas.

—¿Cuánto hay?

Alejandro señaló los cajones con un gesto que abarcaba más de lo que seis semanas podían cubrir cómodamente.

—Demasiado para seis semanas si trabajamos de manera convencional —admitió—. Pero si usted puede traducir en tiempo real mientras yo tomo notas, podemos avanzar más rápido que si lo dejamos todo para transcripción posterior.

—De acuerdo. —Zobeida sacó su propia libreta, un cuaderno de hojas lisas que llevaba siempre en el bolso—. ¿Empezamos?

Trabajaron durante dos horas seguidas con la concentración de dos personas que han descubierto que sus ritmos de trabajo son compatibles sin haberlo planeado. Alejandro tomaba notas con la velocidad de quien ha desarrollado un sistema propio de abreviaturas y que de vez en cuando le pedía a Zobeida que repitiera una frase o que aclarara un término. Zobeida traducía con la fluidez que le permitía el hecho de que el árabe clásico del norte no tenía secretos para ella, dictando en voz baja y parando solo cuando el texto requería una decisión entre dos interpretaciones posibles.

El diario era, como Alejandro había sugerido, inusualmente bueno. La autora, que en los primeros cuadernos no se nombraba y cuya identidad Alejandro esperaba confirmar con los documentos de los cajones posteriores, escribía con una precisión que no era fría sino todo lo contrario: era la precisión de alguien que elige las palabras con cuidado precisamente porque lo que describe importa y el descuido sería una forma de traición.

Describía el patio interior del palacio con sus olores y sus sonidos. Describía las conversaciones del harén, la política doméstica de ese espacio cerrado con la misma atención que un cronista dedicaría a las deliberaciones de un consejo de guerra. Describía al emir con una neutralidad que era en sí misma informativa, la neutralidad de quien ha aprendido que la opinión directa tiene un costo demasiado alto.

Y describía, en los márgenes de algunas páginas, con una letra más pequeña como si quisiera que cupiera en menos espacio, cosas que no encajaban del todo con el registro administrativo del texto principal. Impresiones. Sensaciones. El sonido del viento en la noche y la manera en que le recordaba algo que no sabía si había vivido o solo imaginado.

—Esto es extraordinario —dijo Alejandro, en voz baja, durante una de las pausas—. Hay muy pocos documentos de este tipo de este período. La mayoría de lo que tenemos sobre la vida en los emiratos del norte viene de fuentes españolas, que tienen sus propios sesgos evidentes. Esto es una voz de dentro.

—Es una voz muy específica de dentro —respondió Zobeida, sin levantar la vista del folio—. No es el harén en general. Es esta persona en particular, mirando el harén desde adentro pero también mirándose a sí misma. Hay una distancia crítica en el texto que no es habitual.

—¿Se refiere a la manera en que describe al emir?

—Me refiero a la manera en que se describe a sí misma cuando cree que está describiendo otra cosa.

Alejandro la miró. Era la primera vez esa mañana que Zobeida decía algo que iba más allá de la traducción técnica, y él lo registró con la atención de quien reconoce que el comentario merece más desarrollo del que la situación permite en ese momento.

—¿Tiene alguna formación en literatura árabe clásica además de la traducción?

—Tengo una madre que me leyó poesía del norte desde que tenía cuatro años y un padre que me enseñó a leer a Cervantes antes de que pudiera leer el Corán. Lo que tengo es bilingüismo de cuna, que es diferente a la formación pero que a veces produce resultados parecidos.

Alejandro sonrió. Era la primera vez que sonreía desde que habían empezado a trabajar, y Zobeida lo registró con la incomodidad específica de quien nota algo que no había anticipado notar.

A las doce y media hicieron una pausa para comer. Alejandro había traído un sándwich que sacó de la mochila con la resignación de quien sabe que el trabajo de archivo no favorece los almuerzos elaborados. Zobeida fue a buscar café a la máquina del pasillo y volvió con dos vasos sin preguntar si él quería porque ya había decidido que sí, y se detuvo un instante en el umbral de la sala al darse cuenta de lo que había hecho.

—¿Con azúcar? —preguntó, desde la puerta.

—Sin. Gracias.

Dejó los cafés sobre la mesa y se sentó frente a él con la sensación extraña de haber tomado una decisión que en condiciones normales no habría necesitado tomar porque la respuesta habría llegado sola. Había preguntado. Había tenido que preguntar.

—¿Cuánto tiempo lleva en Casablanca? —dijo, porque necesitaba decir algo y esa era una pregunta razonable.

—Llegué ayer. Técnicamente anteayer, porque el vuelo aterrizó a la una de la madrugada, pero psicológicamente ayer.

—¿Es su primera vez?

—En Casablanca, sí. En Marruecos, no. Estuve en Fez hace unos años para otro proyecto, y en Marrakech una vez por motivos que no tenían nada que ver con el trabajo.

—¿Cuánto tiempo se queda?

—Seis semanas, si el archivo aguanta ese ritmo. Más si encuentro motivos académicos para ampliar la estancia. —Bebió el café, levantó la vista—. ¿Usted es de aquí?

—De aquí, sí. Nací en este barrio, estudié en esta ciudad, trabajo en esta ciudad. Mi padre era de Sevilla y vivió aquí treinta años antes de volver, y mi madre es de Salé y nunca ha vivido en ningún otro lugar. Soy de aquí de la manera más completa que existe, que es la de quien no tiene ningún otro lugar al que pertenecer.

—¿Y eso es una queja o una declaración?

—Es una descripción —respondió Zobeida—. Las quejas las reservo para los lunes y hoy es martes.

Alejandro volvió a sonreír. Y Zobeida, que debería haber sabido que lo haría, no lo supo, y eso, que en cualquier otra circunstancia habría sido un dato menor sin ninguna relevancia, le produjo una incomodidad que decidió, por el momento, clasificar como malestar digestivo y dejar ahí.

Volvieron al trabajo a la una menos cuarto. El diario continuaba con su precisión específica, y la autora, que en los cuadernos del año 1923 por fin se nombraba, describía con creciente urgencia los cambios en el emirato, la presión española sobre las fronteras del protectorado, la manera en que el emir se volvía hacia adentro a medida que el mundo exterior se cerraba. El nombre que aparecía en esas páginas era Amira Ib'nzafir, escrito con una caligrafía que se diferenciaba ligeramente del resto del texto, como si nombrarse requiriera un gesto distinto al de describir todo lo demás.

Zobeida leyó el nombre en voz alta para que Alejandro lo anotara.

Y cuando lo leyó, la sensación de la nuca no fue esta vez breve. Duró varios segundos, con una intensidad que no había tenido antes, y se extendió hacia algo que no era exactamente el recuerdo de nada pero que tampoco era exactamente su ausencia.

—¿Está bien? —preguntó Alejandro, porque había dejado de dictar.

—Sí. —Zobeida encontró de nuevo el hilo del texto con la eficiencia de quien ha aprendido a recuperar la compostura antes de que nadie note que la perdió—. Perdone. Continúo.

Continuó. Pero el nombre de Amira Ib'nzafir quedó en el aire de la sala de archivo con la persistencia de las cosas que no se van solo porque uno deja de pronunciarlas, y cuando a las tres de la tarde Zobeida dobló su libreta y se despidió de Alejandro con la puntualidad de quien tiene otra cita, salió al puerto con la sensación de que algo había cambiado en el martes de una manera que todavía no sabía medir.

El Atlántico seguía donde siempre. El viento seguía viniendo del mismo lugar. Y Zobeida Castropolo, que llevaba veinticuatro años sabiendo de antemano casi todo lo que iba a ocurrir, caminó hacia la parada del tranvía sin saber qué iba a pensar durante el trayecto.

Era, consideró mientras esperaba, una sensación completamente nueva.

No supo si era buena. Pero era nueva, que para ella, en ese momento, era suficiente.

CAPÍTULO 3

Una cita sin guion previo

Casablanca, restaurante La Sqala y calles de la Medina — jueves por la noche

La invitación llegó el miércoles por mensaje de texto, con la informalidad de quien no está del todo seguro de si lo que propone es una cena de trabajo o algo distinto y ha decidido que la ambigüedad del formato digital es una manera aceptable de no tener que decidirlo. Decía: *Mañana termino tarde en el archivo. Si le apetece cenar por ahí le cuento lo que encontré en los cajones de 1923. Alejandro.* Y luego, después de un punto que cerraba perfectamente la frase, una posdata que la abría de nuevo: *No tiene que ser por trabajo si no quiere.*

Zobeida leyó el mensaje dos veces. No porque no lo hubiera entendido a la primera sino porque era la segunda vez en tres días que Alejandro Montes producía en ella la necesidad de releer algo, que era una frecuencia completamente inédita para alguien cuyos intercambios con el mundo exterior rara vez requerían más de una pasada.

Se lo mandó a Leila sin comentario.

La respuesta de Leila llegó en cuarenta segundos y consistía en un solo emoji de fuego seguido de la frase *ya te dije yo* en mayúsculas, lo cual era exactamente la respuesta que Zobeida había anticipado y que sin embargo no le quitaba el problema de encima, que era que no sabía qué contestar. No porque no tuviera palabras. Porque no sabía cuáles iban a ser las suyas.

Respondió: *De acuerdo. ¿Dónde y a qué hora?*

Y después se quedó mirando el teléfono durante más tiempo del razonable esperando la respuesta, que tampoco llegó en el momento en que habría llegado si hubiera sabido cuándo iba a llegar.

El jueves fue un día de trabajo razonablemente normal excepto por el hecho de que Zobeida revisó el texto de los folios del diario de Amira que habían transcrito el martes con una atención que iba más allá de los requisitos de la traducción. Buscaba algo sin saber qué buscaba, que era otra experiencia relativamente nueva. Encontró tres pasajes que había dejado marcados con una nota de verificación y que ahora, en la segunda lectura, le producían la misma incomodidad lateral de los días anteriores, esa sensación que no era reconocimiento pero que ocupaba el mismo espacio. Los dejó marcados y cerró el archivo a las seis.

Llegó a La Sqala a las ocho y cuarto, quince minutos antes de la hora acordada, porque había calculado el trayecto con un margen que resultó ser innecesariamente generoso, y se sentó en la terraza exterior con una copa de agua mineral y la incomodidad específica de quien llega demasiado pronto a un lugar donde todavía no hay nadie con quien justificar haber llegado.

La Sqala era un restaurante instalado en un antiguo bastión portugués junto a la Medina, con muros de piedra de metro y medio de grosor que en el siglo dieciséis habían servido para defender la ciudad y que en el siglo veintiuno servían para mantener una temperatura interior que ningún sistema de climatización moderno habría conseguido igualar. Las mesas de la terraza daban a los jardines y desde allí se oía, amortiguado por la distancia y por la piedra, el ruido del puerto. Zobeida conocía el restaurante desde que tenía dieciséis años porque era el lugar al que su padre llevaba a su madre en los aniversarios, y había en esa elección de Alejandro, que no podía saber nada de esa historia, algo que le produjo una incomodidad que decidió no examinar demasiado de cerca.

Alejandro llegó a las ocho y veintiuno, con la chaqueta que había llevado al archivo y una expresión de quien ha venido directamente de trabajar y lo sabe pero ha hecho lo posible dentro de las circunstancias.

—Llegué tarde —dijo, sentándose frente a ella.

—Dos minutos.

—Para la mayoría de la gente, dos minutos es llegar a tiempo.

—Para la mayoría de la gente, sí.

Alejandro la miró con la expresión de quien ha captado algo en la respuesta pero no está seguro de hasta dónde llega.

—¿Usted llega siempre antes?

—Siempre. —Zobeida dobló la servilleta sobre las rodillas con un gesto automático—. Sé cuándo voy a llegar porque sé cuánto tarda el camino. No tiene ningún mérito especial.

—Saber cuánto tarda el camino es exactamente el mérito. La mayoría de la gente subestima el tráfico, el aparcamiento y los dos minutos que tarda en encontrar las llaves. Yo, por ejemplo, subestimé las tres cosas al mismo tiempo.

—¿Y las llaves?

—Estaban donde siempre, que es el problema: si siempre están en el mismo sitio, ¿por qué tardan tanto en encontrarse?

Zobeida no supo si iba a sonreír antes de sonreír, que seguía siendo la sensación más desconcertante de la semana.

El camarero les trajo la carta y Alejandro la estudió con la concentración de un hombre que toma los menús en serio, lo cual era un rasgo que Zobeida no había anticipado y que encontró, de manera completamente irracional, tranquilizador. Pidió lo que encontró sin consultar a Zobeida si le parecía bien, con la naturalidad de quien no pide permiso para tener preferencias propias, y eso también era algo que no había anticipado.

—Entonces —dijo Alejandro, cuando el camarero se retiró—. Encontré algo en los cajones de 1923.

—Cuénteme.

—Hay una carpeta de correspondencia entre el emirato de Baalhuk y la administración española del protectorado que nadie había transcrito todavía. Las cartas en árabe están ahí, sin tocar. Pero hay algo más interesante: hay respuestas en español. —Sacó el teléfono, buscó una foto y se lo pasó a Zobeida—. Este es el membrete de algunas de las respuestas.

Zobeida miró la foto. Era el membrete de la comandancia española del norte de Marruecos, con fecha de noviembre de 1923, y la firma al pie de la carta era de un oficial de nombre Rafael Montes Alcázar, capitán del ejército español en la zona del protectorado.

—Montes —dijo Zobeida.

—Mi bisabuelo —respondió Alejandro, con la calma específica de quien ha tenido tiempo de procesar esta información antes de decirla en voz alta—. O así lo creo. El apellido y el período coinciden, y hay una rama de mi familia que estuvo en el protectorado durante esos años y de la que nadie habla demasiado, que en los contextos familiares españoles suele significar que hay algo que preferirían no recordar.

—¿Sabe qué fue de él?

—Murió en Marruecos en 1924. Eso es todo lo que la familia registró. Sin detalles, sin circunstancias, sin carta de condolencia conservada ni ninguno de los papeles que normalmente se guardan cuando alguien muere en una guerra. Solo la fecha y el lugar, que es Marruecos, que en el norte y en ese año podía significar muchas cosas distintas.

Zobeida le devolvió el teléfono y tomó un sorbo de agua antes de responder, no porque necesitara tiempo para pensar sino porque la conversación había entrado en un territorio que requería algo más que velocidad.

—¿Y el diario de Amira? ¿Hay alguna referencia al capitán Montes en lo que hemos transcrito?

—No todavía. Pero los cuadernos que quedan son de 1923 y 1924, que es exactamente el período en que Rafael Montes Alcázar firmaba cartas al emirato. —Hizo una pausa—. No es una coincidencia que me resulte fácil ignorar.

—Ni a mí —dijo Zobeida.

La cena avanzó con la facilidad que tienen las conversaciones que tienen algo real de qué hablar y dos personas que saben escuchar. Alejandro contó más sobre el proyecto, la razón por la que ese período específico del protectorado le interesaba, los años que había pasado rastreando documentos en archivos españoles y marroquíes antes de conseguir la cesión temporal de los cajones de Casablanca. No hablaba de su trabajo con la modestia defensiva de quien teme aburrir, sino con la naturalidad de quien asume que si algo le parece interesante vale la pena explicarlo y que la otra persona decidirá por sí misma si coincide.

Zobeida habló menos que él, que era su costumbre en las primeras conversaciones con personas que todavía no conocía, pero lo que dijo fue más

de lo que solía decir, lo cual era un dato que registró internamente sin examinarlo demasiado. Le contó sobre la oficina, sobre los años que llevaba trabajando con árabe clásico y la manera en que ese registro específico, tan distinto del árabe moderno estándar, tenía una textura que el árabe contemporáneo había perdido en algún punto del camino. Le contó, sin que ninguno de los dos lo hubiera decidido de manera consciente, algo sobre su padre: que era sevillano y que había llegado a Casablanca a los veintiocho años para trabajar en una empresa de importación y que se había quedado porque conoció a su madre y porque Casablanca, decía siempre, era una ciudad que no te dejaba irte una vez que te había visto bien.

—¿Y su madre? —preguntó Alejandro.

—Mi madre es la razón por la que hablo árabe como lo hablo. Y la razón por la que sé que el vocabulario de Amira Ib'nzafir es de alcurnia aunque su caligrafía sea de urgencia.

—¿Hay diferencia entre las dos cosas?

—Siempre. La alcurnia se aprende de niño y no se pierde aunque la situación cambie. La urgencia es del momento, de la circunstancia. En el diario de Amira conviven las dos, y eso dice más sobre ella que cualquier cosa que escriba de manera explícita.

Alejandro la miraba con la atención de quien escucha de verdad, no de quien espera el momento de responder.

—Debería volver mañana al archivo —dijo—. Con esa manera de leer.

—Vuelvo mañana al archivo de todas formas. Es mi trabajo.

—Lo sé. Pero hay una diferencia entre traducir y leer. Usted hace las dos cosas al mismo tiempo, y eso es más raro de lo que parece.

Zobeida no respondió de inmediato. Era la tercera vez en la semana que Alejandro decía algo que no había anticipado, y la acumulación empezaba a tener un peso específico que ya no podía clasificar simplemente como inusual.

Cuando terminaron de cenar salieron a la noche de la Medina, que a esa hora tenía el ritmo pausado de las noches entre semana, con los puestos del mercado a medio recoger y el olor a especias mezclado con el aire marino que bajaba desde el norte. Caminaron sin destino definido, que era otra cosa que Zobeida rara vez hacía porque caminar sin destino en una ciudad que conocía de memoria producía el aburrimiento específico de los trayectos cuyo resultado ya se sabe.

Esta vez el resultado no lo sabía.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando como traductora? —preguntó Alejandro, mientras sorteaban una bandeja de especias que alguien había dejado en medio de la calle con una indiferencia que solo la costumbre podía producir.

—Desde los veintitrés. Ocho años.

—¿Era lo que quería hacer?

—Era lo que podía hacer mejor que nada. Que es una respuesta menos romántica que la otra pero más honesta.

—¿Y hay algo que hubiera querido hacer en lugar de esto?

Zobeida consideró la pregunta con más seriedad de la que la pregunta aparentemente requería.

—Hay algo que me pregunto a veces. Si hubiera podido aprender a no saber de antemano cómo terminan las cosas, si habría elegido otra clase de trabajo. Uno donde la incertidumbre fuera parte del proceso en lugar de una anomalía.

—¿Qué clase de trabajo?

—No lo sé. Nunca lo sabré, porque el problema hipotético contiene su propia respuesta.

Alejandro no respondió de inmediato. Caminaron media manzana en silencio antes de que él hablara.

—¿Sabe de antemano cómo terminan todas las cosas, o solo algunas?

Era la primera pregunta directa que alguien le hacía sobre el don en mucho tiempo, y la primera que llegaba sin el tono de quien busca una explicación tranquilizadora. Era solo curiosidad, limpia y sin protocolo.

—La mayoría —respondió Zobeida—. No todas. Hay... excepciones.

—¿Qué clase de excepciones?

Ella lo miró. Estaban parados frente a un puesto de lámparas de cobre que el vendedor estaba cerrando con la resignación de quien sabe que ya no vendrá más clientela esa noche, y la luz de las lámparas que todavía estaban encendidas producía sobre el suelo de la callejuela unos reflejos que cambiaban con cada movimiento del vendedor.

—La clase que todavía no sé cómo describir —dijo.

Alejandro asintió, como si esa fuera una respuesta suficiente, y siguieron caminando. Y Zobeida, que llevaba veinticuatro años describiendo todo con una precisión que a veces ella misma encontraba agotadora, caminó junto a él durante otra media hora sin saber qué iba a decir a continuación, lo cual era tan incómodo y tan completamente distinto a cualquier otra cosa que había sentido en mucho tiempo que cuando llegaron al punto donde los caminos se separaban no supo durante un instante qué hacer con las manos.

—Mañana en el archivo —dijo Alejandro.

—Mañana en el archivo —confirmó Zobeida.

Se separaron. Zobeida tomó la dirección del tranvía y caminó tres manzanas antes de admitir, en la privacidad de una calle que ya no tenía testigos, que no había sabido en ningún momento de la noche cuándo iba a terminar la conversación ni cómo.

Era, consideró mientras esperaba el tranvía, un problema completamente nuevo.

Y lo nuevo, en su experiencia limitada de esa categoría, dolía un poco. Pero de una manera que no se parecía en nada al dolor.

CAPÍTULO 4

Leila Benkirane tiene siempre una opinión

Casablanca, oficina de traducción Mediterráneo & Oriente y café Argana — viernes

Leila llegó el viernes a las ocho y media en punto, lo cual era suficientemente inusual para que Zobeida levantara la vista del ordenador cuando escuchó la puerta.

—Llegas puntual.

—Llevo dos días esperando que me cuentes cómo fue la cena y si seguía esperando corría el riesgo de que te olvidaras de los detalles importantes. —Colgó el abrigo, se sentó, encendió el ordenador, y todo eso lo hizo sin dejar de mirar a Zobeida—. Cuéntame.

—Fue bien.

—Eso no es contar.

—Es un resumen.

—Los resúmenes son para los informes de trabajo. Yo soy tu socia y tu amiga desde hace ocho años y merezco narrativa completa. —Leila cruzó los brazos sobre la mesa con la postura de quien no tiene intención de moverse hasta recibir lo que ha pedido—. Empieza por el principio.

Zobeida cerró el archivo en el que estaba trabajando, que era la transcripción de los folios del martes y que podía esperar, y se recostó en la silla.

—El restaurante era La Sqala.

—Buena elección. ¿La hizo él?

—Sí.

—Sin conocer la ciudad.

—Sin conocer la ciudad.

Leila asintió con la expresión de quien anota un punto en una columna mental.

—¿Y?

—Y cenamos. Y hablamos. Y después caminamos por la Medina durante un rato.

—¿Cuánto rato?

—No lo medí.

Leila se quedó en silencio durante un momento que Zobeida reconoció como el silencio de procesamiento, el que Leila usaba cuando recibía información que requería reorganizar el marco de referencia antes de responder.

—No lo mediste —repitió.

—No.

—Zobeida. Tú mides todo. Sabes cuánto tarda el trayecto desde tu casa hasta cualquier punto de esta ciudad con un margen de error de noventa segundos. Sabes cuánto dura una reunión antes de que empiece. Sabes cuándo va a llover antes de que el cielo haga nada al respecto.

—Sí.

—Y no mediste cuánto tiempo estuvisteis caminando.

—No.

Leila volvió a quedarse en silencio. Esta vez el silencio duró más, y cuando terminó lo hizo con la expresión de quien ha llegado a una conclusión que le produce una satisfacción considerable.

—Actualizo la teoría —dijo.

—¿Qué teoría?

—La teoría de Alejandro Montes. Versión tres punto cero. —Leila giró la silla para quedar directamente frente a Zobeida con la actitud de quien va a hacer una presentación—. Versión uno: cuando me dijiste que con él no tenías déjà vus, pensé que era una anomalía puntual, que tu sistema necesitaba un poco de tiempo para calibrarse a alguien nuevo. Versión dos, después del martes: cuando me dijiste que su apellido aparecía en los archivos del protectorado, pensé que la conexión histórica podía estar interfiriendo con el don de alguna manera, creando una especie de ruido de fondo que bloqueaba la señal. Versión tres, ahora mismo: creo que no es que el don no funcione con él. Creo que funciona de una manera diferente.

Zobeida la miró.

—¿Qué significa diferente?

—Significa que con todo el mundo el don te muestra el futuro. Con él te muestra el presente. Lo que está ocurriendo ahora mismo, en tiempo real, sin adelantarte nada. Y como llevas veinticuatro años viviendo en el futuro, el presente te resulta tan extraño como debería resultarle el futuro a cualquier persona normal.

Zobeida no respondió de inmediato. Era, consideró con la honestidad que le debía a Leila y a sí misma, una de las mejores cosas que Leila había dicho en ocho años de teorías sobre el don, y eso era mucho decir porque Leila no era una persona que dijera cosas malas con facilidad.

—Puede ser —dijo finalmente.

—¿Puede ser o es?

—Puede ser, que es todo lo que puedo darte en este momento.

Leila aceptó eso con la generosidad de quien sabe cuándo ha llegado al límite de lo que la otra persona puede entregar sin forzarlo.

—¿Volverás a verle hoy?

—Voy al archivo esta tarde.

—Eso no es lo que te pregunté.

—Es lo único que puedo responderte.

Trabajaron durante la mañana con la concentración paralela que habían desarrollado a lo largo de los años, cada una en sus encargos propios, con el intercambio ocasional de una pregunta técnica o un comentario sobre algún cliente, y el silencio entre ellas tenía la calidad cómoda de los silencios entre personas que no necesitan llenar el espacio para saber que la otra sigue ahí.

A las doce y media Leila propuso el café Argana para el almuerzo, que estaba a tres manzanas y que tenía una terraza donde el sol de marzo llegaba a esa hora con el ángulo exacto para resultar agradable sin ser excesivo. Caminaron juntas por la calle Ibnou Rochd con la facilidad de las personas que han recorrido el mismo camino suficientes veces para que sus pasos encuentren solos el ritmo.

Fue en la terraza del Argana, con el té de menta y los pasteles de almendra que Leila pedía siempre sin mirar la carta, donde la conversación giró hacia un territorio que Zobeida no había planeado tocar ese día.

—Hay algo más que no te conté del martes —dijo Zobeida.

Leila dejó la taza sobre el platillo con una calma que era en realidad atención máxima.

—Las cartas que me trajo Berrada el lunes. El cliente con los papeles de su padre. —Zobeida giró la cucharilla entre los dedos sin usarla—. El vocabulario que me pareció inusual. Era de la misma región que el archivo de Alejandro. El mismo período, el mismo registro administrativo de los emiratos del norte.

—¿Y eso qué significa?

—Probablemente nada. Es una zona geográfica concreta en un período histórico concreto. Que dos encargos de la misma semana provengan del mismo contexto histórico no tiene por qué significar nada.

—Pero te molestó.

—Me llamó la atención.

—Para ti esas dos cosas son lo mismo.

Zobeida no respondió, que era también una respuesta.

—¿Y el diario de Amira? —continuó Leila—. ¿Sigue produciéndote esa sensación que me describiste?

—Sí. Cada vez que lo leo. —Hizo una pausa—. Hay tres pasajes que marqué para revisar y que he releído cuatro veces desde el martes. No porque haya un problema con la traducción. Porque hay algo en el texto que no termino de ubicar.

—¿Qué clase de algo?

—La manera en que describe los espacios físicos. El patio interior del palacio, las habitaciones del harén. No es una descripción documental, que sería lo

esperable en un diario de ese tipo. Es una descripción sensorial, con olores y temperaturas y la manera en que la luz cambia a distintas horas del día. Y cuando leo esa descripción tengo la sensación de que ya sé cómo huele ese patio antes de que ella lo describa.

Leila la miró durante un momento.

—¿Un déjà vu?

—No exactamente. Un déjà vu tiene dirección, apunta hacia algo. Esto no apunta. Solo está ahí, como una superposición.

—¿Una superposición de qué?

—No lo sé. —Zobeida dejó la cucharilla sobre el platillo—. Y eso es lo que me molesta, Leila. Que no lo sé. Que hay algo que debería saber y no sé, y no estoy acostumbrada a esa posición.

Leila tomó un pastel de almendra, lo partió por la mitad con cuidado, y le ofreció una mitad a Zobeida con el gesto automático de quien comparte todo sin pensarlo.

—¿Has hablado con tu madre?

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—Porque si le cuento lo del diario y lo de la sensación, mi madre va a decir algo que no voy a poder ignorar. Y todavía no estoy segura de estar lista para no ignorarlo.

Leila asintió despacio, con la expresión de quien entiende perfectamente lo que acaba de escuchar porque conoce a la madre de Zobeida desde hace suficiente tiempo para saber que Fátima Castropolo era exactamente el tipo de persona que decía las cosas que no se pueden ignorar con la misma tranquilidad con que cualquier otra persona comenta el tiempo.

—¿Y Alejandro? —preguntó—. ¿Sabe algo de lo que me estás contando?

—Sabe que tengo algo que llamo déjà vus. Le dije que hay excepciones en el don, cosas que no anticipo. No le dije que él es una de ellas.

—¿Por qué no?

Zobeida consideró la pregunta con la honestidad que Leila merecía.

—Porque si se lo digo cambia algo. No sé qué cambia exactamente, pero algo cambia. Y mientras no lo sepa prefiero no cambiarlo.

—Eso es la cosa más humana que te he escuchado decir en mucho tiempo —dijo Leila.

—No me lo tengas en cuenta.

—Al contrario. Te lo voy a tener muy en cuenta.

Volvieron a la oficina a las dos menos cuarto, con el sol de marzo todavía en el ángulo correcto y la calle Ibnou Rochd con el ritmo lento de los viernes después del mediodía. Zobeida pasó la tarde trabajando en la transcripción

del diario con la concentración de quien tiene algo que hacer y lo agradece, y a las cinco recogió sus cosas para ir al archivo.

Antes de salir, Leila levantó la vista de su pantalla.

—Zobeida.

—¿Qué?

—Lo de no medir el tiempo. No lo pierdas.

Zobeida la miró desde la puerta con una expresión que no era exactamente una respuesta pero que Leila, que la conocía desde hacía ocho años, interpretó sin dificultad.

Cerró la puerta. Bajó las escaleras. Salió a la calle Ibnou Rochd, donde Casablanca olía a pan y a escape de moto y a esa humedad del puerto que el viento trae antes de que la tarde se enfríe, y caminó hacia el archivo sin saber qué iba a decir cuando llegara.

Que era, pensó mientras cruzaba la avenida, una sensación que todavía no había aprendido a manejar del todo. Pero que esa tarde, con el sol en ese ángulo y el viento de ese lado, no le resultaba del todo desagradable.

Alejandro estaba donde siempre cuando Zobeida llegó al archivo, en la mesa de la esquina con la libreta abierta y el ordenador encendido y el café de la máquina del pasillo a medio terminar. Había sacado un cajón nuevo, el quinto desde que empezaron a trabajar el martes, y lo había organizado sobre la mesa con el método que Zobeida había aprendido a leer en los últimos días: los documentos en árabe a la izquierda, los españoles a la derecha, los de procedencia mixta o incierta en el centro.

—Llegó algo de Madrid —dijo, sin levantar la vista, como si supiera que era ella sin necesitar comprobarlo.

—¿Qué llegó?

—Un escaneo del archivo de la Biblioteca Nacional. La solicitud que hice hace tres semanas de rastreo de piezas del emirato de Baalhuk depositadas en España. —Giró el ordenador para que Zobeida pudiera ver la pantalla—. Hay una colección pequeña, depositada en 1929 por Rafael Montes Alcázar, sin mayores explicaciones sobre la procedencia. Mayormente objetos personales, algunos documentos. Y una pieza que me interesa especialmente.

Zobeida se acercó a la pantalla. El escaneo mostraba el inventario de la colección en la letra meticulosa de algún archivista de los años veinte, y al final de la lista, con una nota que indicaba que se trataba de una obra sin atribución, había una entrada que decía: *Retrato al óleo, pequeño formato, mujer sin identificar, norte de Marruecos, circa 1922.*

—¿Han mandado imagen del retrato? —preguntó Zobeida.

—Eso pedí. Dijeron que tardaría unos días en digitalizarse porque estaba en los fondos no catalogados digitalmente. —Alejandro recostó la silla—. Pero hay algo más. El archivista de 1929 registró una nota que acompañaba la colección. Solo una línea.

Giró el ordenador de vuelta hacia sí, buscó el archivo, y le pasó la libreta a Zobeida donde había copiado la frase a mano.

La letra de Alejandro era más legible de lo que Zobeida habría esperado para alguien que tomaba notas a la velocidad que tomaba notas. La frase decía, en el español formal del período: *Se deposita como prueba de que esta mujer existió y que mereció ser recordada por su propio nombre.*

Zobeida leyó la frase dos veces. No porque no la hubiera entendido a la primera.

—¿Sabe quién era? —preguntó—. La mujer del retrato.

—Todavía no con certeza. Pero si la nota la escribió Rafael Montes Alcázar y si Rafael Montes Alcázar tuvo correspondencia con el emirato de Baalhuk entre 1922 y 1924, hay una posibilidad que no me resulta difícil de formular aunque todavía no pueda probarla.

—Amira Ib'nzafir —dijo Zobeida.

—Eso creo.

Se quedaron en silencio durante un momento. Afuera, por la ventana alta de la sala de archivo, el puerto de Casablanca seguía con su gramática propia, las grúas con su ritmo constante, el agua debajo reflejando lo que quedaba de la tarde.

—¿Por qué un capitán español depositaría en 1929 el retrato de la esposa de un emir marroquí con una nota que pedía que se la recordara por su nombre? —dijo Zobeida, en voz baja, más para sí misma que para Alejandro.

—Esa es la pregunta central —respondió él—. Y los cuadernos que quedan del diario de Amira son los que corresponden exactamente al período en que Rafael Montes Alcázar firmaba esas cartas al emirato. Si hay una respuesta, está ahí.

—¿Empezamos?

—Empezamos.

Trabajaron durante dos horas con la misma concentración de los días anteriores, pero con algo distinto en el aire de la sala que ninguno de los dos nombró porque nombrarlo habría requerido decidir qué era exactamente, y ninguno estaba todavía en posición de hacer esa decisión. Los cuadernos del diario de 1923 mostraban a una Amira que escribía con más urgencia que en los anteriores, como si el tiempo disponible se hubiera acortado de maneras que ella notaba aunque no pudiera cuantificar. Describía cambios en el emirato, tensiones que llegaban amortiguadas hasta el harén, rumores que las mujeres intercambiaban en voz baja durante las horas del patio. Y describía, en los márgenes de tres páginas distintas, siempre en la letra más pequeña, una presencia nueva en las negociaciones entre el emir y la administración española: un oficial que hablaba árabe con acento del sur de España y que miraba el patio interior cuando creía que nadie lo observaba.

Zobeida tradujo ese pasaje sin detenerse, con la voz uniforme de la traductora profesional que no deja que el contenido interfiera con la cadencia. Pero cuando terminó el párrafo hizo una pausa que Alejandro registró.

—¿Algún problema con el texto? —preguntó.

—Ninguno. Es perfectamente claro. —Zobeida miró el folio un momento más —. Ella lo describe como alguien que miraba el patio cuando creía que nadie lo veía. Pero ella lo vio.

—Sí.

—Y lo escribió.

—Sí.

—Eso es una decisión. En un diario que ella sabía que podía ser leído, escribir que lo vio mirando es una decisión muy específica.

Alejandro la miró con la expresión de quien reconoce que la otra persona ha llegado al mismo lugar por un camino diferente.

—Lo mismo pensé yo —dijo.

Zobeida dejó el folio sobre la mesa con el cuidado que merecía, y por un instante, brevísimo, tuvo la sensación de que el papel todavía conservaba algo del calor de la mano que lo había escrito cien años antes. No era un déjà vu. No era la sensación lateral de las últimas semanas. Era algo más directo y más desconcertante: la impresión de que la distancia entre 1923 y este viernes de marzo no era tan larga como el número de años sugería.

Lo guardó para después. Como siempre.

Pero esta vez el después se sentía más próximo.

CAPÍTULO 5

Los archivos del norte

Casablanca, Dirección de Patrimonio Cultural y archivo provisional — lunes de la semana siguiente

El fin de semana había sido lo que los fines de semana eran para Zobeida desde hacía años: el domingo en casa de su madre en el Maarif, con el almuerzo que Fátima cocinaba siempre con la misma generosidad metódica y que Zobeida comía siempre con la misma mezcla de hambre real y gratitud que no siempre encontraba las palabras correctas. Había llevado consigo la intención de hablar sobre el diario de Amira y sobre la sensación que le producía, y no lo había hecho, porque en el momento en que su madre le preguntó cómo iba el trabajo nuevo la respuesta que le salió fue que bien, que era un archivo interesante, que el árabe del período era más rico de lo que esperaba. Todo eso era verdad. No era todo.

El sábado lo había pasado en la oficina, sola, trabajando en los folios que tenía pendientes de Berrada, cuya traducción había terminado y entregado el viernes por la tarde y que sin embargo seguía abierta en el ordenador porque

había vuelto a ella dos veces más sin razón técnica aparente. La prosa de ese árabe y la prosa del diario de Amira eran diferentes, el registro distinto, el período ligeramente anterior, pero había algo en la manera de construir las frases, en la cadencia específica de ciertos giros, que producía en Zobeida la sensación de estar escuchando dos personas que habían crecido en el mismo lugar aunque no se conocieran.

El lunes llegó al archivo a las nueve y media, que era quince minutos antes de lo acordado y que para Zobeida equivalía a llegar tarde porque la puntualidad exacta la producía cierta ansiedad que había aprendido a gestionar llegando siempre antes.

Alejandro ya estaba ahí.

—Llegó el escaneo del retrato —dijo, en lugar de buenos días.

Zobeida se acercó a la pantalla sin quitarse el abrigo.

La imagen era pequeña y el escaneo no era de la mejor calidad posible, con los colores ligeramente desaturados por el paso del tiempo sobre el óleo y por la limitación del equipo que lo había digitalizado. Pero la figura central era perfectamente visible: una mujer sentada de tres cuartos, con joyas del norte de Marruecos sobre el cuello y las muñecas, el pelo cubierto con una tela que dejaba ver solo el óvalo del rostro, y los ojos mirando hacia un punto ligeramente por encima de donde el pintor habría estado situado, como si la mujer estuviera mirando algo que el cuadro no contenía.

Zobeida miró el retrato durante un tiempo que no midió.

—¿Está bien? —preguntó Alejandro.

—Sí. —Se quitó el abrigo, lo colgó en la silla, y se sentó frente a la mesa con la precisión de quien necesita tener algo que hacer con las manos—. ¿Han identificado a la mujer?

—La Biblioteca Nacional dice que no hay documentación que lo confirme. Pero la fecha, la procedencia, el nombre del depositante y el contexto de la colección de Montes Alcázar apuntan todos en la misma dirección. —Alejandro cerró la pantalla del retrato y abrió el archivo de trabajo—. ¿Empezamos con el cuaderno de octubre?

—Empezamos.

El cuaderno de octubre de 1923 era el más denso de los que quedaban por transcribir. Amira escribía en él con una urgencia que no había tenido en los anteriores, como si algo en el aire del emirato hubiera cambiado de manera que ella percibía antes de que nadie se lo hubiera dicho explícitamente. Describía conversaciones que llegaban amortiguadas a través de las paredes del harén, silencios del emir que duraban más de lo habitual, el movimiento de guardias en los patios a horas en que antes no había guardias.

Y entre esas descripciones, en los márgenes y en los espacios entre párrafos, con esa letra comprimida que usaba para las cosas que no cabían en el texto principal, aparecía de nuevo el oficial español. Ya no como una presencia observada desde la distancia. Como alguien con quien había hablado.

—Aquí —dijo Zobeida, señalando el margen de uno de los folios—. Hay un fragmento en el margen que no está en el texto principal.

—¿Qué dice?

Zobeida lo leyó en voz baja primero, para asegurarse de la lectura, y después en voz alta para Alejandro.

—Dice: *Me preguntó si el jardín del patio interior tenía nombre. Le dije que en esta casa las cosas no tienen nombre propio, solo el nombre de quien las posee. Me miró como si eso fuera una respuesta que no esperaba y que le decía algo más de lo que yo había dicho.*

Alejandro dejó de escribir.

—¿Eso está en el margen?

—En el margen del folio veintisiete, sí. Con la letra pequeña que usa para las cosas que no quiere que estén en el texto principal pero que tampoco puede no escribir.

—¿Hay más fragmentos de ese tipo?

—Déjeme revisar los siguientes folios.

Zobeida avanzó por el cuaderno con la concentración de quien busca algo específico y que sabe reconocerlo cuando lo encuentra. Había cuatro fragmentos más en los márgenes del cuaderno de octubre, todos con la letra comprimida, todos sobre el oficial español, todos con esa cualidad de las cosas escritas de prisa antes de que el impulso cediera.

Los leyó uno por uno. El segundo decía que el oficial le había preguntado si tenía familia en el norte y que ella le había respondido que toda su familia estaba en esta casa y que no era la misma cosa. El tercero describía un momento en el patio durante una de las reuniones entre el emir y la delegación española, cuando el oficial había cruzado el espacio abierto y al pasar junto a la celosía detrás de la que Amira estaba sentada había pronunciado, sin mirar en su dirección, el nombre del jardín que ella le había dicho que no tenía nombre. El cuarto era una sola línea que decía: *Sabe árabe mejor de lo que deja ver, y yo sé español mejor de lo que dejo ver, y ninguno de los dos le ha dicho esto al otro todavía.* El quinto, en el margen inferior del último folio del cuaderno, era la frase más corta de todas: *Tiene el apellido de un río.*

Cuando Zobeida terminó de leer el quinto fragmento hubo un silencio en la sala de archivo que no tenía que ver con la falta de cosas que decir sino con la abundancia de ellas.

—Montes —dijo Alejandro, en voz baja.

—Sí.

—Amira sabía su apellido.

—O lo averiguó. O alguien se lo dijo. —Zobeida miró el folio—. Pero lo escribió. Y lo escribió de esa manera, que tiene el apellido de un río. Lo cual significa que lo había pensado lo suficiente para encontrarle una imagen.

Alejandro se levantó, caminó hasta la ventana, y se quedó mirando el puerto durante un momento con las manos en los bolsillos. Era un gesto que Zobeida no le había visto antes y que reconoció como el gesto de alguien que está procesando algo que le afecta de maneras que van más allá del interés académico.

—¿Quiere que hagamos una pausa? —preguntó Zobeida.

—No. —Volvió a la mesa—. Quiero terminar el cuaderno. Pero antes quiero decirle algo.

—Dígame.

—En mi familia nunca se habló de Rafael Montes Alcázar. No de manera directa. Había una fotografía en casa de mi abuela que ella nunca explicó, un hombre de uniforme con el fondo desenfocado que podría haber sido cualquier lugar del norte de África, y cuando yo era niño y preguntaba quién era, mi abuela decía que era alguien de antes de la guerra y cambiaba de tema. —Se sentó—. Vine aquí por razones académicas que son completamente reales. Pero también vine porque llevo veinte años sabiendo que hay algo en esa rama de la familia que nadie me ha contado y que los archivos quizás sí.

—¿Y lo están contando?

—Están contando algo. Todavía no sé si es lo mismo que callaron.

Zobeida lo miró durante un momento.

—El texto de Amira dice que él sabía árabe mejor de lo que dejaba ver —dijo —. Si Rafael Montes Alcázar hablaba árabe y lo ocultaba en las negociaciones oficiales, tenía acceso a conversaciones que el emirato no sabía que estaban siendo entendidas. Eso tiene implicaciones políticas que complican bastante la imagen de un oficial que simplemente depositó un retrato con una nota sentimental en 1929.

—Lo sé. —Alejandro entrelazó los dedos sobre la mesa—. Y es posible que lo que Amira escribió en esos márgenes sea también más complejo de lo que parece a primera vista. Que haya habido información, no solo sentimiento.

—¿Qué tipo de información?

—No lo sé todavía. Pero si el emirato de Baalhuk cayó en agosto de 1924 y la administración española tuvo acceso a información interior a través de alguien que entendía árabe sin que lo supieran, la cronología encaja de maneras que no son cómodas.

Zobeida guardó silencio. Era la primera vez que la conversación entre ellos entraba en ese territorio, donde la historia de Amira y Rafael Montes Alcázar dejaba de ser solo una historia personal para convertirse en algo con implicaciones que afectaban a personas reales en ambos lados de la celosía.

—¿Y si fuera así? —dijo finalmente—. ¿Si la información que él tenía contribuyó de alguna manera a la caída del emirato. ¿Qué haría usted con eso?

Alejandro tardó en responder.

—Lo mismo que haría si no fuera así. Documentarlo con la mayor precisión posible y dejarlo donde corresponde, que es en el registro histórico. La familia puede querer ignorarlo. Yo no puedo.

—¿Aunque sea su bisabuelo?

—Especialmente porque es mi bisabuelo.

Era una respuesta que Zobeida no había anticipado en su forma exacta, aunque la dirección general la hubiera intuido. Había en esa frase una clase de honestidad que no necesitaba explicarse y que ella reconoció con la incomodidad específica de quien lleva tiempo siendo la única persona en una habitación capaz de saber lo que va a decirse a continuación y que de repente no lo es.

Hicieron una pausa para comer al mediodía. Alejandro había aprendido en la semana anterior que la máquina del pasillo producía un café aceptable si se seleccionaba el programa más corto, y lo hicieron sin consultar el proceso porque Zobeida ya lo sabía y Alejandro ya lo había aprendido, y esa pequeña sincronía doméstica en el espacio de un archivo provisional tenía la calidad levemente ridícula y levemente inevitable de los hábitos que se forman antes de que nadie los haya decidido.

—¿Qué sabe de la caída del emirato de Baalhuk? —preguntó Alejandro, mientras esperaban que la máquina terminara—. Desde el lado marroquí, quiero decir. Lo que se enseña aquí, si es que se enseña.

—Muy poco, que es en sí mismo informativo. El protectorado español del norte es un período que la historia marroquí oficial trata con menos detalle que el protectorado francés del sur, en parte porque el francés duró más y fue más sistemático, y en parte porque el norte es una región con su propia identidad cultural que no siempre ha encontrado espacio en el relato nacional. Los emiratos son mencionados pero rara vez explicados.

—¿Y su madre? ¿Ella sabe algo de esa época?

—Mi madre es de Salé, que es la costa atlántica, no el norte mediterráneo. Pero conoce el período porque le interesa la historia. —Zobeida recogió los cafés—. Sabe cosas que los libros no dicen, que es diferente a saber lo que los libros dicen.

—¿Qué tipo de cosas?

—El tipo de cosas que se transmiten en las familias del norte. Las que se cuentan de manera lateral, en conversaciones que empiezan hablando de otra cosa. Las que nadie escribe porque escribirlas las vuelve demasiado reales para seguir manejándolas como parte del paisaje normal de la memoria familiar.

—Como la fotografía de mi abuela.

—Como la fotografía de su abuela, sí.

Volvieron a trabajar después de la pausa y terminaron el cuaderno de octubre antes de las cuatro. Los últimos folios mostraban a una Amira que escribía con menos regularidad, con días que faltaban en la secuencia, y que en las entradas que sí estaban registradas usaba un lenguaje más económico, como si hubiera decidido conservar las palabras para algo que todavía no había llegado pero que ella ya sabía que iba a llegar.

La última entrada del cuaderno de octubre era del día veintinueve y decía, en el texto principal y no en el margen: *El jardín del patio interior tiene el nombre que alguien le da cuando mira desde afuera.*

Zobeida la leyó en voz alta para Alejandro y después se quedó en silencio con el folio en la mano.

—¿Qué cree que significa? —preguntó Alejandro.

—Creo que significa que para entonces ya no le importaba que quedara escrito —respondió Zobeida—. Eso es lo que cambia entre los márgenes y el texto principal. Lo que va en los márgenes es lo que le importa pero que no quiere que se sepa. Lo que va en el texto principal es lo que ha dejado de intentar esconder.

—¿Y eso es un avance o un peligro?

—En 1923, en ese emirato, probablemente las dos cosas.

Alejandro anotó la frase con la precisión de quien sabe que eso también es parte del registro, y guardaron los folios con el cuidado que merecían. A las cinco Zobeida recogió sus cosas para irse, y en ese proceso de recoger tuvo la claridad breve y nítida de que algo había cambiado en la manera en que pensaba sobre el archivo, que ya no era un encargo de trabajo ni tampoco exactamente otra cosa, sino un territorio que se había vuelto más familiar de lo que había planeado que fuera.

—Mañana los cuadernos de noviembre —dijo Alejandro, desde su lado de la mesa.

—Mañana los cuadernos de noviembre —confirmó Zobeida.

Salió al puerto, donde la tarde tenía ese color específico de los lunes de marzo en Casablanca cuando el sol está a punto de perderse detrás de los edificios del oeste y el Atlántico todavía refleja algo de él antes de oscurecerse. Caminó hacia la parada del tranvía pensando en la última frase de Amira: *El jardín del patio interior tiene el nombre que alguien le da cuando mira desde afuera.*

No era un déjà vu. No era la sensación lateral de las semanas anteriores. Era algo diferente a todo lo anterior, más preciso y más incómodo, la sensación de que esa frase no la estaba leyendo por primera vez aunque fuera la primera vez que la leía.

Subió al tranvía. Encontró un asiento junto a la ventana. Y durante el trayecto hacia el barrio de Gauthier, mientras Casablanca pasaba al otro lado del cristal con su gramática de siempre, Zobeida Castropolo, que llevaba veinticuatro años sabiendo cómo terminaban las cosas antes de que

empezaran, tuvo por primera vez la sensación de estar en medio de algo cuyo final todavía no existía.

Y eso, que debería haberle parecido aterrador, no le pareció aterrador en absoluto.

CAPÍTULO 6

La piel tiene memoria

Casablanca, archivo provisional y barrio de Anfa — miércoles de la tercera semana

La lluvia en Casablanca en marzo no avisa. Llega desde el Atlántico con la velocidad y la determinación de algo que ha recorrido mucho espacio libre y que no ve razón para moderarse ahora que ha llegado a tierra, y cuando descarga sobre el barrio de Anfa lo hace con una intensidad que los habitantes del interior del país encuentran alarmante y que los casablanqueses encuentran normal con la indiferencia de quien ha aprendido a no hacer planes que dependan del cielo.

Esa tarde no había señales de lluvia a las cuatro cuando Zobeida y Alejandro cerraron el archivo y decidieron, por primera vez desde que empezaron a trabajar juntos, no separarse en el umbral del edificio de Patrimonio sino caminar hasta el café de la esquina del muelle para revisar las notas del día en un espacio con luz natural y sin la fluorescencia que después de varias horas producía en ambos un cansancio específico que no era del trabajo sino del entorno.

A las cuatro y veinte empezó a llover.

No fueron las gotas espaciadas que dan tiempo a buscar refugio. Fue directamente el tipo de lluvia que convierte cualquier decisión de esperar en un error inmediato, y los dos lo reconocieron al mismo tiempo mirando el cielo desde la acera con la expresión de quien acaba de entender que la situación no tiene solución elegante.

—El café está a dos manzanas —dijo Zobeida.

—Mi apartamento está a una —respondió Alejandro.

Zobeida lo miró.

—¿Una manzana exacta?

—Más o menos. —Hizo una pausa—. Probablemente una y media. Pero en esta dirección, que es la que tenemos delante.

Corrieron.

El apartamento de Alejandro estaba en el primer piso de un edificio de los años cincuenta que había conocido épocas más gloriosas y que las llevaba con la dignidad discreta de los edificios que saben que el encanto de la vejez bien llevada es también una forma de elegancia. La puerta del apartamento se resistió dos segundos antes de abrirse, que era el tiempo exacto que

necesitaron para empaparse lo suficiente como para que la decisión ya no requiriera justificación.

El interior era exactamente lo que Zobeida habría esperado si hubiera podido esperarlo: una sala con dos sillas y una mesa donde convivían las notas del archivo, varios libros con marcadores en distintos puntos, y una taza de café de la mañana que nadie había llevado todavía a la cocina. Una librería improvisada con cajas de archivo apiladas. Un ordenador secundario encendido con un mapa histórico del norte de Marruecos en pantalla. La chaqueta del lunes colgada en el respaldo de la silla equivocada.

—Hay toallas en el baño —dijo Alejandro, señalando el pasillo—. Y si quiere puedo hacer té, que es lo único que tengo en estado operativo en la cocina.

—¿El estado de la cocina tiene categorías?

—Tiene básicamente dos. Operativo y en proceso de resolución. El té cae en la primera.

Zobeida fue al baño, se secó el pelo con una toalla que olía a la lavandería de la esquina y no a nada personal, y cuando volvió Alejandro estaba en la cocina con dos tazas y la expresión concentrada de quien hace té con la seriedad que normalmente se reserva para los procedimientos con consecuencias.

—¿Siempre ha vivido así? —preguntó Zobeida, desde el umbral de la cocina.

—¿Así cómo?

—Con todo a la vista. Los libros, las notas, el mapa en la pantalla. Sin jerarquía entre las cosas de trabajo y las cosas de vivir.

Alejandro consideró la pregunta mientras vertía el agua.

—No lo había pensado en esos términos, pero probablemente sí. Para mí el trabajo y vivir son la misma cosa la mayor parte del tiempo. No es una virtud especialmente, es solo que nunca aprendí bien a separarlos.

—¿Y eso le crea problemas?

—Me crea el tipo de problemas que se crean cuando uno elige algo que le gusta más que cualquier alternativa. Que son problemas de segunda categoría.

—¿Qué es una categoría de primera?

—Los problemas que uno no eligió. —Dejó las tazas sobre la mesa liberada parcialmente de notas—. Como no saber qué le pasó realmente a tu bisabuelo en 1924 y que nadie en tu familia haya considerado que valiera la pena explicarlo.

—Eso no es un problema de primera categoría. Es una pregunta sin respuesta, que es diferente.

—¿Cuál es la diferencia?

—Los problemas tienen solución aunque sea difícil. Las preguntas sin respuesta solo tienen más preguntas.

Alejandro la miró desde su lado de la mesa con la expresión de quien acaba de escuchar algo que le resulta útil y que está considerando si decirlo.

—¿Usted tiene preguntas sin respuesta? —preguntó.

—Tengo una que lleva veinticuatro años siendo la misma pregunta.

—¿Cuál?

—Por qué. —Zobeida envolvió la taza entre las manos—. Por qué yo. Por qué este don o esta condición o como quiera llamársele me llegó a mí y no a mi madre o a mi vecina o a cualquier otra persona. Los déjà vus los tiene mucha gente de manera ocasional. Lo que yo tengo no es ocasional, y nunca he encontrado una explicación que lo cubra completamente.

—¿La busca?

—La busqué durante años. Ahora convivo con la pregunta de manera más pacífica, que no es lo mismo que haberla resuelto.

Afuera, la lluvia seguía con la intensidad inicial sin dar señales de moderarse. El apartamento tenía esa calidad específica de los espacios donde la lluvia exterior crea un interior que de otra manera no existiría, un límite provisional entre el agua y la luz que hace que las cosas dentro parezcan más definidas de lo habitual.

Hablaron durante un tiempo que Zobeida tampoco midió, que seguía siendo la señal más consistente de que algo con Alejandro funcionaba de manera distinta al resto de su vida. Hablaron del norte de Marruecos y de los años del protectorado, del árabe clásico y de las cosas que se pierden en cualquier traducción por buena que sea, de la familia de Alejandro en Granada y de por qué la historia colonial española seguía siendo un territorio que la academia española prefería no frecuentar con demasiada regularidad. Y en algún punto de esa conversación, sin que ninguno de los dos lo hubiera planeado o señalado, dejaron de hablar del trabajo.

Fue Alejandro quien hizo la pregunta que cambió el registro.

—¿Tiene miedo de lo que estamos encontrando en el archivo?

Zobeida lo miró.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque hay momentos en que traduce y para, y la manera en que para no es la de alguien que está verificando la lectura. Es la de alguien que está procesando algo que va más allá del texto.

Era la observación más precisa que alguien le había hecho sobre el trabajo desde que empezaron, y la precisión la desconcertó de una manera que no había anticipado.

—No es miedo exactamente —dijo—. Es incomodidad. Hay partes del diario que me producen la sensación de que ya sé lo que voy a leer antes de leerlo, y eso en un texto que nunca he visto antes no tiene explicación que me satisfaga.

—¿Podría ser simplemente que el texto es predecible? ¿Que Amira sigue una lógica narrativa que una lectora experta puede anticipar?

—Podría ser. Pero no es lo que siento cuando ocurre. Lo que siento cuando ocurre es diferente. Es más físico.

—¿Cómo de físico?

—Calor en la nuca. A veces en los hombros. Como si algo que estaba detrás de mí se acercara lo suficiente para que notara su temperatura sin llegar a tocarse.

Alejandro no respondió de inmediato. Miró su taza, la dejó sobre la mesa, y cuando levantó la vista tenía la expresión de quien ha tomado una decisión pequeña pero concreta.

—¿Le ocurre ahora?

Zobeida consideró la pregunta honestamente.

—Ahora mismo no —dijo—. Ahora mismo es diferente.

—¿Diferente cómo?

No respondió. Y el silencio que siguió a esa no-respuesta tuvo la calidad de los silencios que dicen exactamente lo que las palabras habrían dicho pero con menos intermediarios.

Alejandro se levantó de su silla, rodeó la mesa con una lentitud que no era vacilación sino consideración, y cuando se detuvo frente a ella el espacio entre los dos tenía la densidad específica de los espacios que están a punto de cambiar de naturaleza. Levantó la mano y le apartó del rostro un mechón de pelo que la lluvia había dejado descolocado, con el mismo gesto que uno usa para algo que es al mismo tiempo íntimo y no del todo consciente, y Zobeida no anticipó el gesto ni el contacto, lo cual seguía siendo la experiencia más extraña de su vida adulta y que en ese momento le pareció también la más necesaria.

El beso llegó sin declaración previa, que era coherente con todo lo demás.

Y durante los primeros segundos fue exactamente lo que era: presente, específico, Alejandro y Casablanca y la lluvia afuera y el olor a té enfriándose sobre la mesa. Todo eso estaba ahí con una claridad que Zobeida habría querido sostener más tiempo del que resultó posible sostenerla.

Porque detrás de ese presente, debajo de él o a su lado o en la capa que queda cuando se retira lo inmediato, algo que no tenía nombre en ninguna lengua que Zobeida conociera comenzó a superponerse sobre lo que estaba ocurriendo con la precisión perturbadora de una imagen proyectada sobre otra. No era un recuerdo propio. No tenía la textura de los déjà vus, que eran siempre hacia adelante aunque apuntaran al pasado. Era algo más antiguo y más denso, como si el gesto de apartar el mechón de pelo hubiera abierto involuntariamente un archivo que llevaba mucho tiempo cerrado.

Calor. Peso de telas distintas. El tacto del metal de las joyas contra la piel. La sombra de algo que era posesión y no elección, que era devoción y no

libertad, y que se diferenciaba de lo que estaba ocurriendo en ese apartamento de Anfa en todo lo que importa diferenciarse y en nada de lo que no importa.

Se apartó.

No bruscamente. Con la lentitud de quien sale de un agua en la que ha estado demasiado tiempo, no de manera apresurada sino con el cuidado de quien sabe que las salidas rápidas producen sus propios problemas.

Alejandro la miró sin mover el resto del cuerpo.

—¿Tuviste uno? —preguntó, en voz baja. Era la primera vez que le hablaba de tú, y ninguno de los dos lo señaló porque era el tipo de transición que funciona mejor si no se nombra.

—Algo —dijo Zobeida. La voz le salió más estable de lo que esperaba—. No exactamente un déjà vu. Algo diferente.

—¿Relacionado con el archivo?

—No lo sé todavía.

Alejandro asintió con la expresión de quien acepta una respuesta incompleta porque entiende que es la única disponible en ese momento y que pedir más en ese momento no es la decisión correcta. Volvió a su silla. Zobeida tomó su taza. Afuera la lluvia empezaba a ceder por fin con la misma decisión con que había llegado.

—El té está frío —dijo Alejandro.

—Lo sé.

—¿Quieres que haga más?

Zobeida miró la lluvia por la ventana. La calle de abajo empezaba a recuperar sus contornos normales, con el agua acumulada en las aceras reflejando las primeras luces de la tarde que ya oscurecía.

—No —dijo—. Creo que voy a irme antes de que vuelva a llover.

Se levantó, recogió su abrigo del respaldo donde lo había dejado al entrar, y en el umbral de la puerta se volvió hacia Alejandro con la precisión de quien sabe exactamente lo que quiere decir y todavía está decidiendo si decirlo.

—Lo que ocurrió —dijo—. No tiene que ver con no querer que ocurra. Tiene que ver con algo que todavía no entiendo del todo y que necesito entender antes de que ocurra de nuevo.

Alejandro la miró.

—¿Antes o en lugar de?

—Antes —respondió Zobeida, con una claridad que sorprendió a los dos.

Bajó las escaleras. Salió a la calle. La lluvia había cedido hasta convertirse en llovizna fina, del tipo que moja igual pero que da la ilusión de no hacerlo, y Zobeida caminó hacia la parada del tranvía sintiendo en la nuca, con una persistencia que ya no podía atribuir al texto del archivo ni a ningún

mecanismo que conociera, el calor de algo que llevaba tiempo esperando ser reconocido.

No supo si era Amira. No supo si era otra cosa. Pero supo, con la certeza que reservaba para las cosas que no necesitaban confirmación adicional, que la pregunta sin respuesta que había llevado veinticuatro años siendo la misma pregunta acababa de ganar un nivel de urgencia que antes no tenía.

CAPÍTULO 7

El nombre de Amira

Casablanca, archivo provisional — jueves y viernes de la tercera semana

El jueves llegaron los dos al archivo a la misma hora, lo cual era la primera vez que ocurría y que ninguno de los dos señaló porque señalarlo habría requerido reconocer que habían llegado más temprano de lo habitual y que eso tenía una causa que ninguno de los dos estaba todavía clasificando en voz alta.

Trabajaron durante la mañana del cuaderno de noviembre con la concentración de siempre, que era genuina y que coexistía, sin demasiada incomodidad, con la conciencia de que algo había cambiado en la geometría del espacio entre ellos desde la tarde anterior. No era exactamente tensión. Era más parecido a la conciencia nueva que uno tiene de la temperatura de una habitación después de haber notado por primera vez que tiene temperatura.

El cuaderno de noviembre de 1923 era el más literario de los que habían transcrito hasta entonces. Amira escribía en él con una soltura que no había tenido en los anteriores, como si algo en el mes de octubre hubiera resuelto para ella una duda sobre si el diario merecía honestidad completa o solo la honestidad parcial que permite la supervivencia en un espacio vigilado. La diferencia era visible en la sintaxis: las frases eran más largas, con más subordinadas, con una cadencia que se parecía menos a la anotación y más a la prosa deliberada.

El tercer folio del cuaderno era donde Amira describía por primera vez una conversación directa con Rafael Montes Alcázar, sin los márgenes, en el texto principal.

—Aquí —dijo Zobeida, y comenzó a leer en voz alta.

El pasaje describía un encuentro en el corredor exterior del harén, durante una de las jornadas de negociación entre el emirato y la administración española. Rafael Montes pasaba por el corredor con documentos bajo el brazo y al ver a Amira en el umbral de la sala de costura se había detenido un instante, el tiempo exacto que justificaba una pregunta sin justificar una conversación, y le había preguntado, en árabe, si el ruido de las negociaciones llegaba hasta esa parte del palacio.

Amira escribía que le había respondido que desde esa parte del palacio llegaba todo, que era la ventaja de estar en el centro y la desventaja también.

Escribía que él había dicho: *Entonces sabe usted más de lo que quienes hablan en esa sala supondrían.*

Y escribía que ella le había respondido: *Y usted también.*

—Para —dijo Alejandro.

Zobeida levantó la vista del folio.

—¿Qué ocurre?

—Repita el último intercambio.

Zobeida lo repitió. Alejandro lo anotó con la precisión de quien sabe que esa frase va a aparecer en algún texto académico futuro y que la transcripción exacta importa.

—Amira le estaba diciendo que sabía que él entendía árabe —dijo Alejandro—. No como hipótesis. Como certeza.

—Y él no lo negó.

—No. Dijo que ella sabía más de lo que los otros supondrían, que era confirmar que él entendía el alcance de la situación. Y ella le respondió que él también. —Alejandro dejó el lápiz sobre la mesa—. Eso es un acuerdo. No explícito, pero es un acuerdo. Los dos saben que el otro sabe, y los dos saben que ninguno de los dos lo va a revelar.

—Lo cual los pone en la misma posición frente al emirato y frente a la administración española al mismo tiempo.

—Exacto. Y eso en noviembre de 1923, con la presión española sobre el norte incrementándose, no era una posición cómoda para ninguno de los dos.

Continuaron. El folio siguiente describía otros dos encuentros en el corredor, con el mismo patrón de brevedad calculada y de un lenguaje que decía más de lo que parecía decir. Amira escribía sobre ellos con una atención al detalle que no aplicaba a ningún otro elemento del diario: el ángulo de la luz en el corredor a esa hora, la manera exacta en que él sostenía los documentos bajo el brazo, el sonido de sus pasos en el suelo de piedra que ella había aprendido a distinguir del de los otros oficiales antes de verlo aparecer en el umbral.

Zobeida tradujo ese párrafo en voz uniforme y cuando llegó al final hizo una pausa.

—¿Algún problema? —preguntó Alejandro.

—No. —Zobeida miró el folio y después levantó la vista—. Hay algo que quiero decirle.

—Dígame.

—Cuando traduje la última frase, la de que había aprendido a distinguir sus pasos antes de verlo aparecer, supe cuál era la siguiente antes de leerla.

Alejandro la miró.

—¿Supo cuál era?

—La frase siguiente en el texto es: *No sé desde cuándo los conocía.* —Zobeida señaló el folio—. Puede comprobarlo.

Alejandro se inclinó sobre el folio y buscó la línea. La encontró exactamente donde Zobeida había dicho que estaba.

Hubo un silencio en la sala de archivo que no era incómodo sino denso, del tipo que se produce cuando dos personas llegan al mismo tiempo a un punto que ninguna de las dos había planeado alcanzar tan pronto.

—¿Eso le había ocurrido antes con el diario? —preguntó Alejandro, con cuidado.

—Con palabras sueltas, a veces. No con frases completas. —Zobeida dejó el folio sobre la mesa—. No estoy diciéndole que tengo acceso a información que no está en el texto. Estoy diciéndole que hubo un instante en que la frase siguiente ya estaba en mi cabeza antes de que la leyera, y que eso no tiene una explicación que yo pueda formular sin que suene a lo que no quiero que suene.

—¿A qué no quiere que suene?

—A que esto no es solo un trabajo de traducción.

Alejandro asintió despacio.

—¿Y qué es entonces?

—No lo sé todavía. Pero la distinción me parece importante.

Siguieron trabajando. El cuaderno de noviembre contenía, además de los encuentros en el corredor, una sección que Amira había escrito de una sola vez, según se notaba por la uniformidad de la tinta y por la ausencia de las correcciones que normalmente salpicaban sus entradas: una descripción del emirato durante las noches de negociación, cuando el palacio se llenaba de voces en dos lenguas y de la tensión específica de los acuerdos que todavía no se han firmado pero que todos saben que se van a firmar. Y en esa descripción, casi al final, una frase que Zobeida leyó en voz alta sin marcarla primero y que Alejandro anotó sin pedirle que la repitiera: *Hay cosas que uno no decide sentir. Solo decide qué hacer con ello después.*

El viernes llegó el correo definitivo de Madrid.

Era una carpeta digital más completa que el escaneo anterior, con la fotografía del retrato en mayor resolución y con una nota adicional del archivista de la Biblioteca Nacional que había encontrado, al revisar el expediente original, una información que la primera solicitud no había incluido: en el reverso del lienzo, escrito a lápiz con una letra que coincidía con la de los documentos firmados por Rafael Montes Alcázar, había un nombre.

Amira Ib'nzafir. 1922.

Alejandro le mostró el correo a Zobeida en silencio, con la pantalla girada hacia ella. Zobeida lo leyó. Miró la fotografía del retrato en mayor resolución que la vez anterior, con los ojos de la mujer del cuadro más visibles ahora,

con la dirección de esa mirada ligeramente por encima del punto donde el pintor habría estado más clara, mirando algo que el cuadro no contenía.

—La conocía lo suficiente para escribir su nombre en el cuadro —dijo Zobeida.

—Y para depositarlo en 1929, cinco años después de su muerte, con una nota que pedía que se la recordara por su propio nombre. —Alejandro cerró el correo—. No como esposa del emir. Por su nombre.

—¿Cómo murió ella? —preguntó Zobeida. Era la primera vez que hacía esa pregunta directamente, sin rodeos académicos.

—Los registros españoles de la caída del emirato de Baalhuk en agosto de 1924 son muy escuetos. Mencionan resistencia interna, ajuste de cuentas dentro del palacio antes de la rendición final. Nada específico. —Alejandro cerró también el archivo de trabajo y se recostó en la silla—. Rafael Montes Alcázar murió en agosto de 1924 en el norte de Marruecos, eso la familia lo sabe. La fecha exacta no está en los registros familiares que yo conozco. Pero si el emirato cayó en agosto de 1924 y él murió en agosto de 1924 y el diario de Amira termina justo antes de esa fecha...

—La cronología encaja de maneras que no son confortables —dijo Zobeida.

—No. No son confortables.

Hubo un silencio que tenía la calidad diferente de los silencios del trabajo, más personal, con el peso de dos personas que están pensando en cosas que van más allá de lo que están diciendo.

—¿Quedan cuadernos del diario después de noviembre? —preguntó Zobeida.

—Dos. Diciembre de 1923 y un cuaderno parcial de principios de 1924. Después hay un salto hasta julio, una entrada sola, y después nada.

—¿Qué dice la entrada de julio?

Alejandro la buscó en el archivo digital que habían construido durante las semanas de trabajo, encontró el folio escaneado y lo abrió en pantalla.

—Todavía no la hemos transcrito. Es la última entrada del diario. —Giró la pantalla hacia Zobeida—. ¿Puede leerla?

Zobeida miró el folio en la pantalla. Era una entrada breve, escrita con una caligrafía diferente a la de los otros cuadernos, no peor sino más pequeña, como si el espacio disponible fuera limitado aunque el folio estuviera casi vacío. Lo leyó en voz baja, calibrando, y después lo leyó en voz alta para Alejandro.

—Dice: *Hay una clase de amor que los libros no describen bien porque los libros lo llaman de otra manera. Lo llaman destino o lo llaman locura o lo llaman pecado según el libro. Pero desde aquí, que es el único lugar desde el que puedo verlo con claridad, parece simplemente lo más honesto que he hecho en esta vida. Y eso tendría que ser suficiente.*

La sala de archivo quedó en silencio. Afuera, el puerto de Casablanca seguía con su ritmo constante, indiferente a lo que se leía en ese edificio a cuatro plantas sobre sus muelles.

—Es la última entrada —dijo Zobeida, más para sí misma que para Alejandro.

—Sí.

—Julio de 1924. Un mes antes de la caída del emirato.

—Un mes antes.

Zobeida miró el folio en la pantalla durante un momento más y después apartó la vista con el gesto de quien está guardando algo antes de que se disuelva.

—Necesito pensar —dijo.

—Lo sé.

—No sobre el trabajo.

—También lo sé.

Se levantó, recogió su abrigo y su bolso con los movimientos precisos de quien necesita hacer algo físico para ordenar lo que tiene por dentro. En el umbral se detuvo, no porque hubiera algo que decir sino porque el umbral era el punto exacto donde la sala de archivo dejaba de ser la sala de archivo y empezaba el resto.

—La frase que anticipé ayer —dijo, sin volverse del todo—. La de que no sabía desde cuándo los conocía, los pasos.

—Sí.

—Creo que sé de dónde viene esa anticipación. O empiezo a creerlo.

—¿Y?

—Y no estoy lista para decírselo todavía. Pero lo estaré. —Una pausa—. Pronto.

Salió. Bajó las escaleras al ritmo exacto de quien no tiene prisa y tampoco está esperando a que la prisa llegue sola. En la calle el puerto olía a lo de siempre, y Casablanca tenía el tráfico del viernes por la tarde que era más denso que el de los otros días y que ella normalmente habría navegado con la eficiencia de quien sabe exactamente por dónde ir.

Esta vez caminó sin calcular el camino, dejando que los pies tomaran las decisiones menores mientras la cabeza estaba en otro lugar.

En el cuaderno de noviembre de 1923.

En una mujer que había aprendido a distinguir unos pasos de todos los demás antes de saber desde cuándo los conocía.

En la frase final de un diario que terminaba en julio de 1924 diciendo que aquello, cualquier cosa que fuera aquello, era lo más honesto que había hecho en su vida.

Y en la incomodidad creciente y ya no del todo incómoda de que ninguna de esas cosas le resultaba completamente ajena.

CAPÍTULO 8

Lo que la madre sabe

Casablanca, casa familiar en el barrio de Maarif — domingo al mediodía

La casa de Fátima Castropolo en el Maarif olía, los domingos al mediodía, a una combinación específica de cosas que Zobeida era incapaz de separar en sus componentes individuales porque las había respirado juntas desde antes de tener memoria: el cilantro y el comino de la harira que su madre ponía a hervir a las diez aunque el almuerzo no fuera hasta las dos, el humo leve de las velas del salón que Fátima encendía los domingos por hábito más que por devoción, y algo que no era exactamente el olor de la casa sino el olor del tiempo acumulado en los muros, que en una casa donde alguien ha vivido cuarenta años tiene una densidad propia que no se consigue de otra manera.

Zobeida llegó a las doce con el pan que compraba siempre en la panadería de la calle de abajo, que era pan normal y no tenía ninguna cualidad especial excepto el hecho de que su madre lo prefería al del supermercado sin haber explicado nunca exactamente por qué, y entró con la llave que llevaba en el bolso desde que tenía dieciséis años y que había cambiado dos veces de llavero sin haber cambiado nunca de bolsillo.

Fátima estaba en la cocina. Tenía sesenta y tres años, el pelo blanco que llevaba recogido con un clip que Zobeida reconocía desde la infancia, y el delantal que usaba siempre para cocinar aunque nunca lo usara para ninguna otra cosa. Giró la cabeza cuando escuchó la puerta sin dejar de mover la cuchara en el puchero, con la economía de movimientos de quien ha aprendido a hacer varias cosas al mismo tiempo sin que ninguna sufra por ello.

—Llegas puntual —dijo.

—Siempre llego puntual.

—Llegas puntual de una manera diferente hoy. —Fátima no especificó la diferencia. No necesitaba especificarla—. El pan déjalo en la mesa.

Zobeida dejó el pan en la mesa y se sentó en la silla de siempre, la que quedaba junto a la ventana que daba al patio interior donde su madre tenía tres macetas de geranio que sobrevivían sin explicación aparente a todos los inviernos de Casablanca. Observó a su madre moverse por la cocina con la misma atención con que observaba cualquier espacio que conocía bien: buscando lo que había cambiado desde la última vez, que era casi siempre nada, y confortándose en esa continuidad que era también una forma de amor.

—¿Cómo va el trabajo nuevo? —preguntó Fátima, sin girarse.

—Bien. Es un archivo interesante.

—La semana pasada también dijiste que era interesante y que iba bien.

—Sigue siendo verdad.

—Pero esta semana hay algo más.

Zobeida miró el patio, los geranios, la luz de marzo que caía sobre las macetas con el ángulo exacto que tenía siempre a esa hora.

—Hay algo más —confirmó.

Fátima sirvió dos tazas de té y las dejó sobre la mesa antes de sentarse frente a Zobeida con la actitud de quien ha terminado lo que tenía que hacer en la cocina y ahora puede prestar atención completa.

—Cuéntame.

Zobeida sacó el teléfono, buscó la fotografía del retrato que Alejandro le había mandado el viernes con la resolución más alta disponible, y lo puso sobre la mesa orientado hacia su madre.

Fátima miró la imagen durante un tiempo que Zobeida midió sin querer: cuarenta y dos segundos. Que para mirar una fotografía de una mujer desconocida era un tiempo considerablemente largo.

—¿Quién es? —preguntó Fátima, sin apartar la vista de la pantalla.

—Se llamaba Amira Ib'nzafir. Era la esposa favorita del Emir Rashid Baalhuk, del emirato del norte de Marruecos. Murió en 1924, durante la caída del emirato bajo el protectorado español. —Hizo una pausa—. El retrato fue depositado en la Biblioteca Nacional de España en 1929 por un oficial español llamado Rafael Montes Alcázar con una nota que pedía que se la recordara por su nombre.

Fátima levantó la vista de la fotografía hacia Zobeida.

—¿Y el archivo que estás traduciendo es sobre este emirato?

—El diario personal de Amira, entre otras cosas.

—¿Y el oficial español?

—El bisabuelo del arqueólogo con quien trabajo.

Fátima asintió despacio, con la expresión de quien está organizando piezas de información en un orden que todavía no ha terminado de establecer.

—¿Y el parecido? —dijo.

—¿Qué parecido?

—Zobeida. —Fátima señaló la pantalla con un gesto breve—. El parecido con la fotografía.

Zobeida miró la pantalla. Había mirado el retrato docenas de veces en las últimas semanas, en distintas resoluciones y bajo distintas condiciones de luz, y cada vez con la misma incomodidad lateral que había aprendido a no examinar demasiado de cerca.

—El arqueólogo no lo ha señalado —dijo.

—Lo que el arqueólogo señale o no señale no cambia lo que está en la fotografía.

—No es un parecido exacto. Es el tipo de similitud que existe entre personas de la misma región geográfica en períodos diferentes. La estructura facial, el color de los ojos, ciertos rasgos.

—Zobeida.

—¿Qué?

—Para. —Fátima tomó su taza de té—. Me estás dando argumentos para convencerte a ti misma, no para convencerme a mí. Y los dos sabemos que los argumentos para convencerte a ti misma los tienes siempre más preparados que los otros.

Zobeida guardó silencio. Afuera, en el patio, los geranios se movieron levemente con el viento que entraba por la ventana entreabierta.

—¿Qué me ibas a decir antes y no me dijiste? —preguntó Zobeida—. En el almuerzo del domingo pasado. Cuando te pregunté sobre la caja de papeles de Berrada.

—¿Cómo sabes que había algo que no te dije?

—Porque eres mi madre y llevo treinta y un años aprendiendo a leerte, que es el único tipo de lectura anticipada que no me produce incomodidad porque tiene una explicación racional.

Fátima dejó la taza sobre la mesa y la giró entre las manos durante un momento antes de responder.

—Tu abuela materna, la madre de mi madre, era del norte. De Tetuán. Salió de allí en 1926 con lo que pudo llevar consigo y no volvió nunca. No habló de lo que dejó atrás excepto una sola vez, cuando yo tenía doce años y le pregunté directamente por qué nunca hablaba de su familia, y lo que me dijo fue que en su familia hubo alguien que murió mal y que esa muerte había dejado algo que no se terminaba de cerrar.

—¿Algo qué?

—No especificó. Pero dijo que en la familia había mujeres que sabían cosas antes de que ocurrieran. No todas, no siempre, pero había una en cada generación. Y que ese saber era una consecuencia de lo que no se había terminado de cerrar, no un don sino una deuda.

Zobeida escuchó esto sin moverse.

—¿Una deuda con quién?

—Con quien murió mal. —Fátima la miró directamente—. Tu abuela no explicó más. Y yo no pregunté más porque tenía doce años y lo que había dicho ya era suficiente para no dormir bien durante una semana. Pero lo recordé cuando naciste y vi que desde los siete años sabías cosas que no deberías saber.

—¿Y no me lo dijiste?

—Te lo digo ahora.

—Mamá. Tengo treinta y un años.

—Y es la primera vez que me traes una fotografía de una mujer del norte de Marruecos que murió mal en 1924 y me preguntas si sé algo al respecto. Si me lo hubieras preguntado a los veinte te lo habría dicho a los veinte.

Zobeida miró la fotografía en la pantalla del teléfono. Los ojos de Amira Ib'nzafir mirando algo que el cuadro no contenía.

—¿Crees que ella es la que murió mal? —dijo.

—No lo sé. Pero creo que no es casualidad que hayas llegado a ese diario. —Fátima tomó el teléfono y miró el retrato de nuevo, esta vez con una atención diferente, más directa—. Y creo que el parecido que no quieres examinar de cerca es parte de lo que tiene que examinarse.

—Si lo examino cambia algo.

—Algo ya cambió. Llevas semanas cargándolo.

Zobeida se levantó, fue hasta la ventana, y miró el patio con los geranios durante un momento con las manos apoyadas en el marco.

—Hay algo más —dijo, sin volverse.

—El arqueólogo.

—¿Cómo sabes?

—Porque te levantas para mirar el patio cuando hay algo que cuesta decir y que no tiene que ver con el trabajo.

—El arqueólogo se llama Alejandro Montes —dijo Zobeida—. Su bisabuelo se llamaba Rafael Montes Alcázar. El oficial español que depositó el retrato de Amira en la Biblioteca Nacional con la nota que pedía que se la recordara.

El silencio en la cocina fue el más largo de la tarde.

—Eso es mucho —dijo Fátima finalmente.

—Sí.

—¿Y tú qué sientes con él?

—No sé anticipar lo que va a hacer ni lo que va a decir. —Zobeida se giró hacia su madre—. Es el único hombre en mi vida adulta con quien eso ocurre.

—¿Y eso te parece una señal buena o una señal mala?

—No lo sé todavía. Por eso vine hoy.

Fátima se levantó, fue hasta el fogón, revolvió la harira con la cuchara de madera con la concentración de quien da tiempo a las palabras para organizarse antes de decirlas.

—¿Qué quieres que te diga, Zobeida? ¿Que huyas o que te quedes?

—Quiero que me digas lo que sabes.

—Lo que sé es lo que te he dicho. Que en esta familia hay una deuda que no se terminó de cerrar y que el saber que llevas es parte de esa deuda. Y que quizás lo que está ocurriendo ahora, el diario y el arqueólogo y el parecido que no quieres examinar, sea la manera en que esa deuda se presenta para pagarse.

—¿Y si me equivoco? ¿Si no hay ninguna deuda y esto es solo una coincidencia muy elaborada?

—Entonces habrás estudiado un diario interesante y conocido a un hombre con quien no puedes predecir el futuro. —Fátima la miró—. Que en tu caso, hija mía, ya es suficiente razón para prestarle atención.

Comieron el almuerzo con la conversación derivando hacia asuntos más domésticos, como siempre hacían después de llegar a un punto que requería digestión antes de seguir, y Zobeida ayudó a su madre a recoger la mesa con los movimientos automáticos de quien ha repetido ese ritual suficientes veces para que los cuerpos lo recuerden sin que la mente tenga que intervenir.

Antes de irse, ya con el abrigo puesto, Zobeida miró de nuevo la fotografía del retrato en su teléfono y después miró a su madre.

—La frase con la que termina el diario —dijo—. La última entrada, de julio de 1924. Dice que lo que sentía era lo más honesto que había hecho en su vida. Y que eso tendría que ser suficiente.

Fátima la escuchó sin interrumpir.

—¿Y fue suficiente? —preguntó.

—No lo sé. El diario termina ahí. —Zobeida guardó el teléfono—. Por eso necesito encontrar lo que viene después.

—¿Y lo encontrarás en el archivo?

—En el archivo y en otros lugares.

Fátima la acompañó hasta la puerta y la abrazó con el abrazo que le daba siempre al despedirse, que era breve y firme y que no necesitaba más tiempo del que duraba para decir lo que quería decir.

—Zobeida —dijo, cuando su hija ya estaba en el umbral.

—¿Qué?

—El parecido. Examínalo.

Zobeida bajó las escaleras de la casa de su madre en el Maarif y salió a la calle donde Casablanca tenía el aire tranquilo de los domingos por la tarde, cuando la ciudad hace una pausa entre el ruido de la mañana y el ruido de la noche, y caminó hacia la parada del tranvía pensando en deudas y en coincidencias y en la diferencia entre las dos, que quizás no era tan grande como le había resultado cómodo creer durante veinticuatro años.

Y pensando también en Alejandro Montes, que llevaba tres semanas siendo la excepción a todas las reglas de su sistema, y en si eso era el problema o la solución o ambas cosas al mismo tiempo.

Su madre habría dicho que ambas cosas. Y su madre, en su experiencia limitada de llevarle la contraria, casi siempre tenía razón.

CAPÍTULO 9

Rostros repetidos en la Medina

Casablanca, Medina antigua y oficina de traducción — la cuarta semana

Ocurrió por primera vez el lunes por la mañana, en el mercado de la Medina donde Zobeida compraba las especias que su madre le había encargado el domingo antes de que se fuera. Era un encargo de rutina en un lugar de rutina, un pasillo estrecho entre puestos de cilantro y comino y ras el hanout que olía exactamente como olía desde que Zobeida tenía memoria, con los vendedores en sus posiciones habituales y los precios más o menos donde siempre estaban dependiendo del humor del día.

El prestamista de joyas tenía su puesto al fondo del pasillo, junto a la pared norte del mercado cubierto. Era un hombre de unos sesenta años, bajo, con una precisión de movimientos que Zobeida había notado siempre sin haberla examinado, la manera en que calibraba el peso de una pieza sosteniéndola exactamente tres segundos antes de pronunciar el precio, la manera en que inclinaba la cabeza hacia la derecha cuando escuchaba a un cliente con una atención que era en realidad evaluación. Era simplemente el prestamista de joyas del mercado, al que había visto decenas de veces en años de compras en la Medina.

Esa mañana, al pasar frente a su puesto, Zobeida se detuvo sin haberlo decidido.

No porque hubiera nada diferente en él. Porque había algo diferente en la manera en que lo veía. Como si hubiera un texto debajo de ese hombre, una capa de información que siempre había estado ahí y que esa mañana, por alguna razón que tenía que ver con los cuadernos del archivo y con lo que su madre le había dicho el domingo, se había vuelto legible de una manera que antes no lo era.

Los movimientos eran los mismos. La inclinación de la cabeza era la misma. Pero la inclinación de la cabeza no era solo un gesto: era la inclinación específica de alguien que escucha para saber cuánto puede pedir antes de que el otro lo note, y Zobeida la había visto antes en el archivo, en la descripción que Amira hacía del visir del emirato en las entradas de octubre, esa inclinación precisa que Amira describía como el gesto de un hombre que sabe siempre cuánto vale lo que los otros no quieren perder.

El prestamista la miró.

Zobeida siguió caminando.

Llegó a la oficina diez minutos después de lo habitual y Leila, que estaba ya en su mesa con el café y el ordenador encendido, levantó la vista con la atención específica que reservaba para las veces en que Zobeida llegaba con algo encima que todavía no había convertido en palabras.

—¿Qué pasó?

—Nada. —Zobeida colgó el abrigo y se sentó—. Fui al mercado antes de venir.

—¿Y en el mercado?

—Y en el mercado vi al prestamista de joyas de la pared norte y me detuve a mirarlo durante un tiempo que probablemente no fue apropiado.

—¿El señor Hamid?

—No sé cómo se llama.

—Se llama Hamid, lleva ahí veinte años y tiene fama de pagar menos de lo que vale la pieza y cobrar más de lo que vale el préstamo, que son las dos habilidades básicas de su oficio. —Leila cruzó los brazos—. ¿Qué tiene el señor Hamid que te hizo parar?

—Los movimientos. La manera en que inclina la cabeza cuando escucha.

—¿Qué tiene de especial?

—Que es exactamente igual a la descripción que hace Amira del visir del emirato en el diario. Palabra por palabra. La misma inclinación, el mismo ángulo, el mismo propósito detrás del gesto.

Leila la miró durante un momento.

—¿Estás diciendo que el prestamista del mercado de la Medina es la reencarnación del visir del emirato de Baalhuk?

—Estoy diciendo que sus movimientos coinciden con una descripción escrita hace cien años con una precisión que no sé cómo explicar de otra manera. —Zobeida abrió el ordenador—. No estoy diciendo que sea la reencarnación de nadie. Estoy diciéndote lo que vi.

—Que ya sé que no es lo mismo. —Leila dejó los brazos sobre la mesa—. ¿Ha ocurrido algo más así?

Zobeida tardó en responder.

—El miércoles pasado, en el tranvía. Una mujer de unos cuarenta años con una bolsa de la compra que leía en el móvil. Nada especial. Pero cuando levantó la vista para ver si era su parada y me miró sin querer, lo que sentí no fue el reconocimiento de ver a alguien conocido. Fue otro tipo de reconocimiento. —Hizo una pausa—. Amira describe a una mujer del harén en los cuadernos de noviembre. Una mujer que la observaba y que Amira sabía que informaba al emir de sus movimientos. La descripción es física, habitual, con los rasgos y la manera de mirar. La mujer del tranvía tenía exactamente esa manera de mirar.

—¿Y qué hiciste?

—Bajé en la parada siguiente aunque no era la mía y caminé el resto.

Leila procesó esto con la seriedad que merecía, que era diferente a la seriedad con que procesaba las actualizaciones de la teoría de Alejandro, más precavida, más atenta a los bordes.

—¿Le has dicho algo de esto a Alejandro?

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—Porque contarle que reconozco a personas de los documentos que estamos transcribiendo en caras de desconocidos de la Medina requiere un marco de

referencia que todavía no he terminado de construir para mí misma, y no quiero dárselo sin haberlo construido primero.

—¿Y cuánto tarda en construirse ese marco?

—No lo sé. Es la primera vez que lo construyo.

Trabajaron la mañana en paralelo con esa incomodidad nueva flotando entre las dos, no como un conflicto sino como una pregunta abierta que ninguna de las dos podía resolver con los datos disponibles. A las doce y media Leila propuso el almuerzo en el Argana, que era la manera que tenía de decir que necesitaba seguir hablando de algo fuera del espacio de la oficina, y Zobeida aceptó porque necesitaba lo mismo.

En la terraza, con el sol de la cuarta semana de marzo que empezaba a tener temperatura real, Leila tomó el té y miró a Zobeida con la expresión de quien ha estado pensando desde la mañana y ha llegado a alguna conclusión.

—Actualizo la teoría —dijo.

—Ya lo suponía.

—Versión cuatro. Lo que ocurre con los rostros en la Medina no es que estés viendo reencarnaciones, que es una palabra que los dos sabemos que no describes así pero que está debajo de lo que describes. Lo que ocurre es que el archivo ha activado en ti una capa de reconocimiento de patrones que normalmente está inactiva. El diario de Amira es tan específico en sus descripciones físicas y gestuales que tu cerebro ha construido una biblioteca de referencias que ahora aplica al entorno de manera automática.

—Eso sería una explicación razonable si los patrones que reconozco fueran vagos. No lo son. Son exactos.

—¿Qué tan exactos?

—Exactos como la anticipación de la frase del cuaderno de noviembre.

Leila bebió su té.

—¿Y tu madre? ¿Qué dijo tu madre el domingo?

—Que en la familia hay una deuda sin cerrar. Y que el saber que llevo es parte de esa deuda.

—¿Y tú le crees?

Zobeida miró la terraza del Argana, el mar al fondo, los veleros pequeños en el horizonte que a esa hora parecían inmóviles aunque se movían.

—Creo que hay algo que mi madre sabe sobre el origen de este don que yo no he querido examinar porque examinar el origen implica examinar a qué pertenece, y a qué pertenece implica examinar si es solo mío. —Hizo una pausa—. Y si no es solo mío, todo lo que creía entender sobre cómo funciona cambia.

—¿Cambia cómo?

—Cambia en el sentido de que quizás no anticipo el futuro. Quizás recuerdo un pasado que no es el mío.

El silencio que siguió fue el más largo de la tarde. Leila dejó la taza sobre el platillo con cuidado, como si el gesto requiriera más atención de lo habitual.

—Eso es muy diferente a todo lo que habías dicho antes —dijo.

—Lo sé.

—¿Y el parecido con el retrato?

—Mi madre me dijo que lo examine. Que deje de mirar alrededor del parecido y lo mire directamente.

—¿Y lo has mirado?

—Lo estoy mirando. —Zobeida dejó dinero sobre la mesa para el té—. No es un proceso que se haga de una sola vez.

Esa tarde fue al archivo. Trabajaron el cuaderno de diciembre de 1923, que era el más tranquilo de los que quedaban, escrito con una cadencia diferente, como si Amira hubiera decidido en algún punto entre noviembre y diciembre que la urgencia no estaba en escribir rápido sino en escribir con precisión. Zobeida tradujo durante dos horas sin incidentes y al final de la tarde, mientras Alejandro organizaba las notas del día, le contó lo del prestamista del mercado y la mujer del tranvía.

Alejandro escuchó sin interrumpir.

—¿Cuántas veces ha ocurrido? —preguntó cuando terminó.

—Dos que he identificado con certeza. Una tercera posible que ocurrió el jueves pasado, un hombre en el café frente al archivo que me miró de una manera que no supe clasificar, pero que revisando el diario esa noche encontré descrita en el cuaderno de octubre. Amira menciona a un hombre cercano al emir que la miraba como quien tiene cuentas pendientes aunque todavía no las haya presentado.

—¿Y lo relaciona con la historia del emirato o con algo que está ocurriendo ahora?

—No lo sé todavía. Puede ser que el cerebro esté construyendo conexiones donde no las hay. Puede ser que las conexiones estén ahí y que el cerebro simplemente las esté identificando. —Zobeida miró la mesa de trabajo—. El problema es que no tengo manera de distinguir entre las dos cosas con la certeza que me gustaría tener.

Alejandro se recostó en la silla.

—Hay algo en el diario de diciembre que quizás sea relevante para esto. ¿Recuerda el pasaje de esta tarde sobre la reorganización de la guardia del palacio?

—Lo recuerdo.

—Amira describe que el emir reorganizó la guardia en diciembre de 1923 de una manera que limitó los movimientos de ciertas personas dentro del palacio. Y que esa reorganización siguió un patrón que alguien le había sugerido desde afuera. —Alejandro buscó en sus notas—. Aquí: *El emir mueve*

las piezas según un consejo que no viene de adentro, pero que llega como si viniera de adentro. ¿Eso es lo que tradujimos o lo estoy recordando mal?

—Es lo que tradujimos —confirmó Zobeida.

—¿Y usted cree que ese consejo era de Rafael Montes?

—No lo sé. Pero si Rafael Montes entendía árabe y lo ocultaba, tenía acceso a la información interna del emirato sin que el emir supiera que la tenía. Podría haber usado esa información para asesorar al emir en una dirección que beneficiara a la administración española.

—O para proteger a alguien dentro del palacio.

—O para las dos cosas al mismo tiempo.

Alejandro cerró la libreta.

—¿Cuál cree que es más probable?

Zobeida consideró la pregunta durante un momento.

—Creo que las dos cosas al mismo tiempo es la única que explica todos los datos que tenemos. Que Rafael Montes Alcázar estaba en una posición imposible: entre la lealtad a la administración española y algo que había ocurrido dentro de ese palacio que no era compatible con esa lealtad. Y que en agosto de 1924 esa posición imposible se resolvió de la única manera en que esas posiciones se resuelven cuando alguien las lleva demasiado tiempo.

—Mal —dijo Alejandro, en voz baja.

—Mal —confirmó Zobeida.

Salió del archivo a las seis y caminó hacia la parada del tranvía por la ruta que evitaba el pasillo del mercado donde estaba el puesto del prestamista de joyas, no porque tuviera miedo de lo que podía volver a ver sino porque no estaba todavía segura de lo que haría con ello si lo veía de nuevo.

El tranvía llegó puntual. Se sentó junto a la ventana. Y mientras la ciudad pasaba al otro lado del cristal con su gramática cotidiana, Zobeida Castropolo, que llevaba veinticuatro años leyendo el futuro en lo que le rodeaba, empezó a preguntarse con seriedad creciente si lo que había estado leyendo todos esos años era el futuro o era otra cosa completamente distinta que siempre había confundido con él.

La diferencia, comprendió mientras el tranvía pasaba frente al mercado de la Medina, era suficientemente grande como para cambiarlo todo.

CAPÍTULO 10

El secreto del Mektoub

Casablanca, callejón de los intérpretes, Medina antigua — martes de la cuarta semana

El callejón de los intérpretes no aparecía en ningún mapa de la Medina de Casablanca, no porque nadie lo hubiera cartografiado sino porque tenía la cualidad de los lugares que se encuentran cuando se buscan y que no se

encuentran cuando no se buscan, lo cual en términos prácticos producía el mismo resultado que no aparecer en ningún mapa. Zobeida lo conocía desde los ocho años, cuando su madre la había llevado de la mano por primera vez con la explicación de que había una mujer que podía ayudarla a entender lo que le ocurría, y que entender algo aunque no lo pudiera cambiar era siempre mejor que cargarlo sin saber qué era.

Halima tenía en aquel entonces una edad que Zobeida no había sabido calcular y que tampoco sabía calcular ahora, veintidós años después. Era una de esas mujeres cuya edad se resiste al cálculo no porque se esfuercen en disimularla sino porque hay algo en su presencia que hace que la pregunta resulte irrelevante. Vivía en una habitación de la parte trasera de una casa cuyo propietario nunca mencionaba a sus inquilinos y cuyos inquilinos nunca mencionaban al propietario, y recibía visitas los martes y los jueves entre la tarde y el anochecer con una puntualidad que sus visitantes aprendían a respetar no porque Halima les hubiera explicado las consecuencias de no hacerlo sino porque había algo en su manera de manejar el tiempo que hacía que llegar tarde pareciera una falta de coordinación personal más que una descortesía.

Zobeida llegó a las cuatro y cuarto, que era cuando Halima había acordado recibirla cuando Zobeida la llamó el lunes por la tarde con el teléfono que seguía teniendo en el mismo número desde que Zobeida tenía memoria.

—Llegas tarde —dijo Halima, abriendo la puerta antes de que Zobeida llamara.

—Cinco minutos.

—Para ti eso es tarde.

—Para mí últimamente muchas cosas son diferentes de lo que eran.

Halima la dejó pasar con el gesto de quien ha estado esperando esa frase o una muy similar durante un tiempo considerable. La habitación era lo que siempre había sido: pequeña, con una ventana alta que dejaba entrar la luz en un ángulo que cambiaba con la hora del día pero que a las cuatro producía una claridad lateral que caía sobre la mesa con precisión de estudio de pintor. Había dos sillas frente a la mesa, té ya servido, y ningún objeto de los que el imaginario popular asocia con las mujeres que reciben visitas de personas que necesitan saber cosas. Halima no era ese tipo de mujer. Era el otro tipo, el más raro y el más incómodo: el tipo que simplemente sabe cosas y que dice lo que sabe sin adornos.

—La última vez que viniste —dijo Halima, sentándose— fue hace siete años.

—Hace ocho.

—Ocho entonces. Viniste porque habías conocido a un hombre con quien el don funcionaba de manera diferente y querías saber si eso significaba algo.

—Y me dijiste que sí significaba algo pero que todavía no estaba lista para saber qué.

—¿Y ese hombre?

—Ese hombre resultó ser otra cosa. —Zobeida tomó la taza de té—. Esta vez es diferente.

—¿En qué es diferente?

—En que hay más de una cosa ocurriendo al mismo tiempo y en que las cosas están conectadas de maneras que no puedo ignorar.

Halima la miró con la atención tranquila que Zobeida recordaba de la infancia, la misma que había tenido cuando tenía ocho años y que entonces le había parecido la mirada de alguien que ya sabía lo que iba a escuchar antes de escucharlo, y que ahora, con treinta y uno, le parecía la mirada de alguien que escucha sin predecir, que era más difícil y más valioso.

—Cuéntame —dijo Halima.

Zobeida lo hizo. Lo contó desde el principio, desde el lunes en que llegó Berrada con las cartas del padre, pasando por el encuentro con Alejandro en el muelle, el diario de Amira y los cuadernos de noviembre y la última entrada de julio de 1924, el retrato y la nota de Rafael Montes Alcázar, los rostros repetidos en la Medina, lo que su madre le había dicho el domingo sobre la abuela de Tetuán y la deuda sin cerrar, y el beso en el apartamento de Anfa y la superposición que había sentido debajo o alrededor de él. Lo contó sin omitir nada y sin adornar nada, con la precisión de la traductora profesional que sabe que la información que se omite o que se adorna cambia el sentido de lo que queda.

Halima escuchó todo sin interrumpirla. Cuando Zobeida terminó, el té estaba a la mitad y la luz de la ventana había bajado un grado en su ángulo, lo que significaba que habían pasado al menos veinte minutos desde que empezó a hablar.

—¿Cuántas veces fuiste con tu madre cuando eras niña? —preguntó Halima.

—Cuatro. La primera vez cuando empezaron los déjà vus, con siete años. Luego a los once, a los catorce, y a los veintitrés.

—¿Qué te dije la primera vez?

—Que lo que tenía era un canal. Que alguien había dejado un canal abierto y que yo lo había heredado sin saber que lo heredaba.

—¿Un canal hacia qué?

—No me lo dijiste. Dijiste que todavía no podías explicarlo de manera que sirviera de algo.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que sé hacia qué. Pero quiero escucharte decirlo.

Halima tomó su taza, bebió despacio, y la dejó con el cuidado de quien da tiempo a las palabras para colocarse en el orden correcto antes de pronunciarlas.

—Amira Ib'nzafir murió en agosto de 1924 en el patio interior del palacio de Baalhuk —dijo—. No en el combate, no por los estragos generales de la caída

del emirato. Por orden del emir, que descubrió la correspondencia que había entre ella y el oficial español y que actuó con la velocidad de un hombre que confunde la posesión con el amor. El oficial español murió el mismo día, en el mismo patio, por la misma orden. Los dos murieron sin haber tenido tiempo de resolver lo que habían dejado sin resolver, que era lo único que habría cerrado el canal.

—¿Qué habían dejado sin resolver?

—Una decisión. Amira tenía que elegir entre el juramento que la ligaba al emir, que era un juramento hecho con sangre según la costumbre del norte en ese período, y lo que había comenzado a ser con el oficial español, que era libre y que no tenía nombre en ningún vocabulario que ella conociera. Murió antes de elegir. Y cuando uno muere antes de elegir, la elección no desaparece. Se transmite.

—¿A quién se transmite?

—A quien tenga el canal abierto. —Halima la miró—. El don que llevas no es tuyo, Zobeida. O no es solo tuyo. Es el peso de una elección que lleva cien años esperando que alguien la haga.

Zobeida sostuvo eso durante un momento.

—¿Y los déjà vus? ¿Lo que siento como anticipación del futuro?

—Son memorias de Amira que tu cerebro archiva como si fueran tuyas porque el canal no distingue entre lo que es tuyo y lo que le pertenece a quien lo abrió. No ves el futuro, Zobeida. Recuerdas el pasado de otra persona. Y como ese pasado es anterior a tu presente, tu cerebro lo interpreta como anticipación.

El silencio que siguió fue el más largo de la tarde. Afuera, en el callejón de los intérpretes, alguien pasó con pasos rápidos que se alejaron hasta desaparecer, y la habitación quedó con el sonido que tienen los lugares donde se dice algo que cambia las cosas: ninguno.

—¿Y Alejandro? —dijo Zobeida finalmente.

—Alejandro Montes desciende de Rafael Montes Alcázar. El canal que Amira dejó abierto y el que dejó él están conectados por lo que no resolvieron. Que tú y él se hayan encontrado en este momento, con ese archivo específico, no es una coincidencia. Es la elección presentándose de nuevo con los materiales disponibles.

—¿Y si no elijo?

—Entonces el canal sigue abierto. Pasa a quien venga después. A tu hija, si la tienes. A la hija de tu hija. Hasta que alguien elija.

—¿Y la elección qué implica?

—Implica dos cosas. Primero, reconocer lo que eres: no una mujer con déjà vus, sino la continuación de algo que Amira comenzó y no terminó. Segundo, hacer lo que Amira no pudo hacer: elegir libremente, sin el juramento del emir

encima, sin la presión de un hombre que la poseía. Elegir con la libertad que a ella no le dieron tiempo de ejercer.

—¿Y si elijo mal?

Halima la miró con algo que no era exactamente una sonrisa pero que ocupaba el espacio donde habría ido una.

—No existe elegir mal cuando se elige libremente. Existe elegir y existir no elegir. Lo primero cierra el canal. Lo segundo lo mantiene abierto.

—¿Y el Mektoub? ¿El destino escrito?

—El Mektoub dice que llegarías hasta aquí. No dice qué harás cuando estés aquí. Esa parte la escribes tú.

Zobeida permaneció en silencio durante un momento que no midió porque había dejado de necesitar medirlo todo al mismo tiempo.

—Hay algo que ocurre cuando estoy cerca de Alejandro —dijo—. Una superposición. Como dos imágenes en la misma pantalla.

—Amira y tú.

—Sí. ¿Es normal?

—En tu situación, sí. A medida que la elección se acerca, la superposición aumenta. Amira se vuelve más presente porque hay algo en el presente que se parece a lo que ella no terminó. Tu cerebro intenta ayudarte mostrándote el precedente.

—¿Y si el precedente termina mal?

—El precedente termina mal porque no hubo elección libre. Si la hay esta vez, el precedente no aplica.

Zobeida dejó la taza vacía sobre la mesa y se quedó mirando la ventana alta donde la luz había bajado otro grado en su ángulo, señalando que la tarde avanzaba hacia el anochecer con la puntualidad con que avanza siempre.

—¿Cuánto tiempo tengo? —preguntó.

—¿Para qué?

—Para elegir.

Halima consideró la pregunta con la seriedad que merecía.

—El Mektoub dice que hay una fecha. No me dice cuál, pero en los casos que he visto siempre hay una fecha que actúa como límite. Un punto después del cual la elección ya no es posible porque las circunstancias cambian de manera que la elección pierde su objeto.

—¿Y cómo sé cuándo es esa fecha?

—Lo sabrás cuando sientas que el tiempo se acorta. Cuando la superposición sea más frecuente. Cuando los rostros en la Medina sean más numerosos. —Una pausa—. Cuando el peligro que rodeó a Amira empiece a parecerse a algo real en tu presente.

Se levantó, señal de que la visita había llegado a su punto natural de cierre, y Zobeida se levantó también con el movimiento de quien ha recibido más de lo que esperaba recibir y que necesita llevar eso a algún lugar donde pueda examinarlo con calma.

En la puerta, Halima la detuvo un momento.

—Una cosa más.

—Dime.

—Los cinco encuentros con personas cuyos gestos reconoces del diario. No son coincidencia y no son error de tu cerebro. Son la elección organizándose a tu alrededor. Son el tablero armándose con las piezas disponibles para que la partida pueda jugarse. —Hizo una pausa—. Y si el tablero se está armando, significa que el tiempo se acorta.

Zobeida salió al callejón de los intérpretes, donde la tarde había llegado al punto donde la luz ya no alcanzaba directamente pero todavía no había oscurecido del todo, y caminó hacia la calle principal de la Medina con el peso de lo que Halima había dicho distribuido por el cuerpo de la manera en que se distribuyen las cosas que uno sabía antes de escucharlas pero que necesitaba escuchar para saber que las sabía.

Cinco encuentros. Había dicho cinco. Zobeida había contado tres.

Eso significaba que los otros dos todavía no habían ocurrido.

Y que cuando ocurrieran, el tiempo sería más corto de lo que había sido hasta entonces.

CAPÍTULO 11

El retrato

Casablanca, archivo provisional — miércoles de la cuarta semana

Zobeida llegó al archivo el miércoles con quince minutos de adelanto sobre lo acordado, que era más margen del habitual, incluso para ella, y encontró a Alejandro en la mesa de siempre con el café y la libreta y la expresión de quien lleva un rato haciendo algo que no es exactamente trabajar aunque se parezca.

Tenía extendido sobre la mesa el conjunto de folios que formaban la correspondencia entre el emirato de Baalhuk y la administración española de los meses de enero a julio de 1924, que eran los que quedaban sin transcribir del fondo principal. Pero no estaba leyendo la correspondencia. Estaba mirando algo que tenía junto a los folios, una hoja de papel que no pertenecía al archivo sino a su libreta personal, donde había copiado a mano, en letra más cuidadosa de la que usaba normalmente para las notas, la última entrada del diario de Amira.

Hay una clase de amor que los libros no describen bien porque los libros lo llaman de otra manera.

Cuando Zobeida entró no intentó disimularlo. La miró, miró la hoja, y esperó.

—¿Desde cuándo la tienes copiada? —preguntó Zobeida.

—Desde el viernes. —Dejó la hoja sobre la mesa—. La copié esa noche en el apartamento y no sé exactamente por qué. No era el tipo de información que necesitara para el trabajo.

—No.

—¿Y usted? ¿La tiene copiada también?

—La tengo en la cabeza, que es diferente pero no tan diferente.

Alejandro asintió y empezó a organizar los folios de correspondencia con el gesto de quien retoma el trabajo, no porque quiera terminar la conversación sino porque el trabajo es la manera natural de continuar una conversación cuando ninguno de los dos está seguro de qué viene después.

Trabajaron durante la mañana con los documentos de enero de 1924, que eran los más formales de todos los que quedaban: cartas entre el emirato y la administración sobre cuestiones de límites territoriales, rutas comerciales, contribuciones fiscales. El lenguaje era el de la diplomacia obligada entre dos partes que saben cómo va a terminar todo pero que mantienen las formas mientras el proceso sigue su curso. Alejandro tomaba notas con la concentración habitual y Zobeida traducía con la misma, y el único signo visible de que esa mañana era diferente a las anteriores era que ninguno de los dos hizo comentarios sobre el contenido, que en cualquier otra jornada habría producido al menos dos o tres observaciones.

A las once Alejandro abrió el cajón final del archivo, el que habían estado posponiendo porque contenía los objetos físicos y no los documentos de texto, y sacó una carpeta delgada que tenía en la etiqueta la misma letra meticulosa de los otros archivistas: VARIOS. COLECCIÓN MONTES ALCÁZAR. BIBLIOTECA NACIONAL MADRID (COPIA).

—Llegó esto también el viernes —dijo—. La Biblioteca Nacional mandó copias escaneadas de los documentos que acompañaban los objetos físicos de la colección. Todavía no lo había abierto.

—¿Por qué no?

—Porque el viernes después de que llegara fui a cenar con usted y el sábado no vine al archivo.

Abrió la carpeta. Había cuatro documentos escaneados: el inventario original de 1929 con la letra del archivista de la Biblioteca Nacional, una carta de transmisión firmada por Rafael Montes Alcázar con fecha de septiembre de 1929, y dos hojas más que Alejandro no identificó de inmediato y que pasó a Zobeida para que las leyera.

Zobeida las tomó. La primera era una lista en árabe, escrita con la caligrafía que ya conocía del diario, el mismo trazo comprimido de las entradas de los márgenes. Era una lista de objetos con descripciones breves: joyas, telas, un

diario encuadernado en cuero. Al pie de la lista había una frase que Zobeida leyó primero en voz baja y después en voz alta.

—Dice: *Que quien encuentre esto sepa que pertenecía a alguien que eligió ser recordada en lugar de ser poseída, y que esa es la única forma de victoria que este palacio permitió.*

Alejandro no anotó la frase. La escuchó y no dijo nada durante un momento.

—¿Y la segunda hoja? —preguntó finalmente.

La segunda hoja era la carta de transmisión de Rafael Montes Alcázar en español, de septiembre de 1929. Zobeida la leyó primero para sí misma y cuando terminó la dejó sobre la mesa con el cuidado que ponía en los objetos que no podía estropear.

—¿Qué dice? —preguntó Alejandro.

—Dice que deposita estos objetos en nombre de una mujer que no tuvo descendencia y que por tanto no tiene a nadie que conserve su memoria. Que él fue incapaz de hacer lo que debería haber hecho cuando todavía era posible hacerlo y que este depósito es la única forma de reparación que le queda disponible. Que no pide que se le recuerde a él. Que solo pide que se recuerde a ella.

La sala de archivo quedó en silencio con el peso específico de las salas donde se lee algo que no debería haber esperado cien años para ser leído.

—Era culpa —dijo Alejandro, en voz muy baja.

—Era culpa y era amor —respondió Zobeida—. Y la diferencia entre las dos cosas en ese párrafo es suficientemente pequeña para que no valga la pena tratar de separarlas.

Alejandro se levantó, fue hasta la ventana, y se quedó mirando el puerto durante el tiempo que necesitó para procesar lo que acababa de escuchar. Zobeida no lo interrumpió porque sabía que ese silencio tenía un trabajo que hacer y que interrumpirlo era interferir con él.

Cuando se volvió, tenía la expresión de alguien que ha llegado a una decisión después de haberla aplazado el tiempo suficiente para saber que seguir aplazándola no servía de nada.

—Hay algo que he evitado decirle —dijo.

—Lo sé.

—Desde la primera vez que vi el retrato de Amira en mayor resolución. —Hizo una pausa—. El parecido.

—Lo sé.

—No es vago. No es el tipo de similitud que existe entre personas de la misma región en períodos diferentes. Es específico. —Se sentó de nuevo—. Tiene los mismos ojos. La misma estructura de la mandíbula. La manera en que inclina la cabeza cuando lee algo que le produce incomodidad es idéntica a la postura del retrato.

—Lo sé —dijo Zobeida por tercera vez, y en esa tercera vez la frase tenía un peso diferente a las dos anteriores.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Desde la primera vez que vi el retrato. Pero hay una diferencia entre saber algo y estar lista para hablar de ello.

—¿Y ahora está lista?

Zobeida miró la carta de Rafael Montes Alcázar sobre la mesa. La frase que decía que era incapaz de hacer lo que debería haber hecho cuando todavía era posible.

—Ayer fui a ver a alguien —dijo—. Una mujer de la Medina que conozco desde niña y que entiende cosas que no se aprenden en ningún libro. Le conté todo lo que está ocurriendo, el archivo y los rostros en la Medina y el beso en el apartamento y lo que siento cuando traduzco los cuadernos de noviembre.

Alejandro la escuchó sin interrumpirla.

—¿Y qué le dijo?

Zobeida se lo contó. Lo contó todo, desde la explicación del canal hasta la deuda sin cerrar, desde la interpretación de los déjà vus como memorias de Amira hasta la fecha límite que todavía no sabía identificar. Lo contó con la misma precisión con que le había contado todo a Halima la tarde anterior, sin omitir nada y sin adornar nada, con la incomodidad específica de quien dice en voz alta, por segunda vez en dos días, algo que durante veinticuatro años había llevado en silencio.

Alejandro escuchó sin cambiar de expresión hasta el final. Cuando Zobeida terminó, se quedó mirando la mesa durante un momento que ella no midió porque había dejado de medir los silencios de él hace días.

—Soy historiador —dijo finalmente.

—Lo sé.

—Mi formación profesional está construida sobre la primacía del documento verificable, la evidencia material, la fuente primaria. Lo que me está describiendo no pertenece a ninguna de esas categorías.

—Lo sé.

—Y sin embargo. —Se detuvo—. ¿Sabe lo que pensé cuando leí por primera vez la entrada del cuaderno de octubre donde Amira dice que no sabe desde cuándo conocía los pasos de Rafael? Lo pensé antes de que usted me dijera que había anticipado la frase siguiente. Pensé que si hubiera conocido a esa mujer habría reconocido ese sentimiento.

—¿Cuál sentimiento?

—El de saber que ya conocías algo antes de saber que lo conocías.

Zobeida lo miró.

—¿Lo ha sentido?

—Lo llevo sintiendo desde el muelle —respondió Alejandro—. Desde el primer día. Y no tengo ninguna explicación que satisfaga mi formación profesional para justificarlo. Lo cual no lo hace menos real, solo lo hace más incómodo.

—Bienvenido —dijo Zobeida, y lo dijo con la mezcla exacta de humor y de seriedad que hacía que la frase fuera las dos cosas al mismo tiempo.

Alejandro sonrió brevemente y después se puso serio de nuevo.

—Si lo que dice Halima es correcto —dijo—. Si el canal es una elección que no se hizo y que se transmite hasta que alguien la hace. ¿Eso significa que lo que está ocurriendo entre nosotros no es nuestro? ¿Que somos simplemente la versión disponible de algo que no pudieron terminar ellos?

Era la pregunta más importante que le habían hecho en mucho tiempo, y Zobeida la sostuvo durante un momento antes de responder.

—No lo sé con certeza —dijo—. Pero lo que siento cuando estoy con usted, la ausencia del don, la incapacidad de anticipar lo que va a hacer o decir, eso no es de Amira. Eso es mío. El canal puede ser heredado. Lo que ocurre dentro del canal depende de quien lo lleva.

—¿Y la superposición? ¿Lo que sintió en el apartamento?

—Amira también estaba ahí. Eso sí. No sé si siempre estará o si hay una manera de que no esté.

—¿Le preguntó a Halima?

—Le pregunté si la superposición desaparecería si se cerraba el canal.

—¿Y?

—Dijo que sí. Que cuando la elección se hace libremente, el canal se cierra y lo que estaba superpuesto se separa. —Hizo una pausa—. Pero que hasta entonces la superposición va a aumentar, no a disminuir.

Alejandro procesó esto.

—¿Y la fecha límite? ¿La que Halima mencionó?

—No sé cuándo es. Sé que hay señales que se aceleran cuando se acerca. —Zobeida miró los folios sobre la mesa—. Y sé que hay dos encuentros más que no han ocurrido todavía. De los cinco que forman el patrón.

—¿Qué tipo de encuentros?

—Personas cuyos gestos reconozco del diario. El tablero armándose, como lo llama Halima.

—¿Y cuando ocurran los dos que faltan?

—Según Halima, el tiempo será más corto.

Permanecieron en silencio durante un momento. Afuera el puerto seguía con su ritmo constante, las grúas con su movimiento regular, el agua reflejando la luz de la tarde que empezaba a declinar.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó Alejandro.

—Terminar de leer el diario —respondió Zobeida—. Y después ver qué ocurre con el resto, que es la única respuesta honesta que tengo en este momento.

—¿Y el retrato?

Zobeida miró la copia escaneada de la fotografía del retrato que tenían en el archivo desde hacía dos semanas.

—El retrato lo examinaré cuando esté lista para lo que encuentre. —Una pausa—. Que según mi madre es ahora, así que probablemente antes de lo que me gustaría.

Recogieron los documentos, archivaron los folios con el cuidado de siempre, y cuando salieron del edificio de Patrimonio la tarde había llegado al punto donde la luz y la oscuridad negocian sin que ninguna de las dos haya ganado todavía. Caminaron juntos hasta la esquina donde los caminos se separaban, y en esa esquina se detuvieron con la naturalidad de quien ha llegado a un lugar sin haberlo calculado.

—Mañana los folios de febrero —dijo Alejandro.

—Mañana los folios de febrero —confirmó Zobeida.

Y ninguno de los dos añadió nada más, porque lo que quedaba por decir era exactamente del tipo que se dice mejor con el tiempo disponible y no antes, y los dos lo sabían, y saber que los dos lo sabían era ya, en sí mismo, una forma de conversación que no necesitaba palabras.

CAPÍTULO 12

Las piezas del tablero

Casablanca, archivo provisional y barrios de Gauthier y Anfa — quinta semana

Los folios de febrero a julio de 1924 no eran documentos sobre diplomacia. Eran documentos sobre el final de algo, escritos con el lenguaje formal de la administración colonial que nunca llama a las cosas por su nombre pero que en la acumulación de sus eufemismos termina diciendo exactamente lo que ocurrió. Las cartas entre el emirato de Baalhuk y la comandancia española hablaban de ajustes de términos, de calendarios de transición, de inventarios de activos, y cada uno de esos términos era la manera elegante de describir el proceso por el cual un emir que había gobernado el norte durante treinta años iba siendo reducido, carta por carta, a administrador de sus propias ruinas.

Trabajaron esos folios durante tres días con la concentración y el silencio que merecían, y Alejandro tomaba notas con una economía diferente a la de las semanas anteriores, más selectiva, como si hubiera decidido que ya tenía suficiente información sobre el marco histórico y que lo que quedaba por encontrar era otra cosa.

El miércoles de la quinta semana, mientras Zobeida transcribía una carta de mayo de 1924 sobre el inventario de los establos del palacio, Alejandro levantó la vista de sus notas.

—Hay algo que no he podido localizar —dijo.

—¿Qué?

—Una referencia a Rafael Montes Alcázar en los documentos de la administración española de este período. Está en las cartas del emirato como destinatario en algunas respuestas, pero en los expedientes de la comandancia que tengo de Madrid no hay ningún informe con su firma después de enero de 1924.

—¿Y eso es inusual?

—Para un capitán en servicio activo en una zona de negociaciones en ese período, sí. Los capitanes generaban informes. Era parte del trabajo. La ausencia de informes en los últimos siete meses antes de su muerte en agosto es un hueco que no sé cómo interpretar.

—¿Podría haber sido retirado del servicio activo?

—Podría. O podría estar generando informes que no llegaron a los expedientes ordinarios, lo cual implicaría un canal de comunicación diferente al habitual.

—¿Un canal directo con un mando superior?

—O con alguien cuyo interés en lo que Rafael Montes Alcázar observaba desde dentro del emirato no era exactamente el de la administración oficial.

Zobeida dejó el folio sobre la mesa.

—¿Está sugiriendo que alguien lo usó?

—Estoy sugiriendo que la ausencia de informes oficiales en ese período, combinada con la carta de 1929 donde admite que fue incapaz de hacer lo que debería haber hecho, podría indicar que lo que sabía sobre el emirato fue utilizado de maneras que él no controlaba o no aprobaba completamente. —Alejandro cerró la libreta—. Y que cuando lo entendió ya era demasiado tarde para cambiarlo.

Zobeida pensó en la frase de Amira del cuaderno de diciembre: *El emir mueve las piezas según un consejo que no viene de adentro, pero que llega como si viniera de adentro.*

—La información que Rafael Montes recogía dentro del palacio —dijo— la usó alguien para asesorar al emir de una manera que beneficiaba a la administración española. Y el emir nunca supo que el consejo venía de información que él mismo había generado.

—Sin que Rafael Montes lo hubiera planificado necesariamente. O sin que pudiera evitarlo una vez que el proceso estaba en marcha.

—Y en agosto de 1924, cuando el emir descubrió la correspondencia con Amira y actuó en consecuencia, quizás ya había entendido también cuál había sido el origen real del consejo que había seguido durante meses.

—Lo cual explica por qué ejecutó a Amira y a Rafael el mismo día —dijo Alejandro—. No era solo una cuestión de celos. Era la respuesta de un hombre

que acaba de entender que había sido traicionado de varias maneras al mismo tiempo por la misma fuente.

El silencio que siguió tuvo el peso de las conversaciones que terminan de armar algo que lleva tiempo construyéndose.

El jueves por la tarde ocurrió el cuarto encuentro.

No fue en la Medina sino en el propio edificio de Patrimonio Cultural, en el pasillo del segundo piso, cuando Zobeida salía del archivo hacia los aseos y se cruzó con un hombre de unos cincuenta años, traje gris, carpeta bajo el brazo, que caminaba en dirección contraria con los pasos de alguien que conoce el edificio y que tiene un destino preciso. Lo vio de frente durante los tres o cuatro segundos que dura un cruce de pasillo, y en esos tres o cuatro segundos algo en la manera en que él sostenía la carpeta, el ángulo exacto, la presión específica de los dedos sobre la tapa, encajó con una descripción del cuaderno de octubre de una manera que le detuvo el paso un instante antes de seguir.

Amira describía en el cuaderno de octubre a un hombre que asistía a las negociaciones entre el emirato y la administración española y que sostenía los documentos de una manera que a ella le parecía la de alguien que sujeta algo que sabe que puede usarse como arma aunque en ese momento no lo sea. La descripción era de gestos, no de rasgos. Y los gestos del hombre del pasillo eran los de esa descripción con una exactitud que no dejaba margen.

Volvió al archivo y le contó a Alejandro lo que había visto.

—¿Lo conoces? —preguntó Alejandro.

Era la primera vez que le hablaba de tú sin que ninguno de los dos lo señalara, y Zobeida registró el cambio sin comentarlo porque el momento no lo pedía.

—No. Nunca lo había visto.

—¿Y el parecido con la descripción?

—El mismo tipo de exactitud que los anteriores. No los rasgos. Los gestos. La manera de cargar los documentos.

—¿Cuatro de cinco —dijo Alejandro.

—Cuatro de cinco.

Esa tarde Leila apareció en el archivo por primera vez desde que habían empezado a trabajar, no porque Zobeida la hubiera invitado sino porque Leila había decidido por su cuenta que había esperado suficiente tiempo para ver en persona el lugar donde su socia pasaba las tardes y del que volvía con una expresión diferente cada día.

Llegó a las cuatro y cuarto con dos cafés de la máquina del pasillo que había encontrado sola y con la actitud de quien visita un lugar que ya conoce aunque sea la primera vez que lo pisa. Alejandro la recibió con la cordialidad de quien ha oído hablar de alguien suficientes veces para reconocerlo sin presentación formal.

—Entonces usted es el arqueólogo —dijo Leila, sentándose en la silla que Zobeida no estaba usando.

—Alejandro Montes. Y usted es la socia que tiene siempre una teoría.

—Versión cuatro punto uno a la fecha. —Leila dejó los cafés sobre la mesa y miró el archivo con la curiosidad práctica de quien evalúa un espacio—. ¿Qué hay en esos cajones?

—La historia de un emirato del norte de Marruecos que cayó en 1924. Y algunas cosas más.

—¿Las cosas más son sobre Zobeida o sobre su bisabuelo?

—Sobre los dos, en distintas proporciones.

Leila miró a Zobeida con la expresión de quien acaba de recibir más información de la que esperaba.

—¿Eso se lo dijiste tú o lo dedujo solo?

—Lo deduje —respondió Alejandro, antes de que Zobeida pudiera responder —. El diario de Amira y la historia de mi familia están conectados de maneras que todavía estamos determinando. Lo que Zobeida aporta al trabajo va más allá de la traducción técnica.

—Lo que Zobeida aporta al trabajo va bastante más allá de muchas cosas técnicas —dijo Leila, con una neutralidad que era en realidad todo lo contrario —. ¿Está al tanto de los encuentros en la Medina?

—Del prestamista, de la mujer del tranvía, del hombre del café y del pasillo de este edificio esta tarde. Sí.

Leila asintió despacio.

—Actualizo la teoría —dijo, mirando a Zobeida—. Versión cinco. La superposición entre el presente y el pasado de Amira no es solo perceptual. Es estructural. El entorno de Zobeida se está reorganizando en torno a un patrón que reproduce el del emirato en 1924. Lo cual significa que hay una lógica en el proceso, no solo una acumulación de coincidencias.

—Eso es lo que dice Halima —respondió Zobeida.

—Entonces Halima y yo llegamos al mismo lugar por caminos distintos, lo cual es una buena señal para la fiabilidad de la conclusión. —Leila tomó su café—. ¿Cuándo ocurre el quinto encuentro?

—No lo sé. Todavía no ha ocurrido.

—¿Y cuando ocurra?

—Según Halima, el tiempo se acorta.

—¿Y hay una fecha?

—El diecisiete de agosto —dijo Alejandro.

Leila y Zobeida lo miraron al mismo tiempo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Zobeida.

—Porque llevo tres días revisando los registros de la caída del emirato de Baalhuk y el único documento que menciona explícitamente los eventos del patio interior del palacio es un informe de la comandancia española fechado el diecinueve de agosto de 1924, que es dos días después. El informe describe el diecisiete de agosto como la fecha del incidente. —Alejandro buscó en sus notas—. El diecisiete de agosto. Que en este año es dentro de cuatro semanas.

El silencio en la sala de archivo fue diferente a todos los anteriores. Más corto y más cargado, del tipo que se produce cuando la información que uno lleva manejando en abstracto de repente tiene una fecha en el calendario.

—¿El informe describe lo que ocurrió? —preguntó Leila, con la seriedad de quien ha dejado de hacer preguntas cómodas.

—Lo describe con el lenguaje de la administración colonial que nunca llama a las cosas por su nombre. Habla de un incidente interno, de ajuste de cuentas dentro del palacio, de dos bajas cuya identidad no se especifica. Pero el contexto y la cronología no dejan lugar a duda sobre quiénes eran las dos bajas.

—¿Y qué ocurre el diecisiete de agosto en Casablanca en este año? —preguntó Leila.

—Eso todavía no lo sé —dijo Alejandro—. Lo que sé es que el patrón que se está formando a su alrededor tiene una fecha de origen, y que esa fecha se repite.

Leila miró a Zobeida con la atención concentrada de quien acaba de actualizar no solo la teoría sino la urgencia.

—¿Cuándo vas a contarme el resto que no me has contado?

—¿Qué resto?

—El que tiene que ver con cómo termina esto. No con el archivo. Con usted.

Zobeida sostuvo la pregunta.

—Cuando lo sepa —dijo.

El quinto encuentro ocurrió el viernes por la mañana, y no fue en la Medina ni en el archivo ni en el tranvía. Fue en la escalera de su propio edificio.

Era una mujer que Zobeida había visto decenas de veces sin haberla mirado realmente, porque hay personas en los edificios donde uno vive que forman parte del fondo del entorno sin llegar nunca al primer plano: la vecina del cuarto que salía a las ocho y media con una bolsa de la compra siempre del mismo color, que saludaba con un gesto breve y que nunca había iniciado una conversación en los dos años que llevaban compartiendo escalera. Esa mañana se cruzaron en el rellano del tercer piso y la vecina la miró de una manera que era exactamente la misma que Zobeida había leído en el cuaderno de octubre, la mirada de la mujer del harén que observaba los movimientos de Amira y que Amira sabía que informaba al emir.

No era la misma mujer. Era la misma mirada. Y la diferencia entre las dos cosas, que Zobeida había tardado semanas en aprender a distinguir, era también lo que las hacía igualmente significativas.

Llegó al archivo con esa imagen en la cabeza y se lo dijo a Alejandro antes de quitarse el abrigo.

—El quinto encuentro —dijo.

Alejandro la miró.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. En la escalera de mi edificio.

Hubo entre los dos un silencio que no era de procesamiento sino de reconocimiento, del tipo que se produce cuando algo que se esperaba llega exactamente cuando se dijo que llegaría y eso, en lugar de tranquilizar, hace que todo sea más real de lo que era antes.

—Cuatro semanas —dijo Alejandro, finalmente.

—Cuatro semanas —confirmó Zobeida.

Y ninguno de los dos añadió nada más porque no había nada que añadir que no estuviera ya en esas dos palabras y en lo que las dos palabras sabían que venía después.

CAPÍTULO 13

La sombra del Emir

Casablanca, archivo provisional y barrio antiguo — las últimas semanas antes del diecisiete de agosto

Las superposiciones ya no esperaban a que Zobeida estuviera cerca del archivo o leyendo los cuadernos de Amira. Llegaban en cualquier momento: mientras desayunaba, mientras esperaba el tranvía, mientras revisaba correos de clientes que no tenían nada que ver con el norte de Marruecos ni con ningún siglo anterior al presente. Eran breves, de cinco a diez segundos, pero con una claridad que iba aumentando de semana en semana, como si la proximidad del diecisiete de agosto funcionara como una lente que enfocaba lo que antes era solo borroso.

La mayoría eran imágenes sin narrativa: el patio interior del palacio con su luz específica de media tarde, las celosías que filtraban el sonido de las negociaciones desde el harén, el peso de las joyas en el cuello y en las muñecas. Pero algunas tenían sonido, pasos en el corredor de piedra que Zobeida reconocía aunque no los hubiera escuchado nunca, y una o dos veces en la semana anterior había tenido algo más parecido a un fragmento de conversación, palabras en el árabe del norte de 1924 que su cerebro procesaba antes de que pudiera decidir si quería procesarlas.

Dejó de mencionarlas todas a Alejandro porque mencionarlas todas habría sido hablar de otra cosa durante el mayor porcentaje de cada jornada, y optó

por registrarlas en un cuaderno propio, con hora y duración aproximada y descripción breve, de la misma manera en que Amira había registrado en los márgenes del diario las cosas que no cabían en el texto principal pero que no podía dejar sin escribir.

La ironía no se le escapó.

El lunes de la última semana antes del diecisiete de agosto, Alejandro llegó al archivo con una expresión que Zobeida ya sabía leer como la de alguien que ha encontrado algo y que está evaluando cómo decirlo.

—¿Qué encontraste? —preguntó, antes de que él abriera la boca.

—El don vuelve —dijo Alejandro.

—No es el don. Es que llevas semanas con esa expresión cuando traes algo importante y a estas alturas reconozco la diferencia.

—Justo. —Se sentó y abrió el ordenador—. La semana pasada contacté con el departamento de patrimonio histórico del Ministerio de Cultura porque hay piezas en el catálogo de una subasta programada para el diecisiete de agosto que no tenían documentación de procedencia suficiente. Piezas que según mis registros podrían ser de colecciones del protectorado que nunca fueron correctamente catalogadas ni devueltas.

—¿Subasta de arte?

—Arte y antigüedades. Una casa de subastas privada que lleva tres años operando en Casablanca. —Alejandro giró el ordenador hacia Zobeida para mostrarle la pantalla—. Esta es la pieza que me llamó la atención inicialmente.

Era una fotografía de un diván de seda con bordados geométricos en azul y oro, en buen estado de conservación para su antigüedad estimada. Zobeida lo miró durante un momento.

—Amira describe un diván así en el cuaderno de noviembre —dijo.

—Lo sé. Está en las notas de la transcripción. —Alejandro avanzó a la siguiente imagen—. Hay otras cuatro piezas del catálogo con características similares. Objetos domésticos del norte de Marruecos, primer cuarto del siglo veinte, sin rastro de documentación de propiedad anterior al momento de entrada al mercado de subastas.

—¿De dónde vienen?

—Eso es lo que el Ministerio está investigando, aunque con la velocidad que caracterizan estas investigaciones, que es aproximadamente la de una tortuga con compromisos previos. —Alejandro cerró las imágenes—. Pero hay algo más que encontré esta mañana.

—Dímelo.

—La subasta se celebra en un edificio del barrio antiguo que fue rehabilitado en los años ochenta. El edificio original es del siglo diecisiete, ampliado en el diecinueve. Tiene un patio interior de arquitectura norteafricana clásica que el proyecto de rehabilitación preservó como elemento central. —Hizo una pausa

—. Y el informe de patrimonio histórico que se redactó durante la rehabilitación describe ese patio como perteneciente a una estructura que en el primer cuarto del siglo veinte fue sede de la administración de uno de los emiratos del norte del protectorado.

Zobeida lo miró.

—¿Cuál emirato?

Alejandro la miró de vuelta.

—El de Baalhuk.

El silencio en la sala de archivo fue el más corto de todos los que habían compartido, porque lo que Zobeida necesitaba para procesar esa información no era silencio sino el contrario, algo a lo que aferrarse mientras la información aterrizaba.

—El patio del palacio —dijo.

—El mismo patio donde ocurrió el incidente del diecisiete de agosto de 1924.

—Y la subasta del diecisiete de agosto de este año se celebra en ese patio.

—En ese patio, sí.

Zobeida se levantó, fue hasta la ventana, y se quedó mirando el puerto durante un momento con las manos apoyadas en el marco con más fuerza de la necesaria.

—¿Cuánto sabes de la red de contrabandistas? —preguntó, sin volverse.

—Lo que el Ministerio me ha dicho, que es poco porque son cautos, y lo que he podido inferir de los registros de procedencia de las piezas, que es más. Hay un patrón de entrada al mercado que sugiere una fuente consistente, alguien con acceso a colecciones privadas del norte que lleva años sacándolas al mercado de manera fragmentada para no levantar alarmas. — Alejandro se levantó también—. No es una operación amateur. Es gente que conoce el mercado y que sabe exactamente cuándo una pieza puede venderse sin documentación suficiente y cuándo no.

—¿Y el Ministerio va a intervenir el diecisiete?

—Me dijeron que están evaluando la situación. Lo cual en el lenguaje de la administración puede significar cualquier cosa entre mañana y el año que viene.

—¿Y tú qué quieres hacer?

Alejandro tardó en responder.

—Quiero ir a la subasta.

—¿Como comprador?

—Como observador. El catálogo es público, cualquiera puede asistir a la puja sin compromiso de compra. Si estoy ahí puedo identificar in situ las piezas que no tienen documentación suficiente y tengo más material para el Ministerio.

—¿Y el riesgo?

—El riesgo es que si la red es tan organizada como parece, probablemente no les agrada que investigadores académicos se presenten en sus subastas tomando notas.

Zobeida se volvió desde la ventana.

—¿Me estás pidiendo que vaya contigo?

—Te estoy contando lo que encontré y lo que planeo hacer. Lo que decidas tú es tuyo.

—Pero me lo estás contando antes de decírselo al Ministerio.

—Sí.

—¿Por qué?

Alejandro la miró con la honestidad directa que Zobeida había aprendido a reconocer como su registro más auténtico.

—Porque el diecisiete de agosto no es solo una fecha para mí. Es la fecha en que mi bisabuelo murió en ese patio. Y si hay algo en ese lugar que todavía pertenece al emirato de Baalhuk, que todavía pertenece a Amira Ib'nzafir, quiero que tú estés ahí cuando lo veamos.

Zobeida no respondió de inmediato. Se sentó, tomó el cuaderno donde llevaba el registro de las superposiciones, y lo dejó sobre la mesa entre los dos.

—Esta semana tuve diecisiete superposiciones registradas —dijo—. La semana anterior fueron nueve. La anterior a esa, cuatro. El patrón de aceleración es exactamente lo que Halima dijo que ocurriría cuando el tiempo se acortara.

—Lo sé.

—Y la mayoría de las superposiciones de esta semana son del patio. La luz de media tarde, la distribución de los elementos. No de las habitaciones del harén sino del patio específicamente.

—¿El patio donde ocurrió el incidente?

—El patio donde ocurrió el incidente, sí. —Zobeida cerró el cuaderno—. Que es el mismo patio donde se celebra la subasta del diecisiete de agosto.

El silencio que siguió fue diferente a todos los anteriores porque en este había algo que los anteriores no habían tenido: la conciencia compartida de que ya no estaban hablando solo del archivo sino de algo que iba a ocurrir dentro de una semana en un lugar específico de Casablanca.

—¿Lo sabe Leila? —preguntó Alejandro.

—Le diré que hay una subasta. No todo lo demás.

—¿Por qué no todo lo demás?

—Porque Leila es mi amiga y si le digo todo lo demás vendrá con nosotros y lo que ocurra en ese patio el diecisiete de agosto necesita ocurrir con el menor

número de personas posible. —Una pausa—. Es lo que dice la lógica del patrón. En 1924 los únicos que estaban en el patio cuando ocurrió el incidente eran Amira, Rafael Montes y el emir. No había testigos de otra categoría.

—¿Y yo soy Rafael Montes?

—Desciendes de él. No eres él. Esa distinción importa.

—¿Y el emir?

Zobeida miró el cuaderno de las superposiciones.

—El emir es la parte que todavía no termino de ver con claridad. Pero Halima dijo que el tablero se arma con las piezas disponibles. Y si hay una red organizada de personas que se benefician de que el emirato de Baalhuk siga siendo un territorio sin reclamar en el mercado del arte, hay alguien que ocupa esa posición en el tablero actual aunque no lo sepa.

—¿El organizador de la subasta?

—No lo sé. Pero el diecisiete de agosto lo sabré.

Alejandro asintió despacio.

—¿Y si lo que ocurrirá en ese patio es peligroso?

—Amira lo sabía cuando eligió estar en ese patio en lugar de esconderse. Lo escribió en la última entrada del diario. Que era lo más honesto que había hecho en su vida.

—Amira no salió viva del patio.

—Amira no tuvo la milésima de segundo. —Zobeida lo miró directamente—. La diferencia entre ella y yo es que yo sé lo que va a ocurrir antes de que ocurra. Y eso, en ese patio, el diecisiete de agosto, es exactamente la ventaja que ella no tuvo.

Salieron del archivo esa tarde con el plano del edificio que Alejandro había descargado de los registros de patrimonio histórico y con la lista de piezas del catálogo de la subasta, y caminaron juntos hasta la esquina donde los caminos se separaban con la seriedad específica de dos personas que han tomado una decisión y que saben que lo que viene después depende de que esa decisión haya sido la correcta.

—Una semana —dijo Alejandro.

—Una semana —confirmó Zobeida.

Y el diecisiete de agosto, que hasta esa tarde había sido una fecha en los registros militares de 1924, se convirtió en algo diferente: una cita que llevaba cien años esperando que alguien tuviera la libertad de acudir a ella con los ojos abiertos.

Esa noche Zobeida llamó a Leila.

—¿Estás en casa? —preguntó cuando Leila descolgó.

—Acabo de cenar. ¿Qué pasa?

—Nada grave. Hay una subasta el diecisiete de agosto en el barrio antiguo. Alejandro quiere ir porque hay piezas en el catálogo que deberían estar documentadas y no lo están.

—¿Y tú vas con él.

No era una pregunta.

—Voy con él, sí.

—¿El diecisiete de agosto?

—El diecisiete de agosto.

Hubo una pausa breve en la que Zobeida escuchó el fondo de la casa de Leila, la televisión apagándose, el sonido de una silla.

—¿El mismo diecisiete de agosto que el informe militar de 1924?

—El mismo.

—¿Y la subasta es en qué edificio?

—En un edificio del barrio antiguo que fue rehabilitado en los ochenta y que antes del protectorado era el palacio del emirato de Baalhuk.

Silencio.

—Zobeida.

—¿Qué?

—Estás describiendo la recreación exacta de lo que pasó en 1924.

—Lo sé.

—¿Y aun así vas?

—Por eso voy.

Leila tardó más de lo habitual en responder, y cuando lo hizo su voz tenía algo que Zobeida raramente escuchaba en ella: la ausencia de la teoría lista, el espacio de alguien que está procesando algo que supera el marco de referencia disponible.

—¿Sabes lo que va a pasar?

—Sé lo que pasó la vez anterior. Y sé que esta vez hay algo diferente.

—¿Qué es diferente?

—Que esta vez tengo la milésima de segundo.

Leila respiró hondo, que era también una forma de respuesta.

—¿Quieres que vaya?

—No. —Zobeida lo dijo con la firmeza de quien ha pensado en esa pregunta antes de que la hicieran—. Lo que necesito es que el diecisiete por la noche estés disponible para cuando te llame.

—Estaré disponible.

—Y Leila.

—¿Qué?

—Actualiza la teoría si quieres. Pero esta vez no me la cuentes antes. Cuéntamela después.

Hubo una pausa corta, y después Leila dijo algo que Zobeida no había escuchado de ella en ocho años de amistad: nada. Solo el silencio de alguien que por primera vez no tiene una teoría lista y que está aprendiendo, en tiempo real, que eso también es una posición desde la que se puede acompañar a alguien.

—Estaré disponible —repitió, finalmente.

—Gracias.

Colgó. Se quedó mirando el teléfono durante un momento, luego lo dejó sobre la mesa y abrió el cuaderno de las superposiciones en la página del lunes. Diecisiete registros. El patio de media tarde. La luz que caía en ese ángulo específico. Los pasos en el corredor de piedra.

Cerró el cuaderno. Fue a la ventana. Casablanca fuera tenía el ruido suave de las noches entre semana, tráfico lejano, el viento del Atlántico que llegaba con esa temperatura que en agosto es fresca y que de noche se vuelve casi fría.

Una semana.

En 1924, Amira Ib'nzafir había escrito su última entrada de diario en julio, un mes antes. No sabía lo que iba a ocurrir el diecisiete de agosto, o si lo sabía no lo había escrito. Solo había escrito que lo que sentía era lo más honesto que había hecho en su vida y que eso tendría que ser suficiente.

Zobeida sabía lo que iba a ocurrir el diecisiete de agosto. O sabía lo suficiente para que la diferencia entre saberlo y no saberlo fuera real. Y esa diferencia, que durante veinticuatro años había sido su mayor incomodidad, era ahora, por primera vez, exactamente la herramienta que necesitaba.

Apagó la luz. Se fue a la cama. Y esa noche, por primera vez en varias semanas, las superposiciones no llegaron hasta bien entrada la madrugada, como si Amira también necesitara descansar antes de lo que venía.

O como si supiera que ya no era necesario recordarle a Zobeida lo que estaba en juego.

Zobeida ya lo sabía.

CAPÍTULO 14

La milésima de segundo

Casablanca, edificio del patio de Baalhuk — noche del diecisiete de agosto

El edificio no tenía cartel en la fachada. Solo una placa de bronce discreta junto a la puerta que decía BAAL AUCTIONS en dos lenguas, con el horario de las sesiones debajo y un número de teléfono que Alejandro había llamado la semana anterior para registrarse como asistente bajo su nombre real, porque

presentarse en una subasta de arte con identidad falsa era el tipo de problema añadido que no necesitaban.

Llegaron a las ocho menos diez, con la tarde de agosto todavía reteniendo el calor del día aunque el sol ya hubiera bajado, y la calle del barrio antiguo donde estaba el edificio tenía ese silencio específico de las calles donde algo está a punto de ocurrir y las piedras todavía no lo saben. Alejandro llevaba la libreta y el teléfono con las fotografías del catálogo. Zobeida llevaba el cuaderno de las superposiciones aunque no lo hubiera abierto en tres días, porque desde el martes las imágenes habían dejado de llegar y esa ausencia era, en su experiencia de las últimas semanas, la señal más clara de que lo que tenía que mostrarle ya se lo había mostrado.

—¿Estás bien? —preguntó Alejandro, antes de entrar.

—Pregúntamelo dentro de una hora.

—Si dentro de una hora puedo preguntártelo, la respuesta ya no importa.

—Exacto.

Entraron.

El vestíbulo era el de un edificio rehabilitado con el cuidado de quien valora la arquitectura original: paredes de yeso blanco, arcos de herradura que el siglo diecinueve había añadido sobre la estructura anterior, el suelo de mosaico geométrico que el proyecto de los años ochenta había restaurado con una fidelidad que los especialistas en patrimonio habían elogiado en el informe que Alejandro había leído tres veces en la última semana. Había una veintena de personas en el vestíbulo, distribuidas en grupos de dos o tres con los catálogos en la mano y la actitud de quienes saben para qué han venido, que era una actitud que Zobeida reconoció como la del mundo del arte y las subastas con independencia del siglo o del país.

Y entonces cruzaron el vestíbulo hacia el patio interior.

Zobeida lo vio antes de que el umbral terminara de abrirse del todo.

Era el patio. No un patio parecido al que había visto en las superposiciones durante semanas. Era el patio, con la misma distribución de los arcos, el mismo ángulo del espacio abierto, la misma posición de la fuente central cuya agua habían apagado para instalar los caballetes con las piezas de la subasta. La luz de las lámparas que iluminaban el evento era diferente a la de media tarde que había visto en las superposiciones, más cálida y más artificial, pero la geometría del espacio era la misma con una exactitud que hizo que Zobeida se detuviera un instante en el umbral antes de dar el siguiente paso.

—¿Lo reconoces? —preguntó Alejandro, en voz baja.

—Completamente.

—¿Y?

—Y hay que seguir. —Dio el paso y entró al patio—. Muéstrame las piezas del catálogo que necesitas verificar.

Trabajaron durante cuarenta minutos con la eficiencia de dos personas que tienen un objetivo concreto y que saben que el tiempo disponible no es ilimitado. Alejandro se acercaba a las piezas con el pretexto del interesado potencial, las estudiaba con la atención de quien evalúa si pujar, y fotografiaba discretamente las marcas de identificación con el teléfono mientras Zobeida hacía la traducción de las descripciones en árabe que figuraban en algunas de las etiquetas con la naturalidad de quien está ayudando a un colega extranjero a entender el catálogo.

Identificaron cuatro de las cinco piezas que Alejandro había marcado como problemáticas. La quinta, el diván de seda azul y oro, estaba en una sala lateral que un asistente de la casa de subastas guardaba con la atención de quien tiene instrucciones de no dejar que la gente la toque sin supervisión.

—El diván está ahí —dijo Zobeida, en voz baja, junto al arco que daba a la sala lateral.

—Lo veo. —Alejandro fotografió el arco y el asistente desde el ángulo que daba menos información sobre lo que estaba haciendo—. ¿Puedes entrar?

—Puedo intentarlo. —Zobeida se dirigió hacia la sala lateral con la actitud de quien tiene perfecto derecho a estar en cualquier lugar del evento—. Necesito ver la etiqueta de procedencia.

El asistente le cedió el paso con la formalidad correcta, y Zobeida se acercó al diván con la concentración de quien examina una pieza que le interesa. La etiqueta de procedencia decía: *Colección particular. Norte de Marruecos, primera mitad del siglo XX.* Sin fecha específica, sin nombre del coleccionista anterior, sin cadena de custodia.

Lo fotografió. Salió a la sala principal.

—Primera mitad del siglo XX, colección particular —le dijo a Alejandro—. La misma ambigüedad que las otras.

—Suficiente para el Ministerio. —Alejandro guardó el teléfono—. Tenemos lo que necesitamos. Podemos irnos.

Fue exactamente en ese momento cuando Zobeida notó al hombre.

No por sus gestos, que era como había reconocido a los otros cinco en las semanas anteriores. Por su posición: estaba de pie junto al arco del fondo del patio, donde el corredor daba hacia el interior del edificio, y miraba a Alejandro con la atención de quien lleva tiempo observando y que ha decidido que ya ha observado suficiente. Era un hombre de unos sesenta años, complexión robusta, que vestía con la corrección de quien tiene dinero suficiente para que la ropa no tenga que hacer ningún esfuerzo visible.

Y Zobeida supo, antes de que él se moviera, que se iba a acercar.

Lo supo con la claridad específica del don en su versión original, no la memoria de Amira sino el mecanismo propio, la anticipación de los dos o tres segundos siguientes que llevaba veinticuatro años siendo su manera de estar en el mundo. El hombre iba a cruzar el patio hacia ellos, iba a dirigirse a Alejandro con una cortesía que no sería cortesía, e iba a sugerirles que lo

acompañaran a la sala de administración para aclarar un malentendido sobre sus credenciales de asistencia.

Y Zobeida supo también, en el mismo instante, que si dejaba que esa secuencia se desarrollara de la manera en que el hombre la había planificado, el patio del antiguo palacio de Baalhuk iba a ser, una vez más, el lugar donde algo terminaba de una manera que no podría deshacerse.

No esperó a que el hombre cruzara la mitad del patio.

—Alejandro —dijo, en voz alta y clara, con el volumen exacto para que la oyeran las personas más cercanas del evento—. El asistente del Ministerio de Cultura acaba de llegar. Están en el vestíbulo. Nos esperan.

Alejandro la miró durante una fracción de segundo que era todo el tiempo que necesitaba para entender que lo que acababa de decir no era verdad y que sin embargo era exactamente lo que había que decir en ese momento.

—Claro —respondió, con la misma naturalidad—. No los hagamos esperar.

Se giraron hacia el vestíbulo. El hombre del fondo del patio se había detenido a mitad de camino. Zobeida lo vio de reojo mientras cruzaban el patio sin correr, con la velocidad de quien tiene una cita y no de quien huye, y lo que vio en su rostro fue lo que esperaba ver: la evaluación rápida de quien sopesa si actuar en ese espacio con ese número de testigos, y la conclusión de que no.

Cruzaron el vestíbulo. Salieron a la calle.

—Camina —dijo Zobeida, sin detenerse.

Caminaron dos manzanas en la misma dirección antes de girar y otras dos antes de detenerse en una esquina iluminada donde había suficientes personas para que cualquier seguimiento resultara visible.

Alejandro la miró.

—¿Había alguien del Ministerio en el vestíbulo?

—No.

—¿Y el hombre del fondo del patio?

—Iba a acercarse. Iba a llevarnos a la sala de administración con la excusa de un problema con las credenciales. —Zobeida respiró—. No sé lo que habría ocurrido ahí, pero sé que no era lo que nos habría convenido.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque lo vi venir antes de que se moviera. El don funciona en los momentos en que más importa que funcione, que es lo que llevo veinticuatro años intentando entender sobre él sin conseguirlo del todo.

Alejandro la miró durante un momento y después, con el gesto de quien ha tomado una decisión que no requiere más deliberación, sacó el teléfono y llamó al número del Ministerio que llevaba guardado desde hacía dos semanas.

Mientras él hablaba, Zobeida se apoyó contra la pared de la esquina y miró el cielo de agosto sobre Casablanca, que a esa hora era de un azul que no era del todo negro todavía y que tenía las primeras estrellas asomando por el este con la puntualidad con que siempre asomaban.

Esperó alguna superposición. El patio de media tarde. Los pasos en el corredor de piedra. El peso de las joyas.

No llegó ninguna.

El patio había sido el mismo patio. La fecha había sido la misma fecha. El hombre del fondo había ocupado la posición que el tablero requería. Y ella había dicho algo diferente, se había movido de manera diferente, había usado la milésima de segundo que Amira no tuvo de la única manera en que tenía sentido usarla: no para escapar del patrón sino para romperlo antes de que terminara de cerrarse.

Alejandro colgó el teléfono.

—El Ministerio enviará a alguien esta noche todavía. Tienen suficiente con las fotografías para intervenir la subasta. —Se guardó el teléfono—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Completamente?

Zobeida lo consideró con honestidad.

—Completamente no lo sé todavía. Pero lo estaré. —Miró la calle, el barrio antiguo de Casablanca con su ritmo de noche de agosto—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—El hombre del fondo del patio. Cuando lo viste, ¿sentiste algo que reconocieras?

Alejandro tardó en responder.

—Sentí que lo había visto antes. No sé dónde. No en los archivos ni en ninguna fotografía. En algún otro lugar que no sé nombrar.

—¿Y eso te asusta?

—Me asustó más antes de conocerte —respondió Alejandro—. Ahora me parece simplemente información que todavía no sé cómo clasificar.

Zobeida lo miró.

—Bienvenido —dijo, por segunda vez desde que se conocían, y con el mismo tono exacto de la primera, que era las dos cosas al mismo tiempo.

Se quedaron en esa esquina durante un momento más, con el calor del agosto de Casablanca cediendo por fin hacia algo más parecido a la noche, y Zobeida pensó en Amira escribiendo en julio de 1924 que lo que sentía era lo más honesto que había hecho en su vida. Pensó en lo que habría sentido al escribirlo, si habría sabido entonces que la honestidad no iba a ser suficiente para protegerla. Probablemente sí. Y lo había escrito de todas formas.

Llamó a Leila desde esa esquina, como había prometido.

—Estoy bien —dijo, cuando Leila descolgó antes del segundo tono.

—¿Y Alejandro?

—También.

—¿Y el patio?

—El patio ya no es lo que era.

Hubo una pausa breve y después Leila dijo algo que Zobeida no esperaba.

—Lo sé —dijo Leila—. Lo sentí cuando colgaste el jueves. Que algo había terminado de armarse y que ya no había versión de la teoría que lo cubriera del todo.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

—Como alguien que acaba de descubrir que hay cosas que no caben en ninguna teoría y que eso, en lugar de ser un problema, es la mejor noticia que podría haber recibido esta semana.

Zobeida sonrió. Era la primera vez en mucho tiempo que sonreía sin saber que iba a sonreír antes de hacerlo.

—Te llamo mañana —dijo.

—Llámame cuando quieras. Estaré despierta.

Colgó. Guardó el teléfono. Miró a Alejandro, que estaba mirando el mismo cielo que había mirado ella un momento antes, las primeras estrellas del este sobre Casablanca en el diecisiete de agosto que había tardado cien años en llegar a su versión libre.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó él.

—Cenar —respondió Zobeida—. Tengo hambre y no sé qué vas a pedir, que es exactamente la combinación correcta para esta noche.

Alejandro se rio, que era también algo que Zobeida no había anticipado, y en ese no haberlo anticipado había algo que se parecía tanto a la libertad que durante un momento no supo distinguir entre las dos cosas.

No era un problema. Era la mejor noticia que había tenido en veinticuatro años.

CAPÍTULO 15

Una página en blanco frente al mar

Casablanca, varios escenarios — semanas después del diecisiete de agosto

El Ministerio de Cultura tardó cuatro días en completar la intervención de la subasta, que era una velocidad récord para una institución que en condiciones normales medía su actividad en semanas y que Alejandro atribuyó a la calidad de las fotografías y a la precisión de la documentación que había aportado, y que Zobeida atribuyó al hecho de que la intervención se había anunciado como inminente antes de la subasta y que dejar que la subasta siguiera

después de ese anuncio habría sido un nivel de negligencia difícil de justificar públicamente.

Los dos tenían razón, en distintas proporciones.

Las cinco piezas sin documentación suficiente fueron retenidas. La red de contrabandistas resultó ser más extensa de lo que los registros de la subasta sugerían, con ramificaciones en dos países más que el Ministerio se negó a especificar públicamente pero que Alejandro pudo inferir de las preguntas que le hicieron en las tres sesiones de declaración de las semanas siguientes. El hombre del fondo del patio no fue detenido esa noche, porque no había pruebas suficientes para actuar en ese momento, pero fue identificado y estaba bajo vigilancia, lo cual era la categoría de la justicia administrativa que no satisfacía del todo pero que era la disponible.

El diván de seda azul y oro terminó en el depósito de patrimonio cultural de Casablanca, donde esperaba ser correctamente catalogado y eventualmente devuelto a quien pudiera acreditar su procedencia legítima, que en el caso de un objeto del emirato de Baalhuk era una pregunta cuya respuesta llevaría tiempo resolver pero que por primera vez estaba siendo formulada en un contexto institucional.

Zobeida lo supo el viernes de la semana siguiente cuando Alejandro le mandó el mensaje, y lo leyó en la oficina con Leila al lado y dijo simplemente bien.

—¿Solo bien? —preguntó Leila.

—Bien es suficiente por ahora.

Las superposiciones habían cambiado. No habían desaparecido, que era lo que Zobeida había esperado a medias que ocurriera, pero habían cambiado de naturaleza de una manera que tardó varios días en poder describir con precisión. Las imágenes del patio, los pasos en el corredor de piedra, el peso de las joyas, todo eso había cedido y en su lugar había algo más disperso y menos urgente, como si la deuda que Halima había descrito hubiera perdido la presión que la mantenía en primer plano. Los déjà vus ordinarios seguían ahí, los de dos segundos de anticipación sobre cosas sin importancia, pero ya no los precedía la sensación de estar cargando algo que no era completamente suyo.

El don seguía siendo el don. Solo era más suyo de lo que había sido.

Alejandro extendió su estancia en Casablanca por razones académicas que eran completamente legítimas: el Ministerio le había pedido que permaneciera disponible durante las investigaciones, había material del archivo que todavía merecía documentación adicional, y la Universidad de Granada, cuando él les explicó la situación, respondió con la flexibilidad de las instituciones que prefieren gestionar su reputación de manera proactiva frente a los descubrimientos de patrimonio histórico mal catalogado.

Todo eso era verdad. Y ninguno de los dos mencionó que también habría extendido la estancia sin ninguna de esas razones, porque había cosas que ya no necesitaban ser dichas para existir.

La última semana de agosto fue la primera en mucho tiempo en que Zobeida y Leila pasaron una tarde entera en la oficina sin que el tema del archivo ni de Alejandro ni del diecisiete de agosto apareciera en ninguna conversación. Trabajaron en sus encargos respectivos, se hicieron el café a las cuatro con la rutina de siempre, y a las seis y media Leila cerró el ordenador y miró a Zobeida con la expresión de quien ha llegado al final de algo y necesita nombrarlo.

—Versión final de la teoría —dijo.

—¿La última?

—La última. Después de esta no hay más versiones porque lo que queda ya no requiere teoría.

—Escucho.

Leila juntó las manos sobre la mesa con la postura de quien va a hacer una presentación que ha estado preparando durante tiempo.

—Lo que tenías no era el don de ver el futuro. Era la memoria heredada de alguien que murió con una elección sin hacer. El mecanismo que tu cerebro utilizó para procesar esa memoria fue el mismo que el cerebro usa para la anticipación, porque ambos procesan información temporal de la misma manera y porque tu cerebro no tenía una categoría diferente donde archivar lo que le llegaba. Lo que interpretabas como futuro era pasado de otra persona, procesado como si fuera tuyo porque el canal no distinguía entre las dos categorías.

—Lo que dijo Halima.

—Más o menos. Con la diferencia de que yo llego a la misma conclusión desde la neurología del procesamiento temporal y la teoría de la memoria implícita, y Halima llega desde el Mektoub y la tradición oral del norte de Marruecos. —Leila hizo una pausa—. Lo cual me parece, dicho en voz alta, la evidencia más sólida de que ambas estábamos describiendo lo mismo desde idiomas distintos.

—¿Y ahora qué?

—Ahora el canal está más cerrado de lo que estaba pero no completamente cerrado, lo cual significa que lo que te queda es más tuyo que antes aunque no sea completamente tuyo todavía. Y lo que es completamente tuyo —señaló a Zobeida con el dedo de una manera que en cualquier otra persona habría resultado condescendiente y que en Leila resultaba simplemente directa— es la capacidad de anticipar dos segundos lo que va a ocurrir, que existe de manera independiente a Amira y que siempre ha existido así aunque la hayas confundido con ella.

—¿Y Amira?

—Amira cerró su parte del trato el diecisiete de agosto. Ya no te debe nada y tú no le debes nada. —Leila recogió sus cosas con la eficiencia habitual—. Esa es la versión final. No hay versión seis.

—¿Estás segura?

—Completamente. Porque la versión seis requeriría nueva información y la nueva información a estas alturas solo puede llegar de ti, y tú ya sabes todo lo que necesitas saber.

Zobeida la miró durante un momento.

—Gracias —dijo.

—No me des las gracias. Dame los detalles que no me has dado todavía sobre lo que ocurrió exactamente en ese patio el diecisiete de agosto porque llevas dos semanas diciéndome que estás bien sin decirme qué pasó.

Y Zobeida se lo contó, todo, incluyendo la frase al Ministerio que no existía y la risa de Alejandro en la esquina y el cielo de agosto con las primeras estrellas, y Leila escuchó todo sin interrumpir y al final dijo que la versión final de la teoría era todavía más sólida de lo que había creído.

Fue a ver a su madre el domingo siguiente.

Fátima la esperaba en la cocina con la harira en el fuego y el té ya servido, como siempre, y cuando Zobeida entró la miró de la manera en que la miraba cuando había algo diferente, que era la misma mirada que Leila tenía para esas ocasiones pero con cuarenta años más de práctica.

—Cuéntame —dijo Fátima, antes de que Zobeida se sentara.

—El diecisiete de agosto fue al patio —dijo Zobeida.

—¿Y?

—Y ocurrió lo que tenía que ocurrir, pero diferente.

—¿Diferente cómo?

—Diferente en que esta vez hubo elección. Libre, sin juramento encima, sin ningún hombre reclamando que algo le pertenecía. —Hizo una pausa—. Y el canal, como lo llama Halima, está más cerrado de lo que estaba.

Fátima escuchó esto con la misma calma con que escuchaba todo, la calma de quien ha esperado suficiente tiempo para no apresurarse en el momento de recibir lo que esperaba.

—¿Y las visiones? ¿Los déjà vus?

—Los de dos segundos siguen. Los otros han cedido.

—¿Lo que veías antes cuando algo se iba a caer, cuando alguien iba a decir algo?

—Eso sigue. Creo que eso siempre estuvo, independientemente de Amira. Es mío.

Fátima asintió, como si eso confirmara algo que había sabido durante mucho tiempo y que no había dicho porque no había sido el momento.

—Tu abuela materna tenía algo parecido —dijo—. No como lo tuyo, no con esa intensidad. Pero sabía cosas. Pequeñas cosas, del día a día. Se dio cuenta de que tenía el don cuando murió su madre, que era quien lo tenía antes que

ella. —Hizo una pausa—. Creo que el don que es tuyo viene de ahí. La otra parte, la de Amira, se montó encima de lo que ya había.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque antes habrías intentado separarlos antes de entenderlos, y separar algo que no se entiende todavía produce más daño que dejarlo junto mientras se aprende a conocerlo. —Fátima tomó su taza—. ¿Y el arqueólogo?

—Alejandro sigue en Casablanca.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por el tiempo que tenga sentido que esté.

—¿Y tiene sentido que esté?

—Más que cualquier otra cosa que tenga sentido en este momento, sí.

Fátima la miró con la expresión de quien ha decidido que esa respuesta es suficiente y que insistir en más detalles sería una forma de impaciencia que no le corresponde a estas alturas.

—Come —dijo, señalando la harira.

Comieron. Y la conversación derivó, como siempre después de las conversaciones importantes, hacia asuntos más domésticos: el vecino del segundo que había instalado un aparato de aire acondicionado que vibraba toda la noche, la librería de la calle Ibnou Rochd que iba a cerrar, el precio de los tomates que Fátima encontraba injustificado.

Y Zobeida escuchó todo eso con la misma atención con que había escuchado lo anterior, porque las cosas pequeñas también merecen atención, y porque parte de lo que había cambiado en las últimas semanas era que ya no necesitaba calibrar constantemente qué merecía atención y qué no. Todo podía merecer atención. Era una novedad que todavía estaba aprendiendo a manejar y que le resultaba, en distintos momentos, agotadora y completamente agradable.

La tarde del sábado siguiente, Zobeida y Alejandro caminaron por la Corniche con la calma de la gente que no tiene ningún destino específico y que ha decidido que eso está bien.

El Atlántico estaba en uno de sus días tranquilos de finales de agosto, con olas pequeñas y regulares y el viento del norte suficientemente fresco para que el paseo fuera agradable sin ser necesario el abrigo. Caminaron durante un rato en silencio cómodo, del tipo que ya no necesita ser llenado porque las dos personas que lo comparten han aprendido que el silencio también es conversación.

—¿Cuándo tienes que volver a Granada? —preguntó Zobeida.

—El Ministerio me necesita aquí todavía tres semanas para las declaraciones finales. Después, depende de lo que la Universidad decida sobre el archivo.

—¿Y lo que la Universidad decida es lo único que depende?

Alejandro la miró.

—No —respondió.

—¿Qué más depende?

—Lo que decida yo sobre lo que la Universidad decida, que no es lo mismo.

Zobeida asintió.

—¿Y qué estás decidiendo?

—Que hay archivos que merecen más trabajo del que tres meses permiten. —Hizo una pausa—. Y que hay ciudades que se parecen a lo que uno buscaba antes de saber que lo buscaba, que es una observación que no tengo manera de formular en términos académicos pero que resulta ser igualmente cierta.

Zobeida no respondió de inmediato. Miraron el Atlántico durante un momento, las olas pequeñas y regulares, el horizonte donde el agua y el cielo negociaban el límite entre los dos.

—Tengo hambre —dijo Zobeida.

—¿Qué te apetece?

No lo supo antes de saberlo. Lo supo en el momento exacto en que lo supo, que era exactamente, cuando se sabe cualquier cosa cuando el don no está de por medio, y eso, que seguía siendo nuevo aunque cada vez menos extraño, le produjo la misma satisfacción pequeña y concreta que le producía desde el diecisiete de agosto cada vez que ocurría.

—No lo sé todavía —dijo—. Decidiremos cuando lleguemos.

—Eso es radicalmente diferente a como funciona habitualmente.

—Lo sé. —Zobeida empezó a caminar hacia las calles del barrio que quedaban detrás de la Corniche—. Es una de las novedades del mes.

Alejandro caminó junto a ella, y el Atlántico detrás de los dos siguió con sus olas pequeñas y regulares, con la indiferencia tranquila de quien lleva siglos en el mismo lugar y que ha visto pasar suficientes versiones de la misma historia como para saber que lo que importa no es cuántas veces se repite sino si esta vez alguien tuvo la libertad de elegir cómo terminaba.

Esta vez alguien la había tenido. Y el Atlántico, que no opinaba sobre estas cosas, siguió igual de todas formas.

Lo cual, pensó Zobeida mientras las primeras luces de la tarde empezaban a encenderse en las calles del barrio de Gauthier, era exactamente como debería ser.

EPÍLOGO

La hoja en blanco de la Corniche

Casablanca, playa de la Corniche — un martes de septiembre

El sol de la tarde sobre la Corniche de Casablanca en septiembre tiene una cualidad que el de agosto no tiene: es más horizontal, más cansado, y cae sobre el agua del Atlántico de una manera que convierte la superficie en algo

casi sólido de tanto dorado. El viento viene del norte con la temperatura que en este mes ya no es verano pero tampoco es todavía otoño, y mueve el pelo de Zobeida de una manera que ella no anticipa porque ha dejado de anticipar lo que hace el viento, que es una de las pequeñas libertades del mes.

Caminan despacio, con los pies descalzos en la arena húmeda del borde de la marea y los zapatos en la mano, que es la decisión que ninguno de los dos tomó de manera consciente sino que ocurrió sola mientras caminaban, como ocurren las mejores decisiones. Alejandro habla de algo que leyó esta mañana, un artículo sobre nuevas técnicas de datación aplicadas a textiles del norte de África de principios del siglo veinte que podría cambiar la atribución de algunas piezas del archivo, y Zobeida escucha con la atención tranquila de quien tiene tiempo, porque el tiempo ya no es una cuenta atrás hacia algo sino simplemente tiempo.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Alejandro.

—Completamente.

—¿Y qué piensas?

—Que si las técnicas de datación cambian la atribución de las piezas, el diván de seda podría ser anterior a 1922, lo que haría más difícil la atribución al emirato de Baalhuk.

—Exacto. —Alejandro la mira de costado—. Lo estabas escuchando.

—Lo dije.

—Sí, pero antes lo habrías sabido antes de que yo terminara la frase.

—Antes era antes.

Se detienen un momento donde la arena húmeda termina y comienza la seca, y Zobeida mira el horizonte occidental donde el sol lleva su negociación habitual con el agua sin llegar nunca a ningún acuerdo definitivo. Hay veleros pequeños a media distancia, blancos contra el azul, que se mueven con la lentitud de las cosas que no tienen prisa porque el viento decide por ellas.

Alejandro se agacha, recoge algo de la arena, y cuando se incorpora le extiende la mano con el gesto de quien ofrece algo sin saber del todo qué valor tiene lo que ofrece.

Es una caracola. Pequeña, blanca, con la espiral perfecta de las caracolas que el mar fabrica sin esfuerzo visible y que los humanos llevan siglos intentando reproducir con resultados que nunca terminan de ser lo mismo.

—Para tu colección de cosas sin ninguna utilidad práctica —dice Alejandro.

—No tengo esa colección.

—Deberías tenerla. —Sigue con la mano extendida—. Empieza con esta.

Zobeida la toma. La sostiene en la palma y la mira con la atención que merecen los objetos que se reciben de alguien que los eligió sin otro criterio que el de que estaban ahí. Y espera.

Espera la señal. El destello. La descarga en la nuca que durante veinticuatro años le dictó la siguiente palabra, el siguiente movimiento, el desenlace inevitable del guion. Espera que su cerebro le diga esto ya lo viviste, este peso en la palma, esta espiral, este instante.

No pasa nada.

La caracola es simplemente una caracola, recogida en un martes de septiembre por primera y única vez, sin precedente ni significado previo, sin copia en ningún archivo de ninguna memoria que Zobeida lleve consigo.

—¿Tuviste uno? —pregunta Alejandro, que conoce ya la diferencia entre las distintas maneras en que Zobeida mira las cosas y que ha aprendido cuándo preguntar y cuándo esperar.

Zobeida lo mira. Hay en su cara algo que Alejandro registra sin poder nombrarlo del todo, que es la expresión de quien acaba de confirmar algo que necesitaba confirmar y que encuentra la confirmación mejor de lo esperado.

—No —dice, y la palabra le sale limpia, sin el peso que habría tenido hace tres meses—. No tengo la menor idea de qué vas a decir ahora. Ni sé si la marea va a llevarse la caracola si la dejo aquí, ni sé qué vamos a cenar esta noche.

—El caos absoluto —dice Alejandro.

—Es perfecto —corrige Zobeida.

Se quedan mirando el horizonte juntos durante un momento que ninguno de los dos mide. El Atlántico manda una ola que les cubre los pies con el agua que a esta hora ya tiene la temperatura del septiembre, que es más fría que la de agosto pero que en la Corniche de Casablanca todavía no llega a ser desagradable. La ola se retira llevando consigo un poco de la arena donde estaban parados, borrando las últimas huellas con la indiferencia tranquila de quien lleva siglos haciendo lo mismo sin necesitar que nadie se lo pida.

—¿Qué quieres hacer ahora? —pregunta Alejandro.

—Seguir caminando —responde Zobeida—. Y después cenar en algún sitio que no haya elegido todavía.

—¿Y mañana?

—Mañana lo decido mañana.

Alejandro sonríe, que es también algo que Zobeida no anticipa aunque cada vez le sorprenda menos, y empiezan a caminar de nuevo hacia el sur por la línea de la marea, con los pies en el agua fría y la caracola en la mano de Zobeida y el sol bajando despacio sobre el Atlántico sin ninguna prisa por desaparecer del todo.

Detrás de ellos, la marea de Casablanca borra las últimas huellas en la arena con la puntualidad de siempre. Primero las más recientes, luego las anteriores, y por fin todas, con la paciencia de quien sabe que todo lo que se escribe en la arena está escrito para ser borrado, y que eso no es una tragedia sino simplemente la condición del mar, que no guarda nada pero que también, y por la misma razón, no cierra nada.

Zobeida Castropolo, que durante veinticuatro años supo el final de cada historia antes de que la historia empezara, camina hacia el sur por la Corniche de Casablanca en un martes de septiembre sin saber lo que viene después.

Y por primera vez en toda su vida, eso le parece exactamente suficiente.